

La tregua de Bakura

Kathy Tyers

1994

No puedo pensar en *La guerra de las galaxias* sin recordar la fanfarria que abre la banda sonora. No puedo imaginar la larga silueta triangular de un Destructor Estelar Imperial sin oír los ominosos tresillos. ¿Quién es capaz de recrear en su mente la cantina de Mos Eisley sin aquella inimitable orquesta de jazz?

Dedico esta novela con mi mayor admiración al hombre que compuso las bandas sonoras para las tres películas de *La guerra de las galaxias*: JOHN WILLIAMS.

Sobre un planeta muerto, una luna habitada colgaba suspendida como una turquesa velada por las nubes. La mano eterna que sujetaba la cadena de su órbita había espolvoreado su telón de fondo aterciopelado de estrellas brillantes, y energías cósmicas bailaban sobre las arrugas del espacio tiempo; cantaban su música intemporal, ajenas por completo al Imperio, la Alianza Rebelde, o sus breves e insignificantes guerras.

Pero en aquella insignificante escala humana de la perspectiva, una flota de astronaves giraba alrededor del planeta primario de la luna. Cicatrices de carbono estriaban los costados de varias naves. Enjambres de androides efectuaban reparaciones alrededor de otras. Fragmentos metálicos que habían sido componentes fundamentales de naves espaciales, así como cadáveres humanos y alienígenas, giraban con las naves. La batalla para destruir la segunda Estrella de la Muerte del emperador Palpatine había costado enormes pérdidas a la Alianza Rebelde.

Luke Skywalker cruzó la rada de aterrizaje de un crucero, con los ojos enrojecidos, pero todavía emocionados por la victoria, después de la celebración de los ewoks. Cuando pasó junto a un grupo de androides, captó el olor a refrigerantes y lubricantes. Sentía todos los huesos del cuerpo doloridos, después del día más largo de su vida. Hoy (no, ayer) se había enfrentado al emperador. Ayer, casi, había pagado con su vida la fe depositada en su padre. No obstante, un pasajero que viajaba en la lanzadera procedente del poblado Ewok, con rumbo al crucero, ya había preguntado si Luke había matado al emperador, y a Darth Vader, con sus propias manos.

Luke aún no estaba preparado para anunciar que «Darth Vader» era, en realidad, Anakin Skywalker, su padre. De todos modos, había contestado con firmeza que Vader había matado al emperador Palpatine. Vader le había arrojado al núcleo de la segunda Estrella de la Muerte. Luke supuso que debería explicarlo durante semanas seguidas. De momento, sólo deseaba comprobar el estado de su caza X.

Descubrió, sorprendido, que el equipo de mantenimiento se le había adelantado. Una magnogrúa había bajado a Erredós Dedos, encajándolo en su nicho cilíndrico, detrás de la cabina.

—¿Qué pasa? —preguntó Luke, y se detuvo para recuperar el aliento.

—Ah, señor —respondió un tripulante vestido con un uniforme caqui, mientras desenganchaba una manguera de combustible plegable—, su piloto de relevo se ha ido. El capitán Antilles regresó en la primera lanzadera y salió de patrulla al instante. Interceptó una

nave teledirigida imperial, una de esas reliquias que utilizaban para transportar mensajes antes de las Guerras Clónicas. Llegó desde las profundidades del espacio.

Llegó. Alguien había enviado un mensaje al emperador. Luke sonrió.

—Imagino que aún no se habrán enterado. ¿Wedge quiere compañía? No estoy tan cansado. Podría acompañarle.

El tripulante no sonrió.

—Por desgracia, el capitán Antilles accionó un mecanismo de autodestrucción mientras intentaba extraer los mensajes codificados. Está bloqueando manualmente una brecha peligrosa...

—Olvídese del piloto de relevo —exclamó Luke.

Era amigo de Wedge Antilles desde los días de la primera Estrella de la Muerte, cuando habían volado juntos en el ataque final. Sin esperar a oír más, Luke se volvió hacia el vestidor. Un minuto más tarde, se estaba poniendo un traje presurizado naranja.

Los tripulantes se dispersaron. Subió por la escalerilla, se acomodó en su asiento acolchado, se colocó el casco y accionó el generador de fusión de la nave. Un conocido zumbido de alta energía se elevó a su alrededor.

El hombre con quien había hablado subió tras él.

—Pero, señor, creo que el almirante Ackbar quería oír su informe.

—Volveré enseguida.

Luke cerró la cubierta corrediza de la cabina y efectuó una rápida inspección de sus sistemas e instrumentos. Nada llamó su atención.

Conectó el comunicador.

—Jefe Rogue, preparado para despegar.

—Compuerta abierta, señor.

Conectó el propulsor. Un segundo después, un dolor feroz recorrió su cuerpo. Todas las estrellas desplegadas ante su campo de visión se dividieron en binarias y giraron unas alrededor de otras. Las voces de los tripulantes resonaron en sus oídos. Aturdido, buscó en su interior el centro de serenidad que el Maestro Yoda le había enseñado a tocar...

Tocar...

Ya.

Exhaló un tembloroso suspiro y ejerció su control sobre el dolor. Las estrellas volvieron a transformarse en destellos. Fuera cual fuese la causa, ya pensaría en ella más tarde. Proyectó la Fuerza y localizó a Wedge. Su manos se movieron sobre los controles del caza casi sin esfuerzo, mientras se desviaba hacia aquel extremo de la flota.

De camino, pudo echar un buen vistazo a los estragos de la batalla, el enjambre de mecánicos androides y naves remolcadoras. Los cruceros Estelares Mon Calamari estaban blindados y acorazados para aguantar múltiples impactos directos, pero creyó recordar que había visto más de aquellas enormes y abultadas naves. Absorto en luchar por su vida, su padre y su integridad en el salón del trono del emperador, ni siquiera había percibido las perturbaciones en la Fuerza provocadas por tantas muertes. Confió en que no se acostumbrara

a ellas.

—Wedge, ¿me oyes? —preguntó Luke por la radio subespacial. Eligió una trayectoria entre las enormes naves de la flota. Los analizadores indicaron que el transporte pesado más próximo se estaba alejando con cautela de algo mucho más pequeño. Cuatro cazas A se colocaron detrás de Luke—. Wedge, ¿estás ahí?

—Lo siento —respondió una voz apenas audible—. Estoy casi fuera de tu alcance. He de... —Wedge se interrumpió y gruñó—. He de mantener apartados estos dos cristales. Es una especie de artilugio autodestructivo.

—¿Cristales? —preguntó Luke, para que Wedge continuara hablando.

Había dolor en aquella voz.

—Conductores de cristal electrónicos. Reliquias de los viejos días «elegantes». El mecanismo intenta aproximarlos hasta que se juntan. Si llegan a tocarse, ¡puf! Todo el motor de fusión.

Luke sobrevoló lentamente el resplandor azul de Endor y vio el caza X de Wedge. A su lado flotaba un cilindro de nueve metros de largo con los distintivos imperiales, tan largo como el caza y casi todo motor, un tipo de nave teledirigida que la Alianza aún no podía permitirse. Por algún motivo, la nave le produjo un siniestro presagio. El Imperio ya no utilizaba aquellas reliquias. ¿Por qué, quienes la habían enviado, no habían usado los canales imperiales habituales?

Luke silbó.

—No, no tenemos el menor deseo de que ese motor tan grande estalle.

No era extraño que el transporte se estuviera alejando.

—Exacto.

Wedge estaba sujeto a un extremo del cilindro, con un traje presurizado que le conectaba a su caza mediante un cable de apoyo vital. Debía de haber liberado el aire de la cabina, con el fin de dirigirse hacia el control principal del cilindro en cuanto comprendió que había activado por accidente el mecanismo de detonación. Podría sobrevivir en el vacío durante varios minutos, provistos de su traje presurizado de piloto y el casco de emergencia hermético.

—¿Desde cuándo estás ahí fuera, Wedge?

—No lo sé. Da igual. El panorama es fantástico.

Luke se acercó e invirtió los motores con cuidado. Wedge tenía una mano en el interior de un panel. Volvió la cabeza para seguir con la vista al caza de Luke, cuando éste acompasó su velocidad a la del cilindro.

—Me vendría bien otra mano. —Wedge habló con desenvoltura, pero el tono traicionó su tensión. Debía tener la mano medio aplastada—. ¿Qué hacéis aquí?

—Admirando el panorama.

Luke sopesó sus opciones. Los pilotos de los cazas A deceleraron y se rezagaron, tal vez asumiendo que Luke sabía lo que hacía.

—Erredós —llamó—, ¿cuál es el alcance de tu brazo manipulador? Si me acerco lo bastante, ¿podrías ayudarme?

No: 2,76 metros como mínimo, en un ángulo óptimo, apareció en la pantalla.

Luke arrugó el entrecejo. Gotas de sudor perlaron su frente. Cualquier cosa pequeña, sólida y desechable serviría de ayuda. Si no se daba prisa, su amigo moriría. La Fuerza concentrada en Wedge ya empezaba a oscilar.

Luke echó un vistazo a su espada de luz. No estaba dispuesto a desprenderse de aquello.

¿Ñipara salvar la vida de Wedge? Además, podría recuperarla. Deslizó con todo cuidado la espada en el interior del tubo de alimentación de la portilla de eyección. La lanzó y extendió una mano hacia el arma, separada por diez metros de vacío. La envió hacia Wedge. Cuando ya estaba cerca del objetivo, torció la muñeca.

La hoja blancoverdosa apareció, silenciosa en el vacío del espacio. Los grandes ojos pardos de Wedge parpadearon detrás de su visor.

—Cuando dé la señal, salta —ordenó Luke.

—Perderé los dedos, Luke.

—Suéltate —repitió Luke—. Perderás algo más que los dedos si te quedas ahí.

—¿Existe alguna posibilidad de que me bloquee un poco los nervios con tus capacidades Jedi? Me duele horriblemente.

La voz de Wedge sonó más débil. Encogió las piernas y se dispuso a soltarse.

En momentos como aquéllos, la granja del tío Owen en Tatooine no le parecía tan mal.

—Lo intentaré —dijo—. Enséñame los cristales. Míralos fijamente.

—De acueeerdo.

Wedge dio la vuelta para mirar al interior de la escotilla. Luke dejó que la espada derivara y buscó la presencia amiga de Wedge. Confió en que no se resistiera, en que le dejara...

A través de los ojos de Wedge, y mientras combatía el terrible dolor que sufría la mano del piloto, Luke divisó un par de joyas redondas y multifacetadas, una en su palma, mientras la otra, al extremo de un mecanismo de resorte, se clavaba en el dorso de su mano. Del tamaño de un puño, arrojaban reflejos dorados, producidos por la espada de luz, sobre el traje naranja de Wedge. Luke pensó que el guante de vuelo no bastaría para mantenerlas apartadas, de lo contrario habría indicado a Wedge que se desprendiera de él. Una breve despresurización no afectaba demasiado a las extremidades.

Si Wedge saltaba, Luke sólo contaría con un segundo, a lo sumo, para liberar un cristal, y muy poco tiempo más antes de que Wedge se desmayara. Wedge estaba conectado al cable y seguiría respirando, pero perdería mucha sangre. La visión era borrosa en los bordes.

Luke pellizcó la percepción del dolor de Wedge.

Demasiados malabarismos. Luke empezaba a perder el control sobre su propio dolor.

—Lo tengo —gruñó.

—¿Qué? —preguntó Wedge con voz desmayada.

—El panorama. Salta cuando cuente tres. Salta con fuerza. Uno.

Wedge no puso objeciones. Luke apretó los dientes y se acercó más a la espada. Siempre que mantuviera la vista clavada en la espada, lograría mantener el control.

—Dos.

Mientras contaba, experimentó la espada, los cristales y la brecha crítica, todo como partes de la totalidad del universo.

—Tres. —No ocurrió nada—. ¡Salta, Wedge!

Wedge se soltó. Luke se zambulló en el interior. Un cristal quedó libre y reflejó un calidoscopio verde remolineante sobre la superficie del caza X.

—Oooooh —canturreó la voz de Wedge en su oído—. Fantástico.

Giró en redondo, aferrándose la mano.

—¡Wedge, enderézate!

No hubo respuesta. Luke se mordió el labio. Estabilizó la espada y desactivó la hoja. El cable de Wedge se tensó sobre el otro caza X. Sus extremidades oscilaron al azar.

Luke conectó la radio de emergencias.

—Jefe Rogue a Hogar Uno. Explosivos desarmados. Necesito ayuda médica. ¡Ya!

Detrás de los cazas A, alejados de la zona de peligro, apareció una nave médica.

El cuerpo de Wedge se alzaba y hundía cada vez que respiraba, mientras flotaba erguido en el depósito de fluido bacteriano cicatrizador de la flota. Luke había averiguado con gran alivio que salvaría los dedos. El cirujano androide Dos-Unobé dispuso el tablero de control y se volvió hacia Luke. Esbeltos miembros articulados se agitaron frente a su reluciente sección media.

—Ahora usted, señor. Póngase detrás del analizador.

—Estoy bien. —Luke apoyó su taburete contra la mampara—. Sólo cansado.

R2-D2 gorjeó con suavidad a su lado, como preocupado.

—Por favor, señor. Sólo será un momento.

Luke suspiró y arrastró los pies hacia un panel rectangular de la altura de un hombre.

—¿Vale? ¿Ya puedo marcharme?

—Un momento más —respondió la voz mecánica. A continuación, unos ruidos metálicos—.

Un momento —repitió el androide—. ¿Ha experimentado visión doble en los últimos tiempos?

—Bueno... —Luke se rascó la cabeza—. Sí, pero sólo un momento.

Aquel breve mareo no debía de ser significativo.

Mientras el panel de diagnóstico se hundía en la mampara, una cama flotadora médica se proyectó desde la pared contigua a 2-1B. Luke retrocedió.

—¿Para qué es eso?

—Usted no se encuentra bien, señor.

—Sólo estoy cansado.

—Señor, mi diagnóstico es repentina y masiva calcificación de su estructura cerebral, de un tipo poco común debido a una grave exposición conductora a campos eléctricos y de otras energías.

Campos de energía. Ayer. El emperador Palpatine, que sonreía burlonamente mientras chispas blancoazuladas brotaban de sus dedos y Luke se retorció sobre la cubierta. Luke rompió a sudar, tan reciente era el recuerdo. Pensó que iba a morir. Estaba muriendo.

—La brusca disminución de minerales en la sangre está provocando microparálisis

musculares en todo su cuerpo, señor.

Por eso le dolía tanto. Hasta una hora antes, no había tenido la oportunidad de sentarse erguido y notarlo. Miró a 2-1B, desolado.

—No se trata de daños permanentes, ¿verdad? ¿No tendrá que sustituir huesos?

Se estremeció de sólo pensar en ello.

—El estado se cronificará, a menos que usted descanse y me permita tratarle —respondió la voz mecánica—. La alternativa es inmersión bacteriana.

Luke desvió la vista hacia el depósito. *Otra vez no*. Había notado el sabor de bacterias en su aliento durante toda la semana posterior. Se quitó las botas de mala gana y se extendió sobre la cama flotante.

Despertó, sobresaltado, un tiempo después.

La cara metálica de 2-1B apareció junto a su cama.

—¿Un sedante, señor?

Luke siempre había leído que los humanos tenían tres huesos en cada oreja. Ahora, estaba convencido. Podía contarlos.

—Me siento peor, en lugar de mejor —protestó—. ¿No han hecho nada?

—El tratamiento ha terminado, señor. Ahora, ha de descansar. ¿Me permite ofrecerle un sedante? —repitió con paciencia el androide.

—No, gracias —gruñó Luke.

Como Caballero Jedi, debía aprender a controlar las sensaciones, y cuanto antes mejor. El dolor era un riesgo del oficio.

Erredós gorjeó una pregunta.

Luke adivinó la traducción.

—Muy bien, Erredós. Puedes quedarte a vigilar. Echaré otra siesta.

Rodó sobre su costado. Poco a poco, su peso dibujó otro surco en el contorno flexible de la cama. Ésta era la parte mala de ser considerado un héroe. Había sido mucho peor cuando perdió la mano.

Pensándolo bien, la mano biónica no dolía.

Un punto a su favor.

Había llegado el momento de recrear el antiguo arte Jedi de autocurarse. Las lecciones esquemáticas de Yoda dejaban mucho a la imaginación.

—Voy a marcharme, señor. —2-1B giró en redondo—. Procure dormir, se lo ruego. Llame si necesita ayuda.

Una última pregunta impulsó a Luke a levantar la cabeza.

—¿Cómo está Wedge?

—La convalecencia va bien, señor. Le daremos el alta mañana.

Luke cerró los ojos y trató de recordar las lecciones de Yoda. Pies calzados con botas pasaron con rapidez ante la escotilla abierta. Ya concentrado en la Fuerza, percibió una presencia alarmada que corría por el pasillo. Por más que forzó el oído, no reconoció al individuo. Yoda había dicho que el discernimiento perfecto, incluso de los extraños, llegaría con

el tiempo a medida que aprendiera el profundo silencio del yo que permitía a un Jedi distinguir las oscilaciones que producían los demás en la Fuerza.

Luke rodó sobre su costado, deseoso de dormir. Le habían ordenado dormir.

Pero seguía siendo Luke Skywalker, y tenía que saber lo que había alarmado a aquel soldado. Se incorporó con cautela y se puso en pie. Con el dolor localizado en un extremo de su cuerpo, podía disminuirlo fingiendo que sus pies no existían..., o algo por el estilo. La Fuerza no podía explicarse. Era algo que se utilizaba..., cuando te dejaba. Ni siquiera Yoda lo había visto todo.

Erredós lanzó un silbido de alarma. 2-1B rodó hacia él, agitando los miembros.

—Acuéstese, señor, por favor.

—Dentro de un momento. —Asomó la cabeza al largo pasillo y gritó—: ¡Alto!

El soldado paró en seco.

—¿Ya han descodificado el mensaje de esa nave teledirigida?

—Siguen en ello, señor.

Entonces, el lugar debía ser la sala de guerra. Luke retrocedió hacia Erredós y apoyó una mano sobre la cúpula azul del pequeño androide.

—Señor —insistió el médico androide—, acuéstese, por favor. Su estado se cronificará rápidamente, a menos que descanse.

Al imaginarse torturado por el dolor durante toda su vida, o la alternativa (otra estancia en el tanque pegajoso), Luke se sentó en el borde de la cama flotante y se removió inquieto.

Entonces, una idea acudió a su mente.

—2-1B, apuesto a que tienes...

La sala de guerra de la nave insignia, con capacidad para cien personas, estaba casi vacía. Un criado androide siguió la curva de un banco, y pasó entre un tubo lumínico y unas mamparas blancas centelleantes. Cerca de la mesa de proyección circular que ocupaba el centro de la sala, cerca del único técnico que estaba de servicio, Mon Mothma, la mujer que había fundado y lideraba ahora la Alianza Rebelde, estaba de pie al lado del general Crix Madine. La presencia de Mon Mothma resplandecía visiblemente en su larga túnica blanca, aunque era invisible para la Fuerza, y la confianza del barbudo Madine había aumentado desde la batalla de Endor.

Ambos miraron en dirección a Luke y fruncieron el ceño. Luke sonrió sin gran convicción y sujetó los apoyabrazos de la silla repulsora que había encontrado en el hospital. Avanzó hacia los dos sobre los peldaños.

—Nunca aprenderás, ¿verdad? —Las arrugas que habían aparecido en el ceño del general Madine se suavizaron—. Tu lugar está en el centro médico. Esta vez, ordenaremos a 2-1B que te ate a la cama.

Un músculo se agitó en la mejilla de Luke.

—¿Y el mensaje? Algún comandante imperial ha—dilapidado un cuarto de millón de créditos en esa reliquia.

Mon Mothma asintió y regañó a Luke con su plácida mirada. Una consola lateral, que también era una pequeña mesa de proyección, se encendió. Sobre ella se materializó un holograma en miniatura del almirante Ackbar, cuyos enormes ojos sobresalían a ambos lados de su cabeza alta y cónica. Aunque el calamariano había dirigido la batalla de Endor desde una silla, bajo el amplio mirador situado a la izquierda de Luke, Ackbar se sentía más cómodo en su viejo crucero. El apoyo vital estaba más adaptado a los patrones calamarianos.

—Comandante Skywalker —resolló. Peludos zacillos se agitaron bajo su mandíbula—. Debería reflexionar sobre los riesgos que corre... con más atención.

—Lo haré, almirante. Cuando pueda.

Luke inclinó la silla flotante y la estabilizó junto al borde de acero gris de la mesa principal. Un silbido electrónico surgió de la escotilla situada a su espalda. R2-D2 no le dejaba escapar de su alcance fotorreceptor ni treinta segundos. El androide tuvo que dar una larga vuelta. Eclipsó diminutas luces parpadeantes de los instrumentos y rodó junto al banco informático superior hasta una plataforma de descenso. Bajó, se acercó a la silla flotante de Luke y emitió una serie de reprimendas, transmitidas por 2-1B, probablemente. El general Madine sonrió.

Luke no había entendido ni un solo silbido, pero en este caso también adivinó la traducción.

—De acuerdo, Erredós. Retrae tus ruedas. Yo estoy sentado. Esto puede ser interesante.

El joven teniente Matthews se irguió sobre la consola lateral y volvió la cabeza.

—Ya lo tenemos —anunció.

Madine y Mon Mothma se inclinaron hacia la pantalla. Luke estiró el cuello para ver mejor.

El gobernador imperial Wilek Nereus del sistema de Bakura, a su excelentísimo amo imperial Palpatine: saludos apresurados.

No se habían enterado. Pasarían meses, tal vez años, antes de que gran parte de la galaxia recibiera la noticia de que el reinado del emperador había terminado. Incluso a Luke le costaba creerlo.

BAKURA ESTÁ SIENDO ATACADA POR FUERZAS ALIENÍGENAS PROCEDENTES DEL EXTERIOR DE NUESTROS DOMINIOS. CALCULAMOS CINCO CRUCEROS, VARIAS DOCENAS DE NAVES DE APOYO, MÁS DE MIL CAZAS PEQUEÑOS. TECNOLOGÍA DESCONOCIDA. HEMOS PERDIDO LA MITAD DE NUESTRAS FUERZAS DEFENSIVAS Y TODOS LOS PUESTOS AVANZADOS. ' LAS TRANSMISIONES A CENTRO IMPERIAL Y A LA ESTRELLA DE LA MUERTE DOS NO HAN OBTENIDO RESPUESTA. ENVÍEN MILICIANOS CON URGENCIA, REPITO, CON URGENCIA.

Madine tocó un panel.

—Más datos —exclamó—. Necesitamos más.

La voz de un androide de inteligencia se filtró por el comunicador.

—Tenemos a su disposición imágenes confirmativas, señor, así como bancos de datos

introducidos accesibles mediante códigos imperiales.

—Eso me gusta más. —Madine apoyó una mano sobre el hombro del teniente—. Proyecte las imágenes.

Una unidad de proyección se elevó sobre la mesa central. Apareció una escena que provocó una descarga aterradora de adrenalina. «Yoda me daría un palmetazo en los nudillos —pensó Luke—. Emoción... Aventuras... Un Jedi no se pirra por esas cosas.» Adoptó la calma Jedi. Un planeta aterrorizado necesitaba ayuda.

En el centro de la imagen flotaba un patrullero imperial, de un tipo que Luke había estudiado, pero contra el cual jamás había combatido, que se proyectaba como una red de líneas tridimensionales, de un brillo rojoanaranjado. Se acercó para examinar su batería de láseres, pero antes de que pudiera echarle un buen vistazo, estalló en silencio. Un objeto anaranjado más grande apareció ominosamente en su campo de visión, y dominó la escena gracias a su tamaño: mucho más voluminoso que el patrullero, más rechoncho que los esbeltos cruceros Mon Calamari, de forma ovoide, pero erizado de protuberancias similares a burbujas.

—Lleve a cabo un estudio del diseño de la nave —ordenó Madine.

Al cabo de unos tres segundos, el androide de inteligencia respondió en tono monótono.

—Se trata de un diseño que no utilizan ni el imperio ni la Alianza.

Luke contuvo el aliento. El inmenso navío aumentó de tamaño sobre la mesa. Ahora, distinguió medio centenar de cañones..., ¿o se trataba de antenas direccionales? No disparó hasta que seis cazas TIE escarlatas se acercaron; a continuación, los cazas Roguen al mismo tiempo y aminoraron la velocidad. Cazas y botes de escape aceleraron en dirección a la nave alienígena, atrapados obviamente por un haz de arrastre. La escena disminuyó de tamaño. Quien había grabado aquellas imágenes había huido a toda prisa.

—Han hecho prisioneros —murmuró Madine, muy preocupado.

Mon Mothma se volvió hacia un androide, alto hasta su hombro, que se había acercado en silencio.

—Introdúctese en los bancos de datos almacenados. Aplica nuestros códigos imperiales más normales. Localiza ese planeta, Bakura.

Luke experimentó cierto alivio cuando comprobó que hasta la dirigente de la Alianza, a pesar de sus conocimientos, ignoraba el emplazamiento del sistema.

El androide giró hacia la mesa y volvió a conectar su brazo. La escena de la batalla se desvaneció. Destellos de estrellas aparecieron en una conformación que Luke reconoció como aquel extremo de la región Límite.

—Ya está, señora —anunció el androide—. Según este registro, su economía se basa en la exportación de componentes para re—pulsores, y del azúcar y el licor extraídos de una fruta exótica. Fue colonizado por una empresa minera dedicada a la especulación durante los últimos años de las Guerras Clónicas, y ocupado por el Imperio hace unos tres años, para apoderarse de sus fábricas de componentes repulsores.

—Subyugado hace lo bastante poco para recordar bien su independencia. —Mon Mothma apoyó su delgada mano sobre el borde de la mesa—. Ahora, muéstrame Endor. Posición

relativa.

Otra partícula lanzó un destello azul. Olvidado al lado de Luke, Erredós silbó por lo bajo. Si Endor estaba bastante alejado de los planetas del Núcleo, la distancia a Bakura era todavía mayor.

—Está en el borde de los planetas del Límite, por así decirlo —observó Luke—. Aun viajando por el hiperespacio, se tardarían días en llegar. El Imperio no puede ayudarles.

Resultaba extraño pensar en que alguien prestara su ayuda al Imperio. La decisiva victoria de los rebeldes en Endor condenaba a los bakuranos a un destino desconocido, porque el ejército imperial más próximo no podía ayudarles. Las fuerzas de la Alianza lo habían dispersado.

La voz de Leia se oyó con claridad desde un altavoz situado a su izquierda.

—¿Es muy grande la fuerza imperial destacada en el sistema?

Leia se encontraba en la superficie de Endor, en la aldea ewok. Luke ignoraba que estaba escuchando, pero tendría que haberlo imaginado. Proyectó la Fuerza y rozó la cálida presencia de su hermana. Notó una tensión muy justificada. Leia se había quedado a descansar con Han Solo, para recuperarse de la quemadura del hombro y ayudar a los diminutos ewoks a enterrar a sus muertos; no tendría ganas de nuevos problemas. Luke se humedeció los labios. Amaba a Leia desde hacía mucho tiempo, y deseaba...

Bien, era cosa del pasado. El androide de inteligencia respondió mediante una transmisión por radio subespacial.

—Una guarnición imperial defiende Bakura. El transmisor del mensaje ha añadido un subtexto, recordando al emperador Palpatine que las fuerzas defensoras del planeta están anticuadas, debido a la lejanía del sistema.

—Es evidente que el Imperio no pensó en que nadie le disputaría Bakura —replicó con desdén Leia—, pero ahora ya no hay flota imperial que pueda ayudarles. Los imperiales tardarán semanas en volver a reunirse, y para entonces Bakura habrá caído en poder de los invasores..., o formará parte de la Alianza Rebelde —añadió, en un tono más ligero—. Si los imperiales no pueden ayudar a los bakuranos, nosotros tendremos que hacerlo.

La imagen del almirante Ackbar plantó sus manos palmeadas en las cercanías de la parte inferior de su torso.

—¿Qué quiere decir, Alteza?

Leia se apoyó contra la pared, fabricada a base de mimbre y argamasa, de una casa arbórea ewok y alzó los ojos hacia la cúpula de su alto techo de paja. Han se estiró junto a su asiento, apoyado en un codo, y retorció una rama entre sus dedos.

Leia levantó un comunicador.

—Si enviáramos ayuda a Bakura —contestó al almirante Ackbar—, es posible que Bakura desertara del Imperio por gratitud. Podríamos colaborar en la liberación de su pueblo.

—Y hacernos con la tecnología de los repulsores —musitó Han a la ramita.

Leia sólo había hecho una pausa.

—Esa posibilidad merece que destaquemos una pequeña fuerza de choque. Necesitarán un negociador de categoría.

—Métete en un planeta imperial —murmuró Han, con las manos enlazadas detrás de la cabeza—, y alguien te incluirá entre sus futuras ganancias. Tu cabeza tiene un precio.

Leia frunció el ceño.

—¿Podemos permitirnos el lujo de enviar tropas, en el estado que nos encontramos? —preguntó la voz de Ackbar—. Hemos perdido el veinte por ciento de nuestras fuerzas, y sólo hemos luchado contra una parte de la flota imperial. Cualquier destacamento militar imperial haría un trabajo mejor en Bakura.

—Y el Imperio continuaría manteniendo el control. Necesitamos Bakura, como necesitamos Endor. Todos los planetas que podamos añadir a la Alianza.

Han se apoderó por sorpresa del comunicador y lo atrajo hacia sí.

—Almirante —dijo—, dudo que podamos permitirnos el lujo de no ir. Una fuerza invasora tan enorme representa un problema para todo este confín de la galaxia. Leia tiene razón: deberíamos ir nosotros. Debería enviar una nave veloz, por si a los imperiales se les ocurriera alguna idea.

—¿Y el precio por tu cabeza, cerebro de láser? —susurró Leia.

Han aguantó el chaparrón.

—No irás sin mí, Alteza.

Luke estudió la expresión y el estado de ánimo de Mon Mothma mediante la Fuerza.

—Tendrá que ser un grupo pequeño —dijo con calma—, pero una sola nave no es suficiente. Almirante Ackbar, elija algunos cazas que presten su apoyo al general Solo y a la princesa Leia.

Luke extendió una mano.

—¿Qué están haciendo los alienígenas? ¿Por qué toman tantos prisioneros?

—El mensaje no lo dice —señaló Madine.

—Entonces, será mejor que envíe a alguien para que lo averigüe. Podría ser importante.

—Usted no, comandante, y me da la impresión de que no podemos esperar a que se recupere. —Madine tabaleó sobre un pasamanos blanco—. El grupo debería partir antes de un día.

Luke no quería quedarse, aunque confiaba ciegamente en que Han y Leia se cuidarían mutuamente.

Por otra parte, antes de poner manos a la obra, debía curarse, porque el general Madine, de repente, se había duplicado. Sus nervios ópticos le estaban aconsejando que se pusiera horizontal lo antes posible, so pena de sufrir un desmayo, doblemente humillante, en la sala de guerra. Echó un vistazo hacia la barandilla que se alzaba sobre la doble fila de bancos blancos, y se preguntó si la silla repulsora lograría pasar por encima. Detestaba quedar en ridículo.

Erredós canturreó con acento maternal.

Luke manipuló los controles de la silla flotante.

—Vuelvo a mi camarote. Manténganme informado.

El general Madine cruzó los brazos sobre su uniforme caqui.

—Dudo que le enviemos a Bakura. —Las ropas de Mon Monthma crujieron cuando se cuadró de hombros—. Piense en lo importante que es usted para la Alianza.

—Tiene razón, comandante —resolló la pequeña imagen rubicunda del almirante Ackbar.

—No sirvo de nada si me limito a permanecer acostado.

Sin embargo, debía deshacerse de su reputación de imprudente, si deseaba obtener el respeto de la flota rebelde. Yoda le había encargado que transmitiera sus enseñanzas. En la mente de Luke, eso significaba reconstruir la Orden de los Jedi, en cuanto tuviera la oportunidad. Cualquier otra persona podía pilotar un caza. Nadie más podía reclutar y formar a nuevos Jedi.

Frunció el ceño, se dirigió a la plataforma elevadora, giró la silla y contestó a Mon Mothma y al almirante Ackbar cuando se levantó.

—Al menos, podré ayudarles a reunir la fuerza de choque.

2

Los dirigentes continuaron conferenciando mientras Luke flotaba hacia una escotilla. El guardia de pelaje gris, un gotal, se encogió de temor cuando saludó. Luke recordó que los gotales sentían la Fuerza como un vago zumbido en sus cuernos sensores en forma de cono, y aceleró el paso para no causar dolor de cabeza al fiel gotal.

Erredós emitió un sonido estridente detrás de él. Ya en el pasillo, Luke aminoró la velocidad de su silla flotante y dejó que el pequeño androide le alcanzara. Erredós aferró la barra estabiliza—dora izquierda de la silla y la remolcó, sin dejar de emitir estática electrónica.

—Sí, Erredós.

Luke apoyó una mano sobre la cúpula azul de Erredós. Permitted, agradecido, que le transportara hacia el centro médico. Imaginó un millar de naves alienígenas que convergían en..., en un planeta que aún era incapaz de recrear. Quería verlo con el ojo de su mente.

Y saber por qué los alienígenas tomaban prisioneros.

Cuando llegó a la clínica, se quitó las botas y se tendió sobre la cama de flotación. Se sentía de maravilla cuando cedía bajo su peso. Después de echar un vistazo al tanque bacteriano de Wedge, cerró los ojos e imaginó que podía escuchar las conversaciones de la sala de guerra.

Que se ocuparan ellos. De momento, él estaba acabado. Literalmente.

Erredós gorjeó una pregunta.

—Repíte, por favor —dijo Luke.

Erredós rodó hacia la escotilla abierta y proyectó un brazo manipulador. La puerta se cerró.

—Ah, gracias.

Erredós habría pensado que le gustaría desnudarse en privado.

Pero Erredós ignoraba que estaba demasiado cansado para desnudarse. Extendió las piernas sobre la cama.

—Erredós —dijo—, pídele a 2-1B una pantalla de datos portátil. Introdúctete en esos archivos de datos almacenados de la nave mensajera. Les echaré una ojeada mientras descanso.

Erredós canturreó una respuesta desaprobadora mientras se alejaba, pero volvió menos de un minuto después con un carrito de ruedas. Lo detuvo junto a la cama de Luke y le enchufó un conector.

—Bakura —dijo Luke—. Archivos de datos.

Mientras el ordenador analizaba su pauta de voz para confirmar que tenía permiso de la seguridad, Luke se estiró y parpadeó. Jamás había agradecido tanto una visión normal.

Un planeta azul cubierto de nubes apareció en la pantalla.

—Bakura —anunció una voz femenina, desapasionada y madura—. Inspección Imperial seis—cero—siete—siete—cuatro.

La capa de nubes se acercó. Debajo, apareció una inmensa cadena de montañas verdes. Dos anchos ríos paralelos atravesaban un valle profundo, se internaban en las montañas y serpenteaban hasta un delta verde. Luke imaginó olores intensos y húmedos, como en Endor.

—Salis D'aar, la capital, es la sede del gobierno imperial. La contribución bakurana a la seguridad imperial incluye una modesta cantidad de metales estratégicos...

Tan verde. Tan húmedo. Luke cerró los ojos. Su cabeza cayó.

... Estaba tendido sobre la cubierta de una nave extraña. Un enorme alienígena reptiliano, de escamas marrones, cabeza gigantesca y roma, cargó hacia él, empuñando un arma. Luke encendió la espada de luz. Cubierta por las huellas dactilares del emperador, resbaló entre sus dedos. Entonces, reconoció el «arma» del gran lagarto: un cepo Propietario, utilizado para controlar androides. Lanzó una carcajada y adoptó una postura de combate. El Propietario del alienígena zumbó. Luke se quedó petrificado.

—¿Cómo ?

Bajó la vista, incrédulo. Tenía cuerpo de androide, con las articulaciones rígidas. El alienígena alzó su artillugio...

Luke se esforzó por recuperar la conciencia. Notó una potente presencia en la Fuerza y se incorporó con excesiva rapidez. Martillos invisibles repiquetearon en sus sienes.

La pantalla estaba apagada. Ben Kenobi se encontraba sentado al pie de su cama, ataviado como de costumbre con ropas sencillas sin blanquear, que brillaban bajo las tenues luces nocturnas del camarote.

—¿Obi—wan? —murmuró Luke—. ¿Qué ocurre en Bakura?

Aire ionizado bailó alrededor de la silueta.

—Irás a Bakura —fue la respuesta.

—¿Tan grave es la situación? —preguntó atontado Luke, sin esperar respuesta. Ben las proporcionaba en muy pocas ocasiones. Daba la impresión de que venía sobre todo para regañar a Luke, como un profesor que persiguiera a un estudiante incluso después de la graduación (aunque Ben no había estado presente para completar su adiestramiento).

Obi—wan se sentó sobre la cama, pero la cama no se movió. La manifestación no era física, en un sentido literal.

—El emperador Palpatine fue el primero que se puso en contacto con los alienígenas que atacan Bakura —explicó la aparición—, durante una de sus meditaciones en la Fuerza. Les propuso un trato, que ya no puede cumplirse.

—¿Qué clase de trato? —preguntó Luke en voz baja—. ¿Qué peligro corren los bakuranos?

—Debes ir. —Ben seguía sin hacer caso de las preguntas de Luke—. Si no te encargas personalmente del asunto, Luke, Bakura, y todos los demás planetas, tanto aliados como imperiales, sufrirán un desastre mucho mayor de lo que imaginas.

Por lo tanto, era tan grave como temían. Luke meneó la cabeza.

—He de saber más. No puedo lanzarme a ciegas, y además, estoy...

El aire osciló y brilló cuando la imagen se desvaneció.

Luke lanzó un gruñido. Tendría que ingeniárselas para convencer al comité médico de que le diera el alta, para luego convencer al almirante Ackbar de que le encomendara la misión. Prometería descansar y autocurarse en el hiperespacio, si inventaba un método. De pronto, la idea de entrar en batalla ya no le entusiasmó.

Cerró los ojos y suspiró. El maestro Yoda se sentiría complacido.

—Erredós —dijo—, llama al almirante Ackbar.

Erredós farfulló.

—Ya sé que es tarde. Discúlpate por despertarle. Dile... —Miró a su alrededor—. Dile que si no quiere ir al salón de la clínica, nos veremos en la sala de guerra.

—Bien, pues...

Luke levantó la vista. La puerta del salón de la clínica se abrió. Han y Leia aparecieron en la escotilla, y se apretujaron entre el general Madine, que se encontraba de pie, y Mon Mothma, sentada en una unidad de éxtasis.

—Perdón —gruñó Han.

2-1B había dado su aprobación a la conferencia, siempre que Luke no abandonara el centro médico. El abarrotado saloncito, de un blanco immaculado como el resto del centro, hacía las veces de almacén transitorio para guardar unidades de éxtasis fría. El «asiento» de Mon Mothma albergaba a un ewok herido de muerte, que descansaba en animación suspendida hasta que la Alianza le trasladara a un hospital bien equipado.

Han se apoyó contra la mampara. Leia se sentó al lado de Mon Mothma.

—Prosiga.

La imagen proyectada del almirante Ackbar (en miniatura) brillaba sobre el suelo al lado de Erredós, el cual, en posición de firmes, se encargaba de mantener la proyección.

—¿El general Obi—wan Kenobi le dio órdenes?

—Sí, señor.

Luke deseó que Leia y Han no hubieran interrumpido su explicación en el momento más impresionante.

El almirante Ackbar se mesó los tentáculos de la barbilla con una mano palmeada.

—He estudiado la ofensiva de Kenobi. Fue magistral. Tengo poca fe en las apariciones, pero en general Kenobi fue uno de los Caballeros Jedi más poderosos y, por lo general, se puede confiar en la palabra del comandante Skywalker.

El general Madine frunció el ceño.»

—El capitán Wedge Antilles se habrá recuperado por completo cuando un batallón llegue a Bakura. He pensado darle el mando del grupo. No se ofenda, general —añadió, y dirigió una leve sonrisa a Han.

—En absoluto —replicó Han—. Sepárenme de la embajadora aquí presente, y dimitiré de mi

cargo.

Luke disimuló una sonrisa con la mano. Mon Mothma ya había asignado a Leia la representación de la Alianza en Bakura, y ante las fuerzas imperiales destacadas en el planeta. Incluso le había pedido que intentara ponerse en contacto con los alienígenas. *Imagina la fuerza que podría oponer la Alianza al Imperio, si ese ejército alienígena se sumara a nuestras filas*, había dicho con cautela Mon Mothma.

—Pero el estado del comandante Skywalker es mucho más grave —adujo Ackbar.

—Para cuando lleguemos a Bakura, ya me habré recuperado.

—Hemos de pensar en todas las contingencias. —Ackbar meneó su cabeza rubicunda—. Ahora, hemos de defender Endor, y hemos prometido ayuda al general Calrissian para liberar Ciudad Nube...

—He hablado con Lando por comunicador —interrumpió Han—. Dice que tiene sus propias ideas, pero gracias de todos modos.

Las fuerzas imperiales se habían apoderado de Ciudad Nube cuando Lando Calrissian (su barón—administrador) había huido con Leia y Chewie, en persecución del cazador de recompensas que había escapado con Han, al que mantenía aprisionado en carbono helado. Lando se había visto obligado a olvidar Ciudad Nube cuando dirigió el ataque sobre Endor. Le habían prometido todos los soldados de que pudieran desprenderse.

Pero Lando siempre había sido un jugador.

—En ese caso, enviaremos a Bakura una fuerza de choque pequeña pero fuerte —dijo Ackbar—, para apoyar a la princesa Leia, que negociará en nuestro nombre. La mayoría de las batallas en que participen tendrán lugar en el espacio, no en tierra. Cinco Cañoneras corellianas y una Corbeta escoltarán a nuestro carguero, de mucho menor tamaño. ¿Será suficiente, comandante Skywalker?

Luke se sobresaltó.

—¿Me entrega el mando, señor?

—Creo que no nos queda otra alternativa —dijo con placidez Mon

Mothma—. El general Kenobi ha hablado con usted. Sus logros militares son inmejorables. Ayude a Bakura en nuestro nombre y reúnase con la nota de inmediato.

Luke, abrumado por el honor, la saludó militarmente.

A la mañana siguiente, temprano, Luke examinó los informes sobre el estado general del carguero rebelde *Frenesí*.

—Está dispuesto para despegar —observó.

—Dispuesto y ansioso.

La capitán Tessa Manchisco le dio un codazo. Recién llegada de la Guerra Civil Virgiliana, la capitán Manchisco llevaba su cabello negro distribuido en seis gruesas trenzas que colgaban sobre su uniforme color crema. Había aceptado la misión de Bakura con entusiasmo. Su *Frenesí*, un pequeño carguero/crucero muy poco convencional, renovado con todos los componentes imperiales que los avispados virgilianos habían podido amontonar a bordo,

llevaba una tripulación de puente virgiliana: además de Manchisco, tres humanos y un timonel duro, carente de nariz y con los ojos rojos. Los hombres del almirante Ackbar habían embutido en las bodegas del *Frenesí* veinte cazas X, tres cazas A y cuatro cazas B de asalto, lo máximo que la Alianza se podía permitir.

Desde el mirador triangular del *Frenesí*, Luke vio dos de sus Cañoneras corellianas. Sobre el carguero (solían establecer un «nivel inferior» en todas las formaciones, aun en gravedad cero), flotaba el carguero más trucado de aquel cuadrante de la galaxia, el *Halcón Milenario*. Han, Chewbacca, Leia y Cetrespeó habían subido al *Halcón* menos de una hora antes.

El júbilo inicial de Luke por haber recibido el mando ya se había desvanecido. Una cosa era volar en un caza bajo las órdenes de otro, con la Fuerza como aliado, y otra muy distinta la estrategia. Sobre sus hombros descansaba la responsabilidad de todas las vidas y todas las naves.

Empero, había estudiado manuales sobre estrategia y táctica. Y ahora... Bien, a decir verdad, casi lo deseaba...

De pronto, sintió un hormigueo en los nudillos. Oyó o recordó la suave risa de Yoda.

Arrugó el entrecejo, cerró los ojos y se relajó. Aún le dolía todo, pero había prometido a 2-1B que descansaría y se autocuraría. Deseó sentirse mejor.

—Puestos de hiperpropulsión —gritó Manchisco—. Quizá quiera apretar el botón, comandante.

Luke paseó la vista por el espartano puente hexagonal. Tres puestos, además de su silla de mando, una hilera de tableros de batalla, ahora apagados en previsión del salto, y un solo empalme de androide R2, ocupado por la unidad virgiliana. Pulsó el botón, y se preguntó qué «desastre» acechaba a Bakura a menos que él se ocupara personalmente.

En una cubierta exterior de un gigantesco crucero de guerra llamado *Shriwirr*, Dev Sibwarra apoyó su esbelta mano morena sobre el hombro izquierdo de un prisionero.

—Todo irá bien —dijo en voz baja. El miedo del otro humano golpeó su mente como un látigo de tres colas—. No duele. Te espera una maravillosa sorpresa.

Una auténtica maravilla, de hecho, una vida sin hambre, frío o deseos egoístas.

El prisionero, un imperial de tez mucho más clara que la de Dev, había dejado de protestar, y su respiración era entrecortada. Estaba derrumbado sobre la silla de tecnificación. Correas flexibles sujetaban sus miembros delanteros, cuello y rodillas, pero sólo para mantener el equilibrio. Con su sistema nervioso desionizado en los hombros, no podía revolverse. Un fino tubo intravenoso inyectaba una solución magnetizadora azul pálido en ambas arterias carótidas, mientras diminutas servo bombas zumbaban. Bastaban unos pocos milímetros de magsol para armonizar los fluctuantes campos magnéticos de las ondas cerebrales humanas con los aparatos de tecnificación Ssi-ruuvi.

Detrás de Dev, el maestro Firwirrung gorjeó una pregunta en ssi-ruuvi.

—¿Ya se ha calmado?

Dev dedicó una breve reverencia a su amo y cambió del idioma humano al ssi-ruuvi.

—Lo bastante —contestó—. Casi está a punto.

Escamas bermejas y lustrosas protegían los dos metros de largo de Firwirrung, desde el morro picudo hasta el extremo de la cola musculosa, y una prominente cresta negra en forma de V coronaba su frente. De mediano tamaño para ser un Ssi-ruu, aún estaba en período de crecimiento, y sólo se veían unas pocas marcas de edad donde las escamas que crecían sobre su hermoso pecho empezaban a separarse. Firwirrung bajó un amplio arco de captación metálico, que cubría al prisionero desde la mitad del torso a la nariz. Dev miró por encima y vio que las pupilas del hombre se dilataban. En cualquier momento...

—Ahora —anunció Dev.

Firwirrung tocó un control. Su musculosa cola se agitó de placer. La caza del día había sido fructífera. Dev trabajaría hasta bien entrada la noche, junto con su amo. Antes de la tecnificación, los prisioneros eran ruidosos y peligrosos. Después, sus energías vitales dieron impulso a los androides seleccionados por los Ssi-ruu vi.

El zumbido del arco de captación adoptó un tono más agudo. Dev retrocedió. En el interior de aquel cráneo humano redondo, el cerebro impregnado de magsol estaba perdiendo el control. Aunque el maestro Firwirrung le había asegurado que la transferencia de energía incorpórea era indolora, todos los prisioneros chillaban.

Al igual que éste, cuando Firwirrung tiró del interruptor del arco de captación. El arco vibró, a medida que la energía del cerebro saltaba a un electromagneto perfectamente sintonizado con el magsol. Un grito de angustia indescriptible se transmitió por mediación de la Fuerza.

Dev trastabilló y se aferró al conocimiento recibido de sus amos: los prisioneros sólo creían sentir dolor. El sólo creía sentir su dolor. Cuando el cuerpo chillaba, todas las energías del sujeto habían saltado al arco de captación. El cuerpo ya había muerto.

—Transferencia.

El silbido aflautado de Firwirrung delató que se estaba divirtiendo. Aquella actitud paternal consiguió que Dev se sintiera violento. Era inferior. Humano. Blando y vulnerable, como una larva blanca antes de la metamorfosis. Anheló ser destinado a la tecnificación y transferir su energía vital a un poderoso androide de batalla. Maldijo en silencio el talento que le había sentenciado a seguir esperando.

El zumbido del arco de captación aumentó de intensidad, cargado por completo, más «vivo» que el cuerpo derrumbado sobre la silla. Firwirrung se volvió hacia una mampara erizada de escamas metálicas hexagonales.

—¿Preparados ahí abajo?

Su pregunta surgió como un silbido labial ascendente, rematado por un chasquido del pico dentado, y seguido por dos silbidos sibilantes apagados en la garganta. Dev había tardado varios años en dominar el ssi-ruuvi, además de incontables sesiones de acondicionamiento hipnótico, tras las cuales anhelaba complacer a Firwirrung, jefe de tecnificación.

La labor de tecnificación era interminable. La energía vital, como cualquier otra, podía ser almacenada en las baterías adecuadas, pero la actividad eléctrica de las ondas cerebrales, que penetraba junto con la energía vital en las cargas del androide, solía desencadenar frecuencias

armónicas destructivas. Los circuitos de control vitales del androide «morían» a causa de una psicosis fatal.

De todos modos, las energías humanas duraban más que las de cualquier otra especie en la tecnificación, tanto sometidas a circuitos de navegación como a androides de batalla.

La cubierta 16 del enorme crucero de batalla silbó por fin una respuesta. Firwirrung apretó un botón con su garra delantera de tres dedos. El arco de captación enmudeció. La energía vital del afortunado humano centelleaba ahora en una bobina de reserva, situada detrás de los grupos sensores de un pequeño androide de combate piramidal. Ahora podría captar más longitudes de onda y ver en todas direcciones. Jamás necesitaría oxígeno, control de temperatura, alimento o descanso. Liberado de la engorrosa necesidad del libre albedrío, de tomar sus propias decisiones, su nuevo cuerpo obedecería todas las órdenes de los Ssi-ruu.

Obediencia perfecta. Dev inclinó la cabeza y deseó ocupar su lugar. Las naves androide no padecían tristeza ni dolor. Una metamorfosis gloriosa, hasta que un día, un rayo láser enemigo destruía la bobina..., o aquellas armonías psicóticas destructivas lo desconectaban de los circuitos de control.

Firwirrung retiró el arco de captación, las intravenosas y las correas. Dev levantó el cuerpo flácido de la silla y lo introdujo en un sumidero hexagonal de la cubierta. Cayó hacia la oscuridad.

Firwirrung se alejó de la mesa, con la cola relajada. Se sirvió una taza de ksaá rojo, en tanto Dev bajaba un brazo pulverizador y rociaba la silla varias veces. Dos subproductos biológicos desaparecieron por los desagües del centro del asiento.

Dev levantó el brazo pulverizador, lo cerró y movió la mano en dirección a un interruptor de la silla, para que ésta se secase.

—Preparado —silbó, y se volvió hacia la escotilla.

Dos menudos p'w'ecks jóvenes trajeron al siguiente prisionero, un hombre arrugado con ocho rectángulos rojos y azules, separados por espacios muy breves, sobre la parte delantera de su túnica imperial grisverdosa, y el pelo blanco alborotado. Se revolvió para liberar sus brazos de las garras delanteras de sus guardias. La túnica le había proporcionado escasa protección. Sangre roja humana brotaba de su piel y de las mangas desgarradas.

Ojalá supiera lo innecesaria que era su resistencia. Dev dio un paso adelante.

—Tranquilo. —Guardaba su ionizador en forma de paleta, un instrumento médico que también podía utilizarse como arma de a bordo, en las franjas laterales azules y verdes de su larga túnica—. No es lo que usted imagina.

El hombre abrió tanto los ojos que obscenas escleróticas blancas aparecieron alrededor de los iris.

—¿Qué imagino? —preguntó el hombre, aterrado—. ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? Espere, usted es el...

—Soy su amigo.

Dev apoyó la mano derecha sobre el hombro del prisionero, con los ojos entornados para ocultar sus escleróticas (sólo tenía dos párpados, en lugar de los tres de su amo).

—Estoy aquí para ayudarle. No tenga miedo.

Por favor, añadió en silencio, duele si me tiene miedo. Está de suerte. Será rápido. Apretó el ionizador contra la nuca del hombre. Sin soltar el activador, recorrió con el aparato la espina dorsal del hombre.

Los músculos del oficial imperial se distendieron. Sus guardias le dejaron caer a la cubierta de losas grises.

—¡Torpes! —Firwirrung avanzó sobre sus fuertes patas traseras, con la cola tesa mientras regañaba a los pequeños p'w'ecks. Dejando aparte el tamaño y el tono deslustrado de la piel, casi se parecían al maestro ssi-ruuk..., de lejos—. ¡Un respeto al prisionero!

—canturreó Firwirrung. Podía ser joven para el rango que ostentaba, pero exigía deferencia.

Dev ayudó a los tres a levantar al sudoroso y maloliente humano. Totalmente consciente (el arco de captación no podía funcionar en caso contrario), el hombre resbaló de la silla. Dev le aferró por los hombros, doblando la espalda.

—Relájese —murmuró Dev—. No pasa nada.

—¡No haga esto! —gritó el prisionero—. Tengo amigos poderosos. Pagarán un buen precio por mi rescate.

—Nos encantaría conocerles, pero no le negaremos esta alegría.

Dev dejó que su centro espiritual flotara sobre el miedo del desconocido, y después lo apretó como una manta comfortable. Una vez los p'w'ecks aseguraron las correas, Dev aflojó su presa y se masajeó la espalda. La garra delantera derecha de Firwirrung se alzó y aplicó una intravenosa. No había esterilizado las agujas. No era necesario.

Por fin, el prisionero quedó indefenso y preparado. Un líquido transparente brotó de un ojo y de la comisura de la boca. La servo bomba envió un fluido magnetizador por la intravenosa.

Otra alma liberada, otra nave androide preparada para conquistar el imperio humano.

Dev intentó hacer caso omiso del rostro húmedo y el inquietante temor del prisionero, y apoyó una esbelta mano morena sobre su hombro izquierdo.

—Todo irá bien —dijo con voz suave—. No duele. Le espera una sorpresa maravillosa.

Por fin, todos los prisioneros del día fueron tecnificados, salvo una hembra, que se liberó de los guardias p'w'ecks y se golpeó la cabeza contra una mampara antes de que Dev pudiera atraparla. Tras esforzarse varios minutos en revivirla, el maestro Firwirrung dejó caer la cabeza y la cola.

—Es inútil —silbó con pesar—. Una triste pérdida. Recicladla.

Dev limpió. La tecnificación era un trabajo noble, y se sentía orgulloso de su participación en el proceso, aunque su papel era el de un mero criado que calmaba a los sujetos mediante la Fuerza. Deslizó su ionizador en la parte inferior de una estantería, con la parte plana hacia arriba, y después introdujo su extremo puntiagudo en la vaina hasta que se oyó un clic. La nudosa culata, especialmente diseñada para su mano de cinco dedos, quedó colgando bajo la paleta.

Firwirrung condujo a Dev por espaciosos pasillos hasta sus aposentos, donde sirvió un ksa

tranquilizador para ambos. Dev bebió agradecido, sentado en la única silla del camarote circular. Los ssi-ruuk no necesitaban muebles. Firwirrung siseó complacido y descansó su cola y cuartos traseros sobre la cálida cubierta gris.

—¿Estás contento, Dev? —preguntó.

Sus líquidos ojos negros parpadearon sobre la taza de ksaá y reflejaron el amargo tónico rojo.

Era una oferta de consuelo. Siempre que la vida afligía a Dev, siempre que echaba de menos la sensación de totalidad que le acompañaba cuando la Fuerza de su madre se unía a él, Firwirrung le llevaba a presencia del Anciano Sh'tk'ith para una nueva terapia.

—Muy contento —contestó con sinceridad Dev—. Un buen día de trabajo. Muy agradable.

Firwirrung asintió.

—Muy agradable —repitió. Sus lenguas olfativas asomaron por las fosas nasales, para saborear y oler la presencia de Dev—. Proyéctate, Dev. ¿Qué ves esta noche en el universo oculto?

Dev sonrió levemente. El amo le había hecho un cumplido. Todos los ssi-ruuk eran ciegos a la Fuerza. Dev sabía ahora que era el único ser perceptivo, humano o no, que habían encontrado.

Gracias a él, los ssi-ruuk habían sabido la muerte del emperador pocos momentos después de que ocurriera. Porque la Fuerza existía en toda vida, había sentido la onda de choque energética que se había transmitido mediante el espíritu y el espacio.

Meses atrás, Su Potencia el Shreeftut había respondido de inmediato cuando el emperador Palpatine ofreció prisioneros a cambio de diminutos cazas androide de dos metros. Palpatine ignoraba cuántos millones de ssi-ruuk vivían en Lwhekk, aquel distante racimo de estrellas. El almirante Ivpikkis capturó e interrogó a varios ciudadanos imperiales. Averiguó que aquel imperio humano abarcaba pársecs. Sus sistemas estelares se extendían como fértiles arenas sembradas de nidos, ideales para plantar la semilla de la vida ssi-ruuvi.

Y entonces, el emperador murió. No habría trato. Los traidores humanos les habían abandonado para volver a casa como pudieron, casi agotada la energía de la flota. El almirante Ivpikkis se había adelantado con el crucero de batalla *Shriwirr* y una pequeña fuerza de avanzadilla compuesta por media docena de naves de combate, con equipos de apoyo tecnificados. La flota principal se mantuvo alejada, a la espera de noticias que confirmaran el éxito o el fracaso.

Si podían apoderarse de un planeta humano importante, aquel equipo de tecnificación, propiedad del maestro Firwirrung, les conseguiría el imperio humano. Cuando cayera Bakura, les proporcionaría la tecnología necesaria para fabricar docenas de sillas de tecnificación. Cada bakurano tecnificado significaría energía o protección para un caza de combate androide, o infundiría nueva vida a algún componente fundamental de un gran crucero. Con docenas de grupos de tecnificación adiestrados y equipados, la flota ssi-ruuvi podría conquistar los populosos planetas humanos del Núcleo. Había doce mil planetas que liberar. Una labor muy agradable.

Dev casi reverenciaba la valentía de sus amos al ir tan lejos y arriesgar tanto por el bien del imperio ssi-ruuvi y la liberación de las demás especies. Si un ssi-ruuvi moría lejos de un planeta natal consagrado, su espíritu vagaría por las galaxias por siempre jamás.

Dev meneó la cabeza y contestó.

—Afuera, sólo percibo los silenciosos vientos de la vida. A bordo del *Shriwirr*, dolor y confusión en tus nuevos hijos.

Firwirrung acarició el brazo de Dev, y sus tres garras oponibles apenas enrojecieron la suave piel sin escamas. Dev sonrió, solidario con su amo. Firwirrung no tenía compañeros de nido a bordo, y la vida militar significaba horas de soledad y peligros terribles.

—Amo —dijo Dev—, ¿algún día volveremos a Lwhekk?

—Es posible que tú y yo nunca volvamos a casa, Dev, pero pronto consagraremos un nuevo mundo natal en tu galaxia. Enviaremos a buscar a nuestra familias...

Mientras Firwirrung contemplaba el nido de dormir, una vaharada de acre aliento reptiliano azotó la cara de Dev.

Dev ni siquiera pestañeó. Estaba acostumbrado a aquel olor. Sus olores corporales mareaban a los ssi-ruuk, de modo que se bañaba y bebía disolventes especiales cuatro veces al día. En las ocasiones especiales, se afeitaba todo el vello.

—Un nido de tu especie —murmuró.

Firwirrung ladeó la cabeza y miró con un ojo negro.

—Tu trabajo me acerca más a ese nido, pero ahora estoy cansado.

—Te estoy manteniendo despierto —dijo Dev, arrepentido—. Ve a descansar, por favor. No tardaré.

Cuando Firwirrung se aovilló en su montón de almohadas, el cuerpo caliente gracias a los generadores situados bajo la cubierta y los párpados triples cubriendo sus hermosos ojos negros, Dev tomó su baño vespertino y bebió el medicamento desodorante. Para distraer su mente de los calambres abdominales que siempre le producían, acercó su silla a un largo escritorio/mostrador curvo. Sacó un libro de la biblioteca que había dejado sin acabar y lo cargó en su lector.

Durante meses, había trabajado en un proyecto que tal vez beneficiaría a la humanidad más que sus propios esfuerzos. De hecho, temía que los ssi-ruuk le tecnificaran en circuitos para completar su obra, y no en el androide de combate al que aspiraba.

Sabía leer y escribir antes de que los ssi-ruuk le adoptaran, tanto letras como música. Combinando aquellas simbologías, estaba diseñando un sistema para escribir ssi-ruuvi, destinado al uso de los humanos. En el aspecto musical, anotaba tonos. Los símbolos que había inventado equivalían a silbidos con toda la lengua, la mitad de la lengua y guturales. Las letras significaban vocales y combinaciones con un chasquido final. *Ssi-ruu* exigía toda una línea de datos: el silbido con media lengua se elevaba a una quinta perfecta, mientras la boca formaba la letra e. Después, un silbido labial con la boca fruncida, bajando a una tercera menor. *Ssi-ruu* era el singular. El plural, *ssi-ruuk*, finalizaba con un chasquido de garganta. El ssi-ruuvi era complicado pero hermoso, como el canto de los pájaros que Dev recordaba de su

juventud, en el planeta G'rho.

Dev tenía un buen oído, pero la compleja tarea le abrumaba en la última hora de su tiempo libre. En cuanto los calambres y las náuseas cesaban, cerraba su lector y reptaba en la oscuridad hacia el olor algo fétido del lecho de Firwirrung. De sangre demasiado caliente, amontonaba almohadas para aislarse del calor procedente de los aposentos situados bajo la cubierta. Después se acurrucaba lejos de su amo y pensaba en su hogar.

Las habilidades de Dev habían llamado la atención de su madre desde una edad muy temprana, allá en Chandrila. Una aprendiz de Jedi que no había terminado su adiestramiento le había enseñado algunas cosas sobre la Fuerza. Dev lograba comunicarse con ella desde lejos.

Después, llegó el Imperio. Se produjo una purga de candidatos a Jedi. La familia huyó al aislado G'rho.

Apenas se habían instalado, cuando aparecieron los ssi-ruuk. El sentido de la Fuerza de su madre se desvaneció, y le dejó lejos de casa, solo y aterrorizado de las naves espaciales invasoras. El maestro Firwirrung siempre había dicho que sus padres habrían matado a Dev de haber podido, antes que dejarlo en manos de los ssi-ruuk. Una idea terrible: ¡su propio hijo!

Pero Dev había escapado a la muerte en ambos casos. Los exploradores ssi-ruuvi le encontraron escondido en un barranco erosionado. Fascinado por los gigantes lagartos de redondos ojos negros, el diminuto niño de diez años había aceptado su comida y afecto. Le llevaron de vuelta a Lwehekk, donde vivió durante cinco años. Por fin, descubrió por qué no le habían tecnificado. Sus increíbles facultades mentales le convertirían en un explorador ideal para acercarse a los demás sistemas humanos. También le permitieron calmar a los sujetos tecnificados. Deseaba recordar lo que había dicho o hecho para revelar aquel talento.

Había enseñado a los ssi-ruuk todo cuanto sabía sobre la humanidad, desde las pautas mentales y las costumbres hasta la indumentaria (incluyendo los zapatos, lo cual les divertía). Ya les había ayudado a capturar varios puestos de avanzadilla humanos. Bakura sería el planeta clave... ¡y estaban ganando! Pronto, los bakuranos imperiales huirían de las naves de guerra y los ssi-ruuk podrían acceder a los centros poblados de Bakura. Una docena de naves de aterrizaje p'w'eck iban cargadas con botes paralizadores, dispuestos a ser lanzados.

Dev ya había anunciado a los bakuranos, mediante una frecuencia de comunicación corriente, la buena noticia de su inminente liberación de las limitaciones humanas. El maestro Firwirrung afirmaba que su resistencia era muy normal. Al contrario que los ssi-ruuk, los humanos temían a lo desconocido. La tecnificación era un cambio sin posibilidad de regreso.

Dev bostezó. Sus amos le protegerían del Imperio, y algún día le recompensarían. Firwirrung le había prometido estar a su lado y bajar el arco de captación en persona.

Dev se acarició la garganta. Las intravenosas se clavarían... allí. Y allí. Algún día, algún día. Se cubrió la cabeza con los brazos y durmió.

3

Las estelas de estrellas se encogieron en el mirador triangular de Luke cuando el *Frenesí* y sus siete naves de escolta salieron del hiperespacio. Una vez comprobados los escudos deflectores, giró en su silla para recibir el informe sobre el estado de los sistemas, suministrado por el ordenador principal, en tanto el oficial de comunicaciones de la capitán Manchisco analizaba las frecuencias de comunicación imperiales habituales. Luke se sentía mejor, siempre que se moviera con lentitud.

Los analizadores mostraron ocho planetas, ninguno en el punto de su órbita que el Navegante Principal de la Alianza había proyectado. Ahora se alegró de que Manchisco hubiera hecho caso omiso de su impaciencia, planeado la maniobra con toda cautela y salido del hiperespacio en el sistema exterior. La mujer le dirigió una mirada significativa. Se tocó una ceja a modo de saludo, y después asintió en dirección al navegante duro, que parpadeó con sus enormes ojos rojos y farfulló algo ininteligible.

—Dice que de nada —tradujo Manchisco.

Media docena de ovoides erizados de burbujas se habían congregado alrededor del tercer planeta del sistema, rodeados en sus pantallas por un enjambre de cazas pequeños. Todos habían encendido la luz roja de «amenaza», pero maniobraban locamente en la pantalla, rompían la formación y volvían a agruparse, se aproximaban y alejaban. Era obvio que no todos pertenecían al mismo bando. Miró a la niña de los ojos del general Dodonna, el Ordenador de Análisis de Batalla. Había accedido a traer un prototipo OAB, y ahora necesitaba datos para alimentarlo.

—Eso parece una fiesta, pequeñín.

Oyó a Han por el altavoz situado a su lado.

—Estoy de acuerdo —contestó Luke—. Hemos enviado una llamada a los imperiales. Es absurdo...

—Señor —le interrumpió el responsable de las comunicaciones.

—No cuelgue. —Luke se volvió con brusquedad y sufrió una rama en la pierna. Casi se había curado—. ¿Ha captado algo?

El joven virgiliano de pecho ancho señaló una luz verde que parpadeaba en su consola. Alguien había dado el visto bueno a la transmisión. Luke carraspeó. Antes de abandonar Endor, Leia le había dado una lista de lo que podía decir. Pero no era su estilo.

Además, no iba a tratar con un político o un diplomático. Se trataba de un comandante enfrascado en una batalla, que sólo podía dedicar unos segundos a cada decisión.

—Marina Imperial —habló Luke—, al habla un grupo de combate de la Alianza. Hemos izado bandera blanca. Da la impresión de que necesitan ayuda. ¿Aceptarían la nuestra, como hermanos de raza?

Había alienígenas entre los rebeldes, por supuesto, además de Chewbacca y el navegante duro de Manchisco. Diecisiete mon calamari componían la tripulación de una Cañonera, pero los chovinistas humanos imperiales no tenían por qué saberlo... todavía.

El altavoz crepitó. Luke conectó con una frecuencia de la Alianza, e imaginó a un curtido veterano imperial examinando frenéticamente el procedimiento establecido para tratar con los rebeldes.

—A todos los cazas: mantengan la formación defensiva. Protéjannos. No sabemos qué van a hacer.

Fragmentos musicales y voces diversas resonaron en el puente del *Frenesí*.

—Grupo de combate de la Alianza, al habla el comandante Pter Thanas, de la Marina Imperial. Anuncien sus propósitos —se oyó a continuación; la voz poseía un timbre autoritario.

Durante los tres días pasados en el hiperespacio, Luke había vacilado entre fingir ignorancia y admitir la situación real. La capitán Manchisco enarcó una ceja, como si preguntara «¿Y bien?».

—Interceptamos un mensaje del gobernador Nereus a la flota imperial, que en estos momentos se encuentra, hum, dispersa, en su mayor parte. Tuvimos la impresión de que el problema era grave. Como ya he dicho, hemos venido en su ayuda, si es posible.

Luke cortó la transmisión y se dio cuenta, por los espasmos que sacudían sus pantorrillas, de que se había levantado. Frustrado, volvió a sentarse. Había descansado mucho en el hiperespacio. Las Cañoneras solicitaron información por el canal interno del grupo. Vio por la ventana panorámica que se habían agrupado en parejas.

Leia habló en voz baja desde el *Halcón*.

—Luke, utiliza la sutileza. Estás hablando con imperiales. Nos considerarán hostiles y se lanzarán en nuestra persecución.

—En este momento, no están para lanzarse en persecución de nadie —señaló Luke—. Están a punto de ser borrados...

—No me extraña que nadie captara las transmisiones de auxilio habituales —interrumpió la voz seca del comandante imperial Thanas—. Grupo de combate de la Alianza, agradeceríamos su ayuda, Voy a enviar un informe codificado de la situación en una frecuencia inferior en veinte ciclos a ésta.

—De acuerdo.

Sólo alguien que ya se considerara derrotado aceptaría refuerzos identificados sólo en parte. Luke miró al oficial de comunicaciones Delckis, que abrió el canal indicado por Thanas. Al cabo de unos momentos, un pequeño porcentaje de los puntos remolinos que aparecían en el tablero de situación viró a un tono dorado amarillento, por parte de los imperiales. Luke silbó por lo bajo. Los seis ovoides y la mayor parte del enjambre seguían con la luz roja de amenaza.

El OAB empezó a escupir información. El comandante Thanas poseía menos potencia de fuego que los invasores, y el ochenta por ciento estaba concentrado en un sólo crucero de clase *Galeón*. No se trataba de una gran nave, y sólo contaba con una quinta parte de la tripulación que solía albergar un Destructor Estelar, pero superaba por amplia ventaja al armamento del *Frenesí*.

—¿Está seguro de que quiere hacer esto? —murmuró Manchisco. *

Luke tocó el botón que enviaba a los pilotos rebeldes escaleras arriba. Los cazas habían sido preparados para despegar, aprovisionados de combustible y trasladados a las ensenadas durante el último día transcurrido en el hiperespacio.

—Informe a su formación —dijo Luke a su interlocutor imperial. No estaba seguro de cómo proceder. Se calmó y pidió consejo a la Fuerza. Una corazonada, como decían los demás...

—¿Están... listos...? —empezó Thanas.

Un siniestro silbido enmudeció al comandante imperial.

Luke tabaleó con los dedos sobre la consola. Cuando se oyó de nuevo la voz de Thanas, sonó serena y controlada.

—Lo lamento. Una perturbación. Si pudieran lanzar una cuña de naves por el hueco que dejan los tres cruceros centrales ssi-ruuk, quizá les obligarían a retroceder. Ganaríamos tiempo.

Ssi-ruuk. Luke archivó el nombre de los alienígenas en el fondo de su mente. Por fin, su subconsciente lanzó una sugerencia.

—Comandante Thanas, vamos a descender desde el norte solar para rodear a esos tres cruceros. Pongan rumbo —murmuró.

El navegante de la capitán Manchisco se acercó al ordenador de navegación.

—Valtis —farfulló el duro en idioma corriente, con sus labios delgados y elásticos—, curso ocho—siete norte, seis rotación lateral.

El piloto virgiliano efectuó correcciones en el ordenador. Luke notó que el *Frenesí* cobraba vida. Los paneles de la cubierta transmitieron las vibraciones de los motores a sus pies y a la silla de mando. La escotilla de acceso, que habían dejado abierta para la ventilación, se cerró de golpe.

Thanas habló de nuevo al cabo de unos momentos.

—Nos encontramos en un gran apuro, grupo de la Alianza. Vengan... y gracias. Manténganse alejados de la influencia gravitatoria.

—¿Qué opinas, muchacho? —se oyó a Han por el altavoz—. Mal asunto.

—He de llegar a Bakura —insistió Leia por el mismo altavoz—. He de convencer al gobernador Nereus de que declare una tregua oficial. De lo contrario, no podrán colaborar con nosotros. No podemos desafiar a toda la Marina imperial.

—Han, ¿te has enterado de cómo vamos a movernos? —preguntó Luke.

—Oh, ya lo creo. —Su amigo parecía divertirse—. Buena suerte, héroe. Sólo temo que nuestra única diplomática con experiencia tendrá que esperar a que termine esto.

—Buena idea —dijo Luke.

—¿Cómo? —Luke oyó los puntos de exclamación que seguían a la pregunta de Leia—. ¿De qué estáis hablando?

—Perdónanos.

Se imaginó a Han volviéndose, para intentar explicar razonablemente una desagradable verdad al gemelo Skywalker más tozudo. Tal vez su hermano debería intervenir.

—Leia —dijo—, echa un vistazo al tablero. Bakura está bloqueado. Todas las comunicaciones al exterior deben de estar intervenidas. No hemos oído ni pío, salvo fragmentos de emisiones procedentes de emisiones recreativas. Eres demasiado valiosa para arriesgar tu vida en la zona de batalla.

—¿Y tú no? —replicó su hermana—. He de hablar con el gobernador. Nuestra única esperanza es persuadirle de que venimos en son de paz.

—Estoy de acuerdo —contestó Luke—, y podríamos utilizar el *Halcón* para una maniobra rápida, pero no vamos a ponerte en peligro. Da gracias de contar con cañones.

Silencio sepulcral. Luke dio más órdenes y dispuso a sus hombres en formación para el difícil salto entre sistemas.

—Muy bien —rezongó Leia—. El sexto planeta no se encuentra lejos de nuestra trayectoria. Tomaremos esa dirección. Si parece seguro, aterizaremos y os esperaremos.

—El sexto planeta me parece bien, Leia.

Luke percibió su indignación, que no sólo iba dirigida hacia él. Han y ella debían aprender a resolver sus desacuerdos. A desarrollar su propio sistema.

Cerró el estado de ánimo de su hermana a su percepción.

—Sigue en contacto, Han. Utiliza las frecuencias de la Alianza normales, pero sintoniza las imperiales.

—Afirmativo, pequeñín.

Luke vio por su mirador que el carguero ligero abandonaba la formación. El arco blancoazulado de sus motores se perdió en la negra distancia. Según su tablero de situación, los pilotos de los cazas estaban preparados, y Wedge Antilles se encontraba pasando revista a la situación general del escuadrón. Hoy, su puesto no estaba en el espacio. Su frío caza X reposaría en una oscura bodega, y Erredós en sus aposentos, conectado mediante el *Frenesí* al Ordenador de Análisis de Batalla. La próxima vez, tal vez podría conseguir que Erredós le conectara con el puente de mando del carguero, para dirigir la batalla desde un caza, pero ¿dónde instalaría los tableros de control y situación?

—Cálculos terminados —anunció—. Preparados a saltar.

Las luces azules de las naves viraron a verde.

Luke se aferró a los brazos de su asiento.

—Ahora.

Han Solo no apartó la vista de los sensores del *Halcón* mientras desviaba de su ruta al carguero. Demasiado experimentado para quedar atrapado en el remolino que se produciría cuando el grupo saltara al hiperespacio, no pudo dejar de observar el carguero de Luke (¡pensar que el muchacho estaba al mando de un grupo de portacazas!), hasta que la nave de

Luke desapareció. Leia se encogió.

Ahora, Han había vuelto al *Halcón*, donde debía estar. Los equipos de reparación de la Alianza no habían perdido tiempo en poner a punto su amado carguero, después de que Lando lo lanzara contra la segunda Estrella de la Muerte (... *no te culpo, Lando. Fue por una buena causa*). Su lugar estaba en esta cabina, al lado de su buen amigo Chewie.

Pero ya nada era igual. Leia estaba sentada detrás del gigantesco wookiee, vestida con un mono de batalla gris ceñido a la cintura. Sí, había manejado muy bien el *Halcón* durante un par de emergencias, pero hasta para un contrabandista había límites.

Cetrespeó ocupaba la otra silla posterior. Su cabeza dorada se movía de un lado a otro.

—Le estoy muy agradecido de que haya reconsiderado su postura, ama Leia. Si bien mi experiencia se desperdiciará más de lo habitual en estas lejanas regiones del sistema, nuestra seguridad es de vital importancia. ¿Puedo sugerir...?

Han puso los ojos en blanco y habló en un tono burlón y amenazador al mismo tiempo.

—¿Leia?

La joven desconectó el interruptor situado en la nuca de Cetrespeó, que se quedó petrificado.

Han exhaló un suspiro de alivio. Chewbacca aportó un gruñido sarcástico y agitó su pelaje color canela. Han extendió la mano hacia el panel de control.

—Siete minutos para el acercamiento.

Leia se desabrochó las correas de seguridad y se acercó a la consola. Apretó su cálida pierna contra la de Han.

—Los imperiales no pueden estar muy lejos. ¿Dónde están los analizadores?

Han los conectó. El sexto planeta llenó las pantallas. Chewbacca emitió varios gruñidos.

—Hielo y polvo —tradujo Han a Leia—. El sistema de Bakura sólo posee un gigante gaseoso y una miríada de cometas que le siguen. —Hizo una pausa—. Si el *Halcón* se calienta, se derretirá en la superficie.

—Mira —dijo Leia—. Una especie de poblado cerca del terminador.

—Ya lo veo. —Han mantuvo el rumbo hacia el grupo de formas regulares—. Pero no hay satélites de comunicaciones o defensa, y no captamos la menor transmisión.

Chewie aulló su acuerdo.

Las cúpulas no tardaron en aparecer ante su vista, Han aumentó la imagen y divisó una hilera doble de paredes destrozadas entre cráteres mellados recientes.

—Qué desastre —comentó Leia.

—Diez a uno a que nuestros misteriosos alienígenas ya han bombardeado este lugar.

—Bien. —Leia sacudió polvo del cabello de Han. Éste, sobresaltado, se volvió—. Eso significa que no volverán —explicó.

—Bórralo de la lista —admitió Han.

—Y se dirigen hacia un objetivo más importante. Espero que Luke sea precavido.

—No le pasará nada. Muy bien, Chewie, parece un barrio muy tranquilo. Nos esconderemos mejor si aterrizas... Nos confundiremos con las rocas, ya sabes. Bajemos y aminoremos la

velocidad, sólo lo suficiente para neutralizar la gravedad. Vamos a probar suerte.

No aclaró a Leia lo difícil que iba a resultar. Sus sensores registraban una gravedad inferior a 0,2 en aquella bola de hielo, y ninguna atmósfera que recalentara una nave dispuesta a descender, pero mantener la temperatura no sería fácil. El calor del núcleo seguía siendo intenso después del salto hiperespacial, y la fricción no era moco de pavo; aun en la completa frialdad del espacio exterior al sistema, habían chocado con millones y millones de iones y átomos. Han tocó un control que utilizaba pocas veces y elevó al máximo los radiadores dorsales. Deseó que las aletas de aterrizaje poseyeran refrigerantes, pero si los deseos se cumplieran, los calamarianos ostentarían el mando del cuartel general de la Alianza.

Justo al otro lado del terminador, localizó un cráter lo bastante amplio y profundo para albergar al *Halcón*. Apagó los radiadores, hizo descender al aparato y lo dejó flotar. Ahora, nada de cohetes de frenado...

A punto de descender, distinguió un charco oscuro y brillante en el fondo del cráter.

No era agua helada, sino amoníaco u otro gas oloroso, que se fundía a una temperatura tan superfría que hasta los chorros de los motores lo enturbiaban.

Y ahora, ¿qué?

Chewie gruñó una sugerencia.

—Sí —contestó Han—. Órbita sincrónica. Buena idea.

—¿No vamos a aterrizar?

Leia se relajó en su asiento de respaldo alto cuando el *Halcón* pasó sobre las ruinas y ganó altitud.

Chewbacca aulló un pequeño problema.

—Funciona bastante bien —dijo Han.

—¿Qué funciona bastante bien? —preguntó Leia.

Han miró a Chewie con el ceño fruncido. *Gracias, colega.*

—El rastreador estelar del *Halcón*. Para mantener la órbita con el piloto automático conectado. Depende de un circuito que no suele cubrir estas coyunturas.

—¿Por qué?

Han lanzó una breve carcajada.

—Es imposible llevar a cabo tantas modificaciones en un carguero sin pulirse algunos circuitos. El rastreador funciona bastante bien, pero... Chewie, procura que no nos salgamos del rumbo. Mientras nos mantengamos cerca, nadie nos localizará. —Han pulsó un sensor—. Parece que el hermano Luke se dirige hacia el lado de los imperiales. Supongo que querrás quedarte a mirar.

Leia arrugó el entrecejo.

—Con este analizador, es imposible distinguir quién está a cada lado. Además, toda esta situación me pone nerviosa...

—Oh. —¿Era otro insulto el comentario sobre el analizador?—. Oh —añadió, en tono alegre. Quizá, por fin, tendrían un momento de respiro. Sus así llamadas vacaciones, después de la gran fiesta ofrecida por los ewoks, había sido un fracaso Leia estaba muerta de

cansancio. Pero durante el salto, con todas las manos ocupadas y Cetrespeó yendo de un lado a otro, había indicado con discreción a Chewie que hiciera algunas modificaciones en la bodega principal del *Halcón*, que no constaban en la *Guía de Campo de Cracken*.

Esperaba que Chewie lo hubiera hecho bien. El enorme wookiee era un genio de la mecánica, pero su sentido de la estética no era..., bueno..., humano.

Han Solo no se había apuntado a aquella excursión sólo por aportar su granito de arena a la guerra.

Leia volvió a conectar a Cetrespeó y siguió a Han hacia la popa. Después de la batalla de Endor, habían hablado durante horas. Tras la máscara de cínico contrabandista, aquel hombre albergaba ideales similares a los suyos, pero se los habían destrozado. Además, temía estar sola desde que Luke le había comunicado la terrible noticia: Darth Vader era su...

No.

Su mente esquivó las defensas que había alzado y atacó de nuevo. Mientras contemplaba la destrucción de Alderaan desde la Estrella de la Muerte, había pensado que estaba asistiendo a la muerte de su familia. En realidad, su padre estaba...

¡No! Jamás le aceptaría como padre. Aunque Luke sí lo hiciera.

Se agachó para no tropezar con una manguera colgante. Si tenía que encontrar un escondrijo y sepultar la cabeza durante horas, debía de aprovechar ese tiempo. Ya había desperdiciado demasiados días en su recuperación. Se frotó el hombro derecho. Ni siquiera la símilpiel contrarrestaba por completo la comezón de una quemadura de desintegrador al curarse. Como había dicho a Han, no dolía..., pero era difícil de olvidar.

Han se detuvo cerca de la rampa de entrada. Se apoyó contra una mampara y la miró.

—¿Qué queda por arreglar?

El *Halcón* era el primer amor de Han. Cuanto antes aceptara Leia aquella realidad, menos se molestaría él. Además, era absurdo tener celos de una nave espacial.

Han dejó caer las manos a lo largo de sus costados.

—Supongo que gozaremos de tranquilidad durante unas horas. Chewie mantendrá los ojos abiertos.

De pronto, Leia comprendió que sus ojos no brillaban por la perspectiva del combate.

—Creía que debías reparar algo. —Desechó el desafío—. Bien, ¿no hay que poner a prueba algunas modificaciones?

—Sí. Ahí, en la bodega de carga grande.

Han avanzó por el curvo pasillo, abrió el panel y entró en la bodega de popa del *Halcón*. Abrió una escotilla que permitía el acceso al compartimiento de estribor.

—Aquí están los generadores de campo.

La bodega olía a cerrado. Leia siguió a Han.

—¿Qué llevas de contrabando esta vez?

—Algo que recogí en Endor.

—Que recogimos en Endor —corrigió ella.

Pilas de cajas, que sujetaban otras cajas, se amontonaban al fondo del compartimiento. Han apartó una caja y dejó al descubierto una especie de armario. Leia pensó que era una unidad de refrigeración. Han introdujo la mano, tanteó y extrajo una botella de cristal.

Leia la cogió sin cambiar de expresión. Cristal primitivo, sellado con un tapón de corcho, de aspecto muy poco higiénico.

—¿Qué es eso?

—Un regalo de hechicero Ewok, aquel que nos nombró miembros honorarios de la tribu.

—Sí, ya me acuerdo. —Leia se apoyó contra las cajas y le devolvió la botella—. No has contestado a mi pregunta.

Han sacó el tapón.

—Bayas... Una especie de vino —gruñó. El tapón saltó—. El tipo vino a decir algo así como «Para encender el corazón que ha empezado a inflamarse».

Así que eso tramaba.

—Oye, estamos en guerra.

—Siempre estaremos en guerra. ¿Cuándo vas a vivir?

Leia notó calor en sus mejillas. Prefería hablar, discutir, incluso pelear con Han que esconderse y beber... ¿vino de bayas?, en plena guerra. Como Bail Organa señalaría, aquel hombre no era una compañía adecuada para alguien de su clase. Quería solucionar todos sus problemas con un desintegrador. Ella era una princesa por adopción, si no de cuna.

De nuevo, la sombra de la máscara negra irrumpió en sus pensamientos: Vader. Le había odiado con toda su alma.

Sirvieron el turbio vino púrpura en copas de gres. Debía de ser de una cosecha no apta para palacio.

—No... —empezó Leia, pero luego calló. Ya había decidido que no podía hacer ningún bien a Luke si estaba pendiente de la radio subespacial.

—Oye —Han le tendió una copa—, ¿qué estás pensando? ¿De qué tienes miedo?

—Demasiado.

Entrechocaron las copas. La cerámica tintineó suavemente.

—¿Miedo, tú?

Leia se vio obligada a sonreír. Lo único lógico era ser valiente y decidida. Bebió, olió la copa y arrugó la nariz.

—Demasiado dulce.

—Creo que no hacen otra cosa. —Han dejó la copa sobre el jergón—. Acércate. —Cogió su mano y la condujo detrás de la mampara que separaba las cajas. Leia dejó la copa junto a la de él—. Yo...

Se interrumpió.

Leia vio un montón de almohadas hinchables.

—Chewie... —Gruñó Han. Soltó la mano de Leia—. Creo que es un poco descarado. Jamás tendría que haber confiado en un wookiee.

Leia rió.

—¿Chewie preparó esto?

—Voy a decirle a esa bola de pelo...

Sin dejar de reír, Leia se apoyó contra una mampara y le empujó. Han cogió su mano y los dos cayeron.

4

Chewbacca confiaba en haberlo hecho bien. El sentido de la estética de Han no era civilizado, pero sus intenciones eran buenas. Leia ya lo comprendería. Parecía una hembra muy vivaz.

Cetrespeó parloteó detrás de él. Chewbacca manipuló el mando de comunicación, y siguió de vez en cuando la batalla de Luke. Ya no sabía cuál de aquellos puntos destellantes era el *Frenesí*.

—Además, es un escondite bastante precario —añadió Cetrespeó—. Al planeta Seis se le ha negado con todo el derecho la dignidad de un nombre apropiado. Es apenas más grande que un peñasco de hielo. Ni siquiera un poblado, sólo los restos de un puesto militar avanzado. —Enmudeció de repente—. ¿Qué ha sido eso, Chewbacca? Baja unos cuantos kilobits.

Chewie se encogió de hombros y sugirió que Cetrespeó se fuera a paseo.

—No me iré a «paseo», saco de pulgas maleducado —chirrió el androide—. Qué cara más dura, no tener en cuenta mi experiencia. He oído algo con toda claridad.

¿En los límites del sistema? Chewie sopesó la posibilidad de arrancarle un brazo metálico. Le serviría de lección a Cetrespeó, pero tendría que volver a soldar todas aquellas conexiones.

—He detectado algo que no era un fenómeno natural. Baja la sintonía unos cuantos kilobits.

Bien, era posible. Chewie apretó los auriculares contra un oído y conectó el analizador de baja frecuencia para que barriera de nuevo el espacio cercano. Algo zumbó fugazmente, una señal demasiado débil para disparar la pausa del analizador. Chewie giró un control para elevar el volumen. Varios segundos de sintonía fina dieron como resultado un zumbido electrónico bajo.

Cetrespeó ladeó su cabeza dorada y habló con autoridad.

—Esto es muy extraño, Chewbacca. Suena como un código de mando para la comunicación entre androides. ¿Qué harían androides activos por aquí? Quizá se trate de un superviviente mecánico de aquel puesto avanzado imperial abandonado, o de una maquinaria que todavía funcione. Sugiero que actives el comunicador y alertes al general Solo y la princesa Leia.

Han había insinuado que no le molestará, como no fuera por una pérdida de presión catastrófica. Chewie se lo comunicó a Cetrespeó.

—Bien, no me quedará tranquilo hasta descubrir el origen de esa señal. Al fin y al cabo, hemos entrado en zona de guerra. Podríamos estar en gran peligro. Espera... —Cetrespeó se inclinó hacia el otro lado—. No es un código utilizado en ningún sistema de la Alianza o el

Imperio.

¿Los invasores? Chewie, sin vacilar, activó el comunicador.

Sonó en el bolsillo de la camisa de Han.

—¡General Solo! —canturreó Cetrespeó—. ¡General Solo!

Leia se removi6 en los brazos de Han.

—Lo sabía —mascull6 6ste. Justo cuando Leia estaba a punto de relajarse. Sac6 el comunicador—. ¿Qu6? —rugió.

—Señor, he captado una transmisi6n cercana. Al parecer, una unidad de control de androides est6 operando en las proximidades. No estoy seguro, pero da la impresi6n de que la fuente se acerca.

—Oh, oh —dijo en voz baja Leia.

Se puso en pie.

—Muy bien, Chewie, enseguida vamos.

Han procur6 que sus palabras sonaran m6s como una amenaza que una promesa.

Leia verti6 su vino dulz6n en la botella y volvi6 a t6parla. Antes de lanzarse hacia el pasillo, extendi6 las manos y repiti6 las palabras que Han le había dicho a ella:

—No es culpa mía.

Han acababa de entrar en la cabina, cuando un chirrido electr6nico brot6 de la consola principal. —¿Qu6 es eso? —pregunt6 Leia.

Fant6stico. Maravilloso. Chewie ya estaba transmitiendo energía a los motores.

—Nada bueno, coraz6n —cort6 Han—. Nos acaban de sondear.

—¿Qui6n?

Leia se dej6 caer en el asiento, detr6s de 6l.

—¿Y bien? —pregunt6 Han a Cetrespe6.

—Señor —empez6 el androide—, a6n no he determinado...

—De acuerdo —interrumpi6 Leia—, cierra el pico. ¡Allí! —Apunt6 al centro del mirador—. ¡Fijaos! ¿Qu6 es eso?

Desde detr6s del helado planeta Seis, ocho o nueve formas pequeñitas aparecieron en mitad del espacio y se lanzaron hacia el *Halc6n*.

—No pienso quedarme a averiguarlo —gruñ6 Han—. Chewie, carga los cañones principales.

Chewbacca mostr6 su aprobaci6n a pleno pulm6n.

—Sabemos que los alienígenas toman prisioneros —murmur6 Leia—. No quiero entablar negociaciones desde esa posici6n.

—No lo harás. Vamos, Chewie. Nos pondremos a los cañones, Veremos de qu6 est6n hechos. Leia, llévanos a donde sea. No me fíe del planeta Seis.

Leia ocup6 el asiento del piloto. ¿No acababa de jurar Han que jam6s les arrebataría el *Halc6n* a 6l y a Chewie?

Sí, pero esto era diferente. Mientras salía, Han oyó la voz de Cetrespeó.

—El *Halcón Milenario* está mejor configurado para huir que para enfrentarse a cazas enemigos...

Han trepó a la torreta, se sentó y distinguió una explosión.

—Se acercan a gran velocidad —informó a Leia por el micrófono de sus auriculares—. ¿Ha conseguido Vara de Oro algún dato? ¿Qué son?

—Bien, general Solo... —empezó Cetrespeó.

—Naves androides —intervino Leia—. Es lo único que sabe.

Los androides se pusieron a tiro. Tres pasaron sobre el plato asimétrico del carguero y lanzaron rayos energéticos hacia el motor principal.

—Analiza esos rayos, Vara de Oro —gritó Han mientras disparaba—. ¿Son cañones láser o qué?

Chewbacca aulló por sus auriculares.

—Sí —contestó Han—, ¡para naves de ese tamaño!

—¿Qué? —gritó Leia—. Para naves de ese tamaño, ¿qué?

—Escudos muy resistentes.

Han disparó sobre un solo androide durante el tiempo necesario para destruir a un caza TIE. Por fin, el objeto estalló.

El *Halcón* osciló cuando otro androide disparó. Han se relajó en su asiento. Era el mismo juego de siempre. Otro androide se colocó paralelo al borde del carguero, justo en el límite de su visión.

—Esos androides son muy listos —murmuró—. Aprenden rápido.

De repente, el campo de estrellas se ladeó, y el androide quedó expuesto al fuego de Han.

—¿Mejor? —oyó la voz de Leia en sus oídos.

—Bastante.

El objeto estalló. Llegaron dos más, que siguieron disparando sobre los motores, sin hacer caso de la batería de cañones ni la cabina. *Quieren prisioneros, no cabe duda*. Bien, ¿dónde estaba Mamá Grande, la nave capitana? ¿O aquellos bebés estaban programados para atacar por su propia cuenta?

—¿Qué apuestas a que son los rezagados del ataque alienígena al puesto avanzado? —murmuró Leia, como si hubiera leído sus pensamientos.

Han consiguió por fin destruir los escudos de un androide. Una onda expansiva alcanzó a su compañero, que se perdió de vista girando locamente.

—Bien pensado —dijo.

Silencio.

—¿Estás de acuerdo, Chewie?

Un rugido afirmativo.

Han bajo a la cabina, con la respiración entrecortada.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó a Leia.

La joven manipuló una palanca.

—Al interior del sistema. Puede que haya más de éstos por ahí. Tú no sé, pero yo me sentiré más segura con el resto de nuestro grupo. —Mientras se levantaba de la silla, el zumbido del motor se desvaneció con un estertor. Las luces de la cabina se apagaron—. Y ahora, ¿qué? Este trasto supertrucado siempre me desconcierta.

¿Y su superconfiado capitán? Adelante, princesa, dílo. Han manoteó una consola. Las luces parpadearon y los motores resucitaron. Se sentó en su silla con un ademán elegante.

—Nos hemos librado.

Leia se cruzó de brazos y le miró con aire desafiante. —Teniendo en cuenta la protección que he recibido, podríamos hacer algo por Luke.

Bien, corazón, sujétate. Vamos a darnos prisa.

Inmóvil, a excepción de los ojos, Luke paseó la vista desde la ventana panorámica a la unidad OAB. Las naves imperiales del comandante Thanas se estaban replegando.

Y no a causa de la llegada de Luke. Era evidente que su grupo de combate había surgido del hiperespacio en el momento que los ssi-ruuk pensaban aprovechar su ventaja sobre la superficie de Bakura. Eso significaba que los alienígenas habían reducido su arco exterior para empujar hacia adelante. Un crucero ligero estaba prácticamente indefenso, y creaba una zona que la pequeña fuerza de Luke podría conquistar con facilidad.

—Delckis, pásame con los jefes de escuadrón.

Sus auriculares sisearon. Ajustó y apretó contra sus oídos los pequeños y duros componentes.

—Bien, vamos a llamar su atención.

Tocó un panel OAB para transmitir su evaluación a los ordenadores de tiro y destacar al crucero solitario.

—Jefe Oro, Rogue Uno, es todo tuyo.

—Recibido, *Frenesí* —respondió Wedge Antilles en tono confiado—. Grupo Rogue, en posición de ataque.

Luke se sintió vulnerable por apuntar a un blanco tan obvio como aquel crucero.

—Jefe Rojo, divida su escuadrón. De Rojo Uno a Cuatro, mantengan abierta una vía de escape detrás de los grupos Rogue y Oro. Les alejaremos del planeta.

Todos los datos con que los sensores de sus naves pudieran alimentar al OAB contribuirían al análisis de las características de las naves alienígenas.

Meneó la cabeza. Los puntos dorados de su pantalla eran cazas imperiales... y él los estaba defendiendo.

—Rojo Cinco y el resto, quedaos con el *Frenesí* —terminó Luke.

Sentada a su lado en la silla de capitán, más elevada, la capitán Manchisco se apartó del ordenador principal. Tres trenzas negras caían a ambos lados de su cabeza.

—Caramba, comandante. Gracias.

Escrutó el estado de ánimo de la mujer con la Fuerza. Ansiosa por entrar en combate, tenía fe en su nave y en la tripulación.

Los escuadrones Oro y Rogue remontaron el vuelo y confundieron a la retaguardia alienígena con un veloz barrido. Luke proyectó sus sensaciones, apenas consciente de su cuerpo. Captados por la Fuerza, los pilotos hormigueaban como industriosos insectos. Intentó llegar a las presencias alienígenas, pero no encontró ninguna. Siempre resultaba difícil tocar las mentes extrañas.

Cuando Wedge se acercó a un diminuto caza enemigo (el OAB lo mostró a unos dos metros de distancia), Luke contuvo la respiración. Algo tan pequeño podía ser una nave teledirigida. O los alienígenas podían ser del tamaño de elfos...

Wedge disparó. Algo débil e inexplicablemente pútrido lanzó un breve chillido agónico, se apagó y murió. Luke contuvo sus náuseas. ¿Había captado los gritos de dos presencias? Tamborileó con los dedos. Los cazas enemigos no eran auténticas naves teledirigidas, sino que iban pilotadas. Algo había muerto.

Casi antes de terminar aquel pensamiento, otra ristra de cazas enemigos apareció detrás de Jefe Oro. Esta vez, se abrió de forma deliberada. La espiral de torturada aflicción era tan débil como un gemido..., pero humana.

Luke fue incapaz de imaginar pilotos humanos a bordo de cazas alienígenas de aquel tamaño. Sobre todo, por parejas.

El OAB pitó. Luke reprimió su inquietud y contempló el círculo rojo de cruceros alienígenas. Destelló: vulnerable.

—*Frenesí* a Rogue Uno. Ve a por ese crucero. Ya.

—Estoy en ello —graznó Wedge, apenas audible sobre un siniestro silbido en dos tonos. Cazas X pasaron ante el mirador de Luke.

De repente, varios escuadrones más de diminutas pirámides centelleantes surgieron por un extremo del crucero alienígena.

—Aborta, Wedge —gritó Luke—. Han lanzado otra oleada.

—Sí, ya lo he visto. —El silbido aumentó de potencia: interferencia. Wedge no parecía preocupado—. OAB no acaba de decidirse, ¿eh?

Los cazas X se dispersaron por parejas, arrastrando tras de sí a las naves piramidales.

Tendría que estar allí fuera. Su talento era inútil en el puente.

El OAB pitó de nuevo y llamó la atención de Luke hacia una ristra de símbolos. Había contado y calculado las posiciones de las naves, evaluado la potencia de fuego conocida y observada, resistencia del escudo, velocidad y otros factores. La retirada de los imperiales se estaba convirtiendo en un contraataque en el lejano flanco inferior del frente alienígena. Pter Thanas era un estratega de primera clase. Luke se volvió hacia su oficial de comunicaciones. Una agitación en la Fuerza, vagamente ominosa, le puso los pelos de punta.

Se acercó más al OAB. Wedge se dirigía hacia el crucero ligero. Buena señal. La posición de los imperiales se había fortalecido en un quince por ciento. Excelente señal.

No, espera.

Una cañonera alienígena, mucho más pequeña que el crucero, pero armada sin duda hasta los dientes, se había apartado de la batalla principal. Se aproximaba al escuadrón de Wedge,

protegida por el crucero ligero, en un ángulo de acercamiento invisible para Wedge. Supuso que el capitán de la cañonera había esperado a que Wedge y sus chicos volvieran la espalda.

—Rogue Uno —dijo Luke—. Wedge, mira atrás. Cañones grandes abajo. Rojo Cinco y su grupo, salgan de ahí y libren a Wedge de esos cazas.

—¿Qué ha sido eso?

Apenas pudo oír a Wedge por culpa de la interferencia. Los cazas X se dispersaron. Dos se pusieron a tiro de la nave. Un destello apareció en el mirador de Luke.

Dos explosiones de angustia humana, dolorosamente familiar, estrujaron la espina dorsal y el estómago de Luke cuando los pilotos de la Alianza murieron. *No ha sido Wedge*, se apresuró a confirmar, pero eran personas, de todos modos. *Amigos de alguien. Les echarán de menos. Les llorarán.*

Se serenó y trató de protegerse mejor. Aún no podía entregarse al dolor. La nave de escolta, representada por un destello rojo en la pantalla OAB, seguía pegada a la cola de Wedge.

Detrás de Luke, la capitán Manchisco carraspeó.

—Perdone, comandante, pero está dejando el *Frenesí expuesto a...*

Luke iba a volver la cabeza, cuando una señal de alerta carmesí apareció en el tablero OAB. El *Frenesí* iba a sufrir un ataque.

Cazas alienígenas pasaron ante el mirador y reflejaron locos destellos de luz.

—Ya lo creo —contestó Luke—. Ellos también se han dado cuenta. La tripulación es suya.

Los ojos negros de Manchisco brillaron. Giró en redondo y ladró una serie de órdenes a sus tripulantes. El duro farfulló una pregunta y agitó sus manos largas y nudosas sobre los controles de navegación. Manchisco respondió. El *Frenesí* llevaba de todo, desde artillería a operadores de escudo. Luke se concentró en el peligro que corría Wedge y olvidó el suyo.

Minicazas alienígenas rodeaban casi por completo a Wedge y su escuadrón. Les tenían atrapados en el interior de un globo de escudos energéticos y fuego graneado a prueba de huidas. Luke controló el pánico y fundió su energía emocional en la Fuerza, a su alrededor y en su interior.

Proyectó su punto de presencia hacia la diminuta nave alienígena situada ante el caza de Wedge. La tocó y sintió con claridad dos presencias casi humanas a bordo del pequeño caza. Luke reprimió la sensación de sufrimiento, que casi le provocó náuseas, y rozó cada presencia. Una controlaba los escudos; la segunda, las restantes funciones de la nave. Luke se concentró en ésta, y lanzó energía de la Fuerza hacia su interior. Aunque débil y desmayada. Opuso una torturada resistencia. Su dolor le llenó de desesperación. Nadie merecía vivir libre, proclamaba todo su ser. En su opinión, Luke no podía hacer nada por Wedge, nada por salvarse y nada por salvar a los dos humanos que se hallaban a bordo del caza alienígena. Todos estaban condenados.

Luke se esforzó por ver a través de la visión del desconocido. Toda la esfera del espacio se abrió ante él. Sobrecargó sus sensaciones. Fue preciso que estrechara su campo visual para localizar el caza X de Wedge. A ambos lados de su presencia proyectada, una pirámide flotaba,

al parecer inmóvil, y volaba en formación. Un sensor/analizador, similar a un ojo compuesto, le devolvió la mirada desde cada cara del triángulo. Un cañón láser sobresalía en cada vértice.

Miedo, ira, agresividad: son el lado oscuro. Yoda le había enseñado que sus métodos eran tan precarios como sus motivos. Si utilizaba el poder oscuro, incluso para defenderse, el coste sería desastroso para su alma.

Se relajó en la Fuerza. Sin perder el control, por el bien de su alma y su cordura, amplificó la desgarrada voluntad. Su sentido de la humanidad alcanzó el grado máximo, inútil victoria para un espíritu torturado. En otro tiempo había vivido, libre. Deseaba seguir viviendo, con toda la intensidad de los condenados.

En respuesta, Luke planteó una sugerencia. *Pero una buena muerte es mejor que vivir esclavo del odio, y la paz es mejor que la angustia.*

Con una brusquedad que le sorprendió, la nave alienígena alteró su rumbo y se dirigió hacia una de sus compañeras. Aceleró hasta embestirla. Luke se liberó de la otra voluntad humana y se derrumbó en la silla, jadeante y sudorosa. Se apartó el cabello empapado de la cara.

Un alarido transmitido por los auriculares de Luke perforó su cerebro. Tardó un segundo en concentrar su mente en el puente de mando del portanaves, y otro segundo en enfocar la vista y calmar el estómago.

El caza de Wedge huyó por la brecha creada al colisionar las dos naves alienígenas.

—Señor —dijo la capitán Manchisco. Luke recobró más o menos la conciencia—. ¿Se encuentra bien?

—Lo estaré. Dentro de un minuto.

—Quizá no nos permitan ese minuto, señor.

El OAB seguía destellando en rojo. El *Frenesí* se bamboleó por efecto de un intenso bombardeo. La artillería de Manchisco había destruido un enjambre de cazas diminutos, pero detrás llegaban más, y otras tres naves de escolta alienígenas. En una esquina del tablero, seis triángulos rojos destellaban un aviso de erosión de escudo. Había atraído la atención de los alienígenas, no cabía duda. Le invadió la desesperación.

—No puede proporcionarnos más energía —dijo la capitán—. ¿Guarda algún otro as en la manga..., señor?

En otras palabras, ¿podía ayudarles a salir del lío el famoso Jedi? Seguía altiva, pero también iba acumulando adrenalina.

El navegante farfulló algo.

—No —ordenó la mujer, alarmada—. Quédese en su puesto.

El duro se pasó una larga mano sobre su plumosa cabeza gris.

—A todos los escuadrones —llamó Luke—. *Frenesí* necesita refuerzos.

La nave osciló de nuevo. Las luces del puente parpadearon.

—Ya está —anunció un tripulante desde su tablero—. Los escudos se han apagado. Ahora veremos lo resistente que es el casco.

Pirámides de dos metros pasaron ante el mirador. Luke cerró un puño. Bullían numerosas ideas en su cerebro, pero ninguna útil.

Algo brilló en la confusión de la batalla, el disco asimétrico de un carguero que había aparecido del hiperespacio entre el enjambre de cazas alienígenas. Una nave escolta se interpuso en su línea de fuego y se evaporó.

—He pensado que necesitabas ayuda —dijo una voz familiar en sus oídos.

—Gracias, Han —murmuró Luke—. Muy amable por tu parte.

Los cazas enemigos, uno tras otro, se alejaron del *Frenesí* en busca de espacio despejado. Las luces rojas de alerta viraron a ámbar.

—¿Cuántas me debes ya, pequeñín?

—Varias —contestó Luke.

Quizá estaba en deuda con Leia. Tal vez había aprendido a percibir las señales de la Fuerza.

El encarnizamiento de la batalla se apaciguó lentamente. En el OAB no paraban de desfilar cifras, pero Luke hizo caso omiso. Más tarde, tal vez utilizara la información para asesorar a sus pilotos sobre las características de las naves alienígenas, pero de momento, observó por el mirador y examinó la situación. Entregarse a la Fuerza era un acto reflejo, pero no estúpido.

—Escuadrón Rojo —ordenó Luke—, colóquese detrás de ese crucero, pase por delante de su proa y dé la vuelta.

Se rascó el pulgar y esperó a que la enorme nave diera la vuelta; contuvo el aliento y se aferró al muslo con la misma mano. Poco a poco, el punto rojo enemigo empezó a girar en su pantalla. Se lanzó hacia adelante, tal como había supuesto, atraído por la presencia del Escuadrón Rojo. Unos metros más, y el Escuadrón Rojo podría...

—¿Jefe Rojo? —transmitió Luke.

—Allá vamos —chilló una voz joven.

Luke tuvo que apretar su otra mano contra el borde del tablero. La próxima vez, dejaría que Ackbar diera el mando a otra persona. Aquello era ridículo. Odiaba mandar. A la primera oportunidad, presentaría la dimisión.

Sintió la destrucción del crucero mediante la Fuerza. Milisegundos después, el estallido iluminó el mirador.

—¡Sí! —graznó la voz de Wedge—. ¡Buen trabajo, Jefe Rojo!

Luke imaginó a su jefe de escuadrón más joven sonriendo en la cabina.

—Bien hecho —coreó Luke—, pero no cierres los ojos todavía. Queda mucho por hacer.

—De acuerdo, *Frenesí*.

El racimo de puntos azules que representaban a los cazas X se dispersó en cuatro direcciones diferentes. Los analizadores de cada aparato reunieron datos que transmitieron a los tableros de batalla de la flota. *Magnífico logro, Dodonna*, felicitó mentalmente al inventor del OAB. Sus sofisticados circuitos eran tan útiles (y limitados) como los ordenadores de tiro de los cazas.

—Señor —dijo el teniente Delckis detrás de él—. ¿Un vaso de agua?

—Gracias.

Luke cogió un recipiente de fondo llano. Una nueva configuración en el OAB le intrigó.

Alguien del otro bando acababa de dar una orden importante, porque los puntos rojos iban abandonando el combate.

—Jefes de escuadrón, se preparan a saltar. Manténganse alejados de su camino, pero neutralicen a cualquiera que les ataque.

Había madurado en la Fuerza. Su primera elección ya no era matar, sino intimidar, sobre todo a un grupo de combate que se hubiera revuelto contra el agonizante Imperio. Cambió de canal.

—¿Ha visto eso, comandante Thanas?

No hubo respuesta, pero el comandante imperial Thanas también estaba ocupado. Luke observó con alivio que los racimos iban desapareciendo uno tras otro.

—Se acabó —dijo en voz baja—. De momento, lo hemos conseguido. Conecte los analizadores extrasistema, Delckins. Creo que no irán muy lejos.

—Sí, señor.

Luke vertió agua reciclada en su garganta seca. Había estado respirando con fuerza. *La próxima vez, será mejor que te controles*, se dijo.

—Señor —dijo Delckis—, tenía razón. Han aparecido a escasa distancia del sistema.

—Mmmm.

Le gustaba tener razón, pero mejor que hubieran vuelto a casa.

Estiró sus cansados miembros. Y ahora, ¿qué? Dejó el recipiente sobre el OAB. Resultaba una mesa mejor que el consejero de estrategia.

—Delckis, envíe un mensaje codificado al almirante Ackbar. Necesitamos más naves. Incluya las grabaciones que ha efectuado el OAB de la batalla. Así sabrá contra qué nos enfrentamos. ¿Podrá hacerlo en media hora?

—Está hecho, señor.

Gracias a la Fuerza por los transceptores imperiales de contrabando.

—Hazlo. —A continuación, reponer el combustible y descansar—. Jefes de escuadrón, aquí el *Frenesí*. Buen trabajo. Volvamos a casa.

Manchisco exhaló un suspiro, agitó las trenzas y palmeó la espalda del duro.

Los puntos azules de la Alianza convergieron hacia el *Frenesí*. La radio de Luke crepitó.

—Comandante de la Alianza, aquí el comandante Thanas. ¿Tiene sistema holográfico?

—Sí, pero es lento. Dénos cinco minutos.

El teniente Delckis ya estaba bajando palancas y enviando energía a los componentes recién colocados. Luke adelantó su silla.

—Avíseme cuando esté preparado.

Sobre un panel de instrumentos apareció la imagen de un hombre que aparentaba unos cincuenta años, de rostro enjuto y ralo cabello castaño, cortado lo suficiente para impedir que se rizara.

—Gracias —dijo el comandante Thanas—. Les felicito.

—No han ido muy lejos.

—Ya lo veo. Estaremos atentos. Tal vez deseen, hum, abandonar la zona de batalla. Esas

naves alienígenas dejan cascotes muy calientes.

—¿Calientes?

Luke echó un vistazo al indicador de temperatura del casco.

—Los aparatos teledirigidos ssi-ruuvi queman fusionables muy pesados.

Nuevo término: *ssi-ruuvi*. Y lo más importante, si los alienígenas pretendían invadir Bakura, ¿por qué llenaban el sistema de cenizas radiactivas?

¿Y por qué se tomaba la molestia Thanas de sostener aquella conversación por holotransmisión?, se preguntó Luke, cuando la imagen de Thanas se desvaneció. O bien el comandante Thanas quería ver a su colega o, sabiendo que los rebeldes contaban con holotransmisores, quizá sospechaba que habían robado otros ingenios imperiales.

Luke contempló los puntos dorados «aliados».

—Analiza eso —ordenó al OAB.

La lectura apareció al instante, y movió el vaso para verla. El crucero imperial se alejó, visiblemente dañado. Las fuerzas restantes de Thanas se habían retirado de la batalla para establecer una red defensiva alrededor de aquella nave., y de Bakura.

Supuso que no debía confiar en imperiales que afirmaran querer ayudarle. Leia sería la encargada de lograr que ambos bandos desarrollaran una confianza mutua.

—Gracias de nuevo, *Halcón* —dijo por el canal privado—. ¿No salieron bien las cosas en el sexto planeta?

—Ya te lo contaremos en otro momento —respondió la voz de Leia.

5

La senadora imperial bakurana Gaeriel Captison estaba sentada, sin parar de remover los pies e improvisar configuraciones con las teclas de su tablero. Bajo un techo enlosado que se alzaba hasta un punto situado sobre su centro, la cámara del Senado Imperial Bakurano estaba en silencio, salvo por un tenue goteo procedente de cuatro columnas de lluvia translúcidas que se alzaban en las esquinas, con una altura de dos pisos. Los canales del tejado conducían el agua de lluvia hasta las columnas. Iluminadas desde abajo, brillaban con el latido líquido de la biosfera de Bakura.

Gaeriel había salido a la lluvia aquella mañana para verla repiquetear sobre las hojas de pokkta danzarinas, dejando que empapara su piel, cabello y ropas. Aspiró una profunda bocanada del aire húmedo y sedante de Bakura, y enlazó las manos sobre la mesa. Centro Imperial era ahora el único planeta donde un estudiante podía llevar a cabo trabajos de postgraduado sobre el arte de gobernar, uno de los medios empleados por el emperador para lograr que su filosofía se introdujera en los planetas dominados. Después del año obligatorio de adoctrinamiento en Centro, había regresado el mes anterior. Confirmada ya en el cargo senatorial que había ganado de joven, había sido convocada a su primera reunión de urgencia.

Sobre la escalera situada a la izquierda de Gaeriel, la enorme butaca repulsora del gobernador Nereus seguía vacía. El Senado, cuyo poder disminuía cada año, aguardaba a Nereus.

Al pie de la escalera, había un par de mesas en el largo nivel intermedio de Gaeriel; en un tercero, más bajo, dos mesas interiores delimitaban un espacio abierto. Orn Belden, el senador de mayor antigüedad, agitó un dedo desde la mesa central.

—¿Es que no lo ve? —graznó Belden al senador Govia—. Comparados con los sistemas que el emperador quiere realmente controlar, nuestras naves y servicios son... Bueno, las naves son más viejas que yo, y los servicios cuentan con pocos hombres. En cuanto al personal, somos un vertedero...

—De pie todo el mundo —ladró una voz, cerca de la puerta de la cámara.

Un celador ataviado con casaca y calzones violeta al viejo estilo golpeó el suelo alfombrado con el extremo de una vara. Gaeri volvió a ponerse los zapatos y se levantó, junto con los otros treinta y nueve senadores. Sólo los Guardias Imperiales saludaron. La mujer confió en que la sesión no significara más impuestos, sobre todo ahora, con la amenaza de los ssi-ruuk cerniéndose sobre sus cabezas.

El gobernador imperial Wilek Nereus entró en la sala, flanqueado por cuatro milicianos de la

Marina tocados con cascos negros. Recordaron a Gaeri escarabajos de largas patas. El gobernador Nereus llevaba un uniforme especialmente diseñado, rebosante de galones y cordoncillos dorados; la chaquetilla corta le asemejaba a un huso desde los hombros a la cintura, y los guantes negros de piel le habían granjeado la fama de remilgado. Sus rasgos eran duros, a excepción de los labios afeminados, y caminaba con el contoneo típico de los imperiales.

—Siéntense —dijo.

Gaeri alisó su larga falda azul y se sentó. El gobernador Nereus siguió de pie cerca de la entrada. Más alto que nadie, utilizaba su estatura para intimidar. A Gaeri siempre le había caído mal, pero había aprendido a tolerarle en parte tras los años pasados en Centro Imperial..., por comparación.

—No les robaré mucho tiempo —dijo el hombre—. Sé que la pacificación de sus circunscripciones les mantiene muy ocupados. Algunos de ustedes lo están haciendo muy bien. Otros, no.

Gaeri frunció el ceño. Los habitantes de su circunscripción habían abandonado el trabajo para excavar refugios, pero al menos se trataba de una actividad productiva. Desvió la vista hacia su primo, el primer ministro Yeorg Captison. En Salis D'aar, Captison se dedicaba a sofocar los disturbios, y empleaba la policía bakurana para impedir que Nereus enviara milicianos de la guarnición.

Nereus alzó una mano enguantada para acallar los murmullos. Cuando recuperó la atención, volvió poco a poco la cabeza y carraspeó.

—Las naves de la Alianza Rebelde han llegado al sistema de Bakura.

Gaeri sintió un escalofrío. ¿Rebeldes? El Imperio no toleraba la disidencia. Después de que Bakura se integrara en el Imperio, tres años antes, dos rebeliones de menor importancia habían sido aplastadas con gran eficacia. Gaeri recordaba demasiado bien aquel período. Sus padres habían muerto, sorprendidos en mitad de una batalla entre insurgentes e imperiales. Entonces, había ido a vivir con sus tíos. No esperaba vivir lo suficiente para ver otra rebelión, y las sangrientas purgas que seguían a continuación.

Tal vez aquellos alborotadores deseaban la fábrica de componentes para repulsores de la circunscripción de Belden. ¿Podrían las fuerzas de Nereus proteger Bakura de los guerrilleros rebeldes y los ssi-ruuk?

Nereus carraspeó de nuevo.

—El *Dominante*, el único crucero que nos queda, ha sufrido graves daños. A instancias de mis consejeros, he ordenado a nuestras fuerzas que se retiraran de la batalla principal para proteger Bakura. Solicito que den su aprobación a esa orden.

Belden irguió la cabeza y manipuló el amplificador que llevaba en el pecho.

—¿Se cubre las espaldas, gobernador, por si sucede algo irremediable, y así poder acusarnos? Me pregunto quién está conteniendo a los ssi-ruuk.

No era prudente atraer la atención de un gobernador imperial, pero daba la impresión de que Belden no tenía miedo. Quizá si Gaeri tuviera ciento sesenta y cuatro años, un segundo

corazón protésico y un pie en la tumba, poseería aquella valentía.

Consultó la hora. Había prometido al senador Belden que aquella noche visitaría a su anciana esposa. Clis, la enfermera de la señora Bleden, se marchaba a las 20.30, y Gaeri se había ofrecido a acompañarla hasta que el senador Belden terminara la reunión del comité. La briosa mente de la pequeña Eppie se estaba desgastando, con tan sólo ciento y treinta y dos años (¿Desgastando? Había empezado a desmoronarse tres años antes). La devoción del viejo Orn Belden y el auténtico afecto de unos pocos amigos de la familia, como Gaeriel, la sostenían. Eppie había sido la primera amiga «adulta» de Gaeriel.

El gobernador Nereus se pasó una mano sobre su cabello negro. Intentaba imitar a los clásicos políticos de la Antigua República, y utilizaba las amenazas mínimas necesarias para obligarles a mantener a raya a la población. En consecuencia, había erigido un nuevo orden, lejos de las rutas de paso del Núcleo Imperial, con un mínimo de violencia..., después de las purgas sangrientas ocurridas tres años antes.

Nereus esbozó una pálida sonrisa.

—La acción que he ordenado se limita a impedir que los rebeldes ataquen Bakura.

—¿Quiénes dañaron al *Dominante*, los rebeldes o los ssi-ruuk?

—Aún carezco de informes completos, senador Belden. Por lo visto, su fábrica, de momento, se encuentra a salvo. Enviaré tres escuadrones de la guarnición para defenderla.

La idea desagradó a Belden. El primer ministro Captison volvió a levantarse. Las hombreras verdes de su túnica parecieron flotar en lo alto de su espalda, perfectamente recta. Gaeriel se había quedado sorprendida cuando vio su cabello blanco, al volver de la universidad. La dignidad de Captison se impuso a la ficción desplegada por Nereus. Deslizó dos dedos sobre la raya del pantalón: calma. Al parecer, Belden también se dio cuenta. Se sentó poco a poco, en deferencia hacia el primer ministro.

—Gracias, senador Belden —dijo Captison—. Es evidente que, de momento, los rebeldes se interponen entre nosotros y los ssi-ruuk. Quizá sea el lugar más apropiado para ellos. — Paseó la vista por la mesa. Cuarenta senadores, todos humanos a excepción de dos pálidos kurtzen de la circunscripción de Kishh, le devolvieron la mirada. Al igual que el Senado, el primer ministro Captison perdía autoridad cada vez que se cruzaba con los deseos imperiales—. Apoyemos al gobernador Nereus —dijo sin entusiasmo— y aprobemos su orden de retirada.

Se llevó a cabo la votación. Gaeri extendió la palma abierta con la mayoría. Sólo Belden y otros dos cerraron el puño.

Gaeriel suspiró. Belden no era seguidor del Equilibrio Cósmico. No se resignaba a creer que cuando permitía al destino disminuirle, otros eran exaltados. La rueda no paraba de girar, y aquellos que se humillaban ahora, recibirían un día generosas recompensas.

—Gracias por su apoyo —ronroneó Nereus. Su escolta de escarabajos le siguió cuando salió.

Gaeriel le vio desaparecer. Antes de que llegara el Imperio, un primer ministro y un senado gobernaban Bakura, y ni tres miembros del gobierno se ponían de acuerdo sobre un programa.

Cuando Gaeri empezó a ir al colegio, el curso duraba medio año. Después, se adoptó un ritmo consistente en dos meses de trabajo y uno de descanso. Más tarde, alguien modificó de nuevo la situación. Si el gobierno no se ponía de acuerdo sobre el calendario escolar, hasta un niño se daba cuenta de que no se pondría de acuerdo sobre nada. Como hija de un senador y sobrina de un primer ministro, había estado al corriente de interminables maquinaciones y disputas sobre otros temas: justicia social, exportaciones de componentes para repulsión e impuestos.

Lo más importante era que ni dos senadores se habían puesto de acuerdo sobre la estrategia defensiva. En consecuencia, Bakura no tardó en caer en manos del Imperio.

Enderezó los hombros. Tal vez esa conquista tan fácil explicaba por qué el gobernador Nereus apenas había efectuado modificaciones en el gobierno original. La experiencia de Gaeri en Centro Imperial la había enseñado a mantener la boca cerrada sobre el senado de Bakura. Algunos residentes del sistema reaccionaban con indignación al conocer su existencia.

La paz imperial compensó a Bakura por la autonomía que había perdido, o eso dedujo Gaeri a partir de su limitada experiencia. Había eliminado el caos y las luchas intestinas civiles, y expandido el comercio bakurano.

Aun así, los senadores de más edad disentían, y cuando hablaban en voz baja, Gaeri escuchaba.

Y hablando de disidentes, sería mejor que se encaminara al apartamento de Belden. Se puso los zapatos, una vez más, y se dirigió al aeródromo del tejado.

Dev solía pasar el tiempo que duraban las batallas en los aposentos del maestro Firwrrung, donde trabajaba febrilmente en su proyecto de traducción. Así evitaba sentir el miedo de los cazas enemigos cuando resultaban atrapados por los haces de arrastre. Hoy, sin embargo, el maestro Firwrrung le había pedido que llevara bandejas con comida y un paquete de cubetas para bebidas al puente de mando.

El almirante Ivpikkis, muy ocupado en defender a las fuerzas avanzadas, había ordenado habilitar androides de combate adicionales, en lugar de reforzar el complemento normal de esclavos androides del *Shñwirr*, a excepción de los androides de seguridad que custodiaban el puente, de modo que Dev ocupó un puesto de sirviente muy diferente a su trabajo habitual. El capitán del *Shñwirr* se mantuvo apartado de la batalla, con el fin de proteger vidas Ssi-ruuvi y mantener líneas de comunicación abiertas, que se extendían mediante una hilera de balizas subespaciales hasta la flota principal.

Siempre que eran llevados a bordo prisioneros humanos, Dev experimentaba un secreto alivio al estar en su compañía..., pero sólo por un rato. Los tecnicaban demasiado pronto, para enfocar la presencia de su Fuerza en androides de combate. No les negaría aquel gozo por el bien de su alivio psicológico, pero en secreto (con egoísmo) le entristecía. Sin que sus amos lo supieran, a veces proyectaba la Fuerza durante las batallas y consolaba a presencias humanas. Con cierto sentimiento de culpabilidad, pero sin poder evitarlo, proyectó la Fuerza...

Y tocó poder. Se quedó inmóvil, aferrado a su carrito repulsor. Alguien, algo externo al

Shriwirr, poseía la fuerza, serena y profunda, que siempre había asociado con su madre. Sus ojos se humedecieron. ¿Habría vuelto a buscarle? ¿Era posible? Había oído hablar de visitas, pero...

No. Si se trataba de una presencia humana, y el humano no se encontraba en Bakura, teniendo en cuenta la proximidad, era la presencia de un enemigo. Por otra parte, era mucho más fuerte que la de su madre. Había oído comentar al almirante que un grupo se acercaba, pero este enemigo le impulsó a pensar en..., en su hogar. El Extraño estaba concentrado en los combatientes, pero sin la sombra de pasión que Dev sentía. Se concentró más en la Fuerza. Su parecido le llamaba y seducía. Por lo visto, el Extraño no descubrió su sondeo.

Dev impulsó hacia adelante el carrito. No debía pensar en aquello. Deseó que la sensación no se repitiera.

Siguió avanzando. Casi había llegado al puente, cuando un silbido se impuso al sistema de alarma general. Emergencia: a los arneses para reorientación.

Dev soltó el carrito, sobresaltado. Se zambulló por la escotilla abierta más próxima y divisó varias hamacas de emergencia, colgadas del techo hasta la cubierta. Enormes *ssi-ruuk* bermejos y pequeños *p'w'ecks* morenos se iban introduciendo en los arneses. Dev vio uno vacío. Se lanzó hacia él, aferró la cuerda roja del extremo, la apretó contra su esternón y dio vueltas para quedar rodeado. Más que nunca, envidió los gigantescos cuerpos *ssi-ruuvi*. Delgado y sin cola, tuvo que dar media docena de vueltas antes de que la red se cerrara a su alrededor.

Luego, tuvo varios segundos para pensar en la alarma. Para intentar recordar si aquella mañana había arreglado el nido de almohadas. También había dejado un carrito cargado en el pasillo.

Peor aún, el invencible *Shriwirr* aceleró de manera inesperada para saltar al hiperespacio. No debía tratarse de una retirada. La victoria estaba tan cercana. Si...

La mampara cercana se transformó en cubierta, y después en techo. El estómago de Dev protestó enérgicamente. La aceleración aplastó su cara contra seis capas de redes. Incapaz de sujetarse a la cubierta, hundió los dedos en la malla y giró locamente. Cerró los ojos y rezó para que todo terminara cuanto antes.

Cuando la gravedad volvió, el silbido de alarma calló. Dev, mareado, luchó para desenredarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó uno de sus vecinos—. No recuerdo una reorientación de emergencia desde Cattamascar.

Una inquietante voz familiar contestó.

—Hemos perdido un crucero. Casi todos los nuevos cazas teledirigidos han desaparecido. Hemos de desperdiciar humanos para proteger las naves restantes. Será preciso analizar la táctica de los recién llegados antes de proseguir. Este grupo es diferente. Tipos de nave diferentes, estilo de mando diferente.

¿Estilo de mando? ¿Tendría el nuevo grupo un comandante inmerso en la Fuerza? ¿Tal vez un... auténtico Jedi, que había completado el adiestramiento apenas iniciado por su madre?

Pero el Imperio había exterminado a los Jedi.

Sí, y el emperador había muerto. Un verdadero Jedi osaría salir a la luz.

Todo eran suposiciones. Dev saltó por fin de la hamaca. Frente a él, mirándole con sus líquidos ojos negros, se alzaba el gigantesco Ssi-ruu que llevaba a cabo sus consoladoras «renovadores»: Sh'tk'ith, el anciano al que llamaban respetuosamente Escama Azul. Escama Azul procedía de una raza ssi-ruuvi diferente a la de Firwirrung, de diminutas escamas azules brillantes, rostro más estrecho y cola más larga. La raza de Escama Azul destacaba en el planeta natal como Firwirrung destacaba en lo militar.

Debía contar a Escama Azul lo que había sentido..., pero eso significaría confesar su culpable costumbre secreta. Dev parpadeó, con la vista fija en la cubierta.

—Te saludo, anciano...

—¿Algo va mal? —preguntó Escama Azul.

Sus negras lenguas olfativas se agitaron y saborearon el aire. De todos los ssi-ruuk, era el más sensible a los sutiles cambios que experimentaba el olor de los humanos debido a la tensión.

—Esta enorme... tragedia —dijo con cautela Dev—. Tantos androides de combate perdidos. Esos pobres humanos... Su nueva vida, su nueva felicidad, cortadas tan de raíz. Deja que llore a mis..., a los otros humanos, Anciano. Qué triste habrá sido para ellos. Qué triste.

La audacia de su mentira provocó que tartamudeara.

Triples párpados se removieron. Escama Azul lanzó un graznido gutural, el equivalente ssi-ruuvi de un «hummm» pensativo. Escama Azul tabaleó con sus garras delanteras y contestó.

—Más tarde. Después de que hayas llorado sus muertes, ven a verme. Te renovaré para suscitar tu felicidad.

—Gracias, Anciano. —La voz de Dev se quebró mientras retrocedía—. He de limpiar el pasillo. El trabajo me dará tiempo para pensar.

Escama Azul movió una garra delantera a modo de despedida.

Dev huyó por la escotilla, con un sentimiento de culpa mayor que nunca. ¿Habría puesto en peligro a la fuerza de avanzada? No, desde luego. El almirante Ivpikkis triunfaría. El problema más urgente de Dev era borrar de su recuerdo aquel toque momentáneo, antes de que Escama Azul le llamara y convenciera de que confesase.

Las mamparas estaban manchadas de comida fría, y la cubierta de losas grises sembrada de vasos. Dev corrió hacia un armario de suministros. Limpiar era trabajo de p'w'ecks, pero se sentía responsable.

Nunca había logrado engañar a Escama Azul. ¿No era una traición ocultar pensamientos? Sus amos le habían salvado del hambre y la muerte. Les debía todo.

Sin embargo, nunca había tenido un motivo tan poderoso. Su mente había tocado un alma gemela. Aún no podía traicionarla.

Abrió el armario de suministros, cogió un aspirador y corrió hacia la mancha más cercana.

6

—Salvoconducto para Salís D'aar, la capital. Los controladores les darán instrucciones — terminó una voz obsequiosa procedente del espaciopuerto.

—Gracias.

Han cortó la comunicación y se reclinó en su silla.

Leia exhaló un suspiro.

—Bien. Ya podemos ponernos a trabajar.

Han arqueó una ceja. Tenía la impresión de que ya estaban trabajando.

Leia no se dio cuenta.

—Hemos de decidir lo que vamos a hacer.

Alisó una de las trenzas que rodeaban su cabeza.

—Exacto —contestó Han, contento al verla pensar con sensatez—. ¿Aprovechamos este salvoconducto y aterrizamos en Bakura, o no? Ahora, están en mejor forma. Sería un buen momento para coger nuestras tropas y largarnos.

Leia contempló la cubierta del *Halcón*.

—No me refería a eso, pero tienes razón". No ceso de preguntarme si seremos capaces de tratar directamente con imperiales.

Luke habló desde el *Frenesí*.

—¿Te encuentras mal, Leia?

La joven carraspeó y se inclinó hacia el tablero de control.

—Estoy nerviosa, Luke. Quizá estoy empezando a pensar como Han. Esta situación no acaba de convencerme. Estoy más nerviosa de lo normal.

Han desvió la vista hacia Chewie, que rugió por lo bajo. Sí, quizá Leia empezaba a adquirir cierto instinto de conservación. Daba la impresión de que los Skywalker habían nacido sin él.

—Todos estamos nerviosos —contestó Luke—. Aquí ocurre algo más de lo que parece, y quiero averiguarlo.

Han miró por la portilla del *Halcón* al *Frenesí*. Flotaba cerca del *Halcón*, con aspecto torpe y desmañado, en una órbita de aparcamiento exterior a la red de defensa imperial.

—¿Estás seguro, muchacho? —preguntó—. Sería un buen momento para volver a casa.

—Estoy seguro. Leia, tú diriges las negociaciones. ¿Quieres transbordar y realizar un aterrizaje digno en el *Frenesí*!

—Espera un momento. —Han enderezó la espalda—. No voy a aterrizar en otra cosa que no sea el *Halcón*. Quiero este trasto de cara al planeta, por si tenemos que largarnos con viento

fresco otra vez.

—¿Otra vez? —preguntó Luke—. ¿Qué pasó?

—Después. —Leia tamborileó con los pulgares sobre los dedos enlazados—. ¿Qué impresión daremos, si aterrizamos en...? Bueno, ya sabes qué impresión causa la primera vez él a quien no lo conoce.

Muchísimas gracias, Alteza.

—A eso se le llama camuflaje.

Leia extendió las manos.

—Ésa será la primera impresión de nuestro grupo que recibirán los imperiales, Han. Les queremos como aliados. Piensa en el futuro.

—Primero, hemos de sobrevivir en el presente.

Luke carraspeó.

—El *Halcón* no cabrá en la bodega del *Frenesí*. Está llena.

Leia lanzó una mirada hacia el immaculado panel de control, y luego a una mampara rota, y sujetada mediante cables sobrantes. La mirada fue larga y sombría.

—Muy bien, Luke —dijo por fin Leia—. Aterrizaremos en el *Halcón*, pero sólo si todo el mundo se viste de gala.

Han cerró un puño sobre la cadera.

—Bien, yo no...

—Excepto tú, capitán —replicó Leia con voz dulce, pero él distinguió un brillo malicioso en sus ojos—. Es tu trasto. Será mejor que lo cuides.

Un rato después, Leia contempló por la ventana las configuraciones de nubes que flotaban en un mundo asombrosamente azul. Chewie examinó los tableros, y después se levantó, satisfecho en apariencia, y se alejó por el pasillo.

Luke apareció con el cabello mojado y alborotado. Había escuchado con calma el relato de los acontecimientos vividos por Leia en el planeta Seis, y luego había dicho algo sobre fregar.

—¿Te sientes mejor? —preguntó ella.

—Puedes estar segura. —Luke se dejó caer en la silla del copiloto—to—. Vamos a ver si podemos hablar de nuevo con el comandante Thanas.

—Sigo diciendo que huele a trampa. —Han se deslizó en el asiento del piloto—. A lo mejor Thanas opina que se está portando con amabilidad, dejándonos entrar en esa red defensiva, pero si dividimos nuestras fuerzas, la mitad quedará enredada en algún ceremonial imperial, y sólo la otra mitad permanecerá alerta en su sitio.

Luke pulsó varias teclas de la consola.

—Sus naves van a necesitar turnos de reparación más largos que los nuestros. Las que vi habían sufrido graves daños.

—Y aún no sabemos qué traman esos alienígenas —dijo Leia. Miró de soslayo a Luke. Estaba dispuesta a jurar que sabía más de lo que decía—. Tengo un mal presentimiento.

—Nos estamos jugando el cuello, tanto como los bakuranos —añadió Han.

—Ésa era la idea —admitió Leia—. Demostrarles que les apoyamos, compartiendo el

peligro que corren.

—¿Fuerzas de la Alianza? —rugió el comandante Thanas por el altavoz.

Leia se inclinó sobre el hombre de Luke. Su cabello, casi seco ya, captaba las tenues luces de la cabina como una aureola.

—Le oímos, comandante Thanas —respondió Luke.

—He autorizado a las naves de la Alianza a engrosar la red defensiva en las posiciones que ustedes solicitaron, mientras su grupo negocia en Salis D'aar. Será un placer conocerles en persona.

—El sentimiento es mutuo. Alianza fuera. —Luke esperó un segundo a cambiar de la frecuencia imperial a otra—. ¿Lo han captado?

—Almacenado en el OAB —contestó por el altavoz la capitán Manchisco—. Que se diviertan.

Luke exhaló un largo suspiro.

—Tendrás que decirles a los imperiales quién eres, Luke, tarde o temprano —comentó Han, con una mueca irónica.

Leia se sobresaltó

¡No, tú no!

—Preferiría hacerlo cara a cara —contestó con calma Luke.

Ah. Se refería a revelar su nombre, no su parentesco. Leia se apresuró a dar su aprobación.

—Él tiene mejor control, mejor... discernimiento en persona, Han. Notará si traman algo.

Han resopló.

—Sigue oliendo a trampa. No me gusta.

Sin embargo, extendió la mano hacia el panel de control. Luke abandonó el asiento de Chewbacca y ocupó otro de atrás.

—Y Luke es un Jedi —le recordó Leia.

Luke asintió.

—Mantendremos los ojos abiertos.

El *Halcón* adoptó una trayectoria que le conduciría a la capital bakurana, Salis D'aar. Cuando atravesaron la red defensiva, Leia divisó una enorme estación de reparaciones, en forma de platillo, pero no esférica, menos mal. Ya estaban hartos de Estrellas de la Muerte. Han bajó en picado. Leia vigiló entre los asientos de Han y Chewie la pantalla del analizador.

Entre los ríos gemelos, un gigantesco saliente de roca blanquísima centelleaba, iluminado por una luz oblicua. Deslumbró sus ojos.

Han parpadeó y activó un filtro visual.

—¿Mejor?

—Fíjate en eso —susurró Leia.

Una ciudad se asentaba en la parte más ancha del saliente, donde describía una curva hacia el este. Al sur de la ciudad, un doble anillo de grandes cráteres rodeaba una torre metálica alta. El espaciopuerto civil, supuso Leia.

Miró hacia el norte. Círculos radiales y concéntricos de su sistema de carreteras la dotaban

de una configuración semejante a una red, y el considerable tráfico aéreo pasaba en ambas direcciones entre varias torres puntiagudas, próximas a su punto central.

—¿Cuál es la hora local? —preguntó Leia.

—Acaba de amanecer. —Han se frotó el mentón—. Va a ser un día muy largo.

Parches verdes irregulares sugerían que frondosos parques habían sido construidos en bolsas de tierra distribuidas sobre el saliente rocoso.

—Mira.

Luke señaló un punto situado a un kilómetro al sur del espaciopuerto. En el interior de una desnuda superficie artificial negra, enormes tórrelas con turboláseres custodiaban un complejo hexagonal.

Leia se cruzó de brazos.

—El modelo habitual de una guarnición imperial.

—Habrá miles de milicianos ahí dentro —observó Han.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Cetrespeó desde su puesto habitual, en la zona de juego—. ¿Alguien ha visto milicianos?

—No sobrecargues un circuito —dijo Han—. Estarán por todas partes.

El murmullo de respuesta de Cetrespeó sonó a un «Oh, cielos, oh, cielos». Luke se desabrochó las correas y salió de la cabina.

Chewbacca aulló algo.

—Luke debe de esperar un aterrizaje suave —tradujo Han—. No sé por qué no —añadió.

Leia prefirió quedarse en su asiento y alisó una arruga de su falda blanca. Había pedido una copia de la toga blanca senatorial. Aún confiaba en disipar la mala fama de los rebeldes, si ello era posible después de aterrizar en el *Halcón*.

Han sobrevoló dos veces el perímetro de Salis D'aar, y pasó por encima de los dos ríos que flanqueaban el sorprendente saliente blanco que les impedía confluír.

—No van a dispararnos —dijo—. Será mejor que terminemos de una vez.

Los controladores dirigieron a Han hacia un cráter, con capacidad para numerosas naves, situado en el extremo oeste del espacio—puerto. Las sombras del amanecer, arrojadas por varios andamios de reparación móviles, caían sobre el quebrado suelo blanco.

—¿Qué es esa superficie? —murmuró Leia, cuando Han realizó el descenso final.

Han echó un vistazo al analizador.

—Aquí dice que el saliente es de cuarzo casi puro. El cráter parece cristal de roca, pero alguien lo manipuló de cualquier manera.

El *Halcón* tocó tierra con suavidad.

—Ya está. ¿Lo veis? —dijo Han—. No hay nada de qué preocuparse.

Chewie ladró. Leia se volvió para mirar hacia dónde apuntaba su mano peluda. Unas veinte personas estaban congregadas alrededor de una larga lanzadera repulsora, cerca de un andamio que se alzaba al borde de su cráter de aterrizaje.

—Date prisa, Luke —gritó Han.

—De acuerdo.

La voz ahogada de Luke despertó ecos en el pasillo. Leia saltó de su asiento y se reunió con él.

Cetrespeó cabeceó en señal de aprobación cuando vio el uniforme blanco sin galones de Luke. Mientras Leia le examinaba de arriba abajo, su hermano se ciñó un cinturón del que colgaban un desintegrador, tres cartucheras y la espada de luz.

—¿Bien?

Clavó los ojos en Leia. Eran muy azules e inocentes.

—Creo que es la indumentaria propia de un Jedi —contestó ella, no muy convencida. *Ojalá parecieras mayor.*

Luke dirigió una mirada angustiada a Han. Éste se encogió de hombros. Leia rió.

—¿Qué más da lo que él piense? —pregunto a Luke.

—Tiene un aspecto espléndido, amo Luke —intervino Cetrespeó—. General Solo, va bastante desaliñado. ¿No cree que el peligro disminuiría si...?

—Chewie —dijo Han—. ¿Quieres quedarte a bordo?

Era una pregunta importante. Chewbacca representaría bien a la Alianza si les acompañaba. Por principio, los imperiales despreciaban a los alienígenas, pero la Alianza había sido fundada por humanos y alienígenas sojuzgados por el Imperio.

Chewie rugió.

—De acuerdo —contestó Han—. Supongo que otro par de ojos no nos irán mal. Que todo el mundo esté atento.

Leia pensó que Cetrespeó reía con disimulo, si algo semejante era posible. Erredós canturreó en voz alta.

—Muy bien —interrumpió Han—. Vamos allá.

Leia se colocó en el centro del grupo, con Luke a la derecha, Han a la izquierda, y Chewie detrás, escoltado por Cetrespeó y Erredós. Chewie dejó caer la rampa de entrada. Leia descendió con parsimonia y olió el aire frío y húmedo, impregnado del perfume de plantas exóticas. Su primera inhalación en un nuevo planeta siempre constituía una prueba.

Cuando pisó la pálida superficie del espaciopuerto, crujió bajo sus pies. Miró hacia atrás. El *Halcón* se había posado sobre un lecho lustroso de roca blanca y tierra gris del espaciopuerto.

Basta de explorar. Al trabajo. Avanzó hacia el grupo imperial que aguardaba junto a la lanzadera.

—Ooooh —dijo Han con sarcasmo—. Qué bonitas armaduras blancas.

—Corta el rollo —masculló Leia—. Yo también voy de blanco.

Pensó en sus días de senadora imperial, el doble juego practicado entre la camarilla imperial y la incipiente Alianza por la que su padre había muerto.

Su auténtico padre, Bail Organa, que la había educado, adiestrado y alimentado su sentido de la dignidad y la capacidad de sacrificio. Dejando de lado la biología, jamás llamaría de aquella forma a otro hombre. Punto. Entrar datos. Fin de programa.

El hombre que se erguía en el centro del grupo tenía que ser el gobernador imperial Wilek Nereus. Alto, de cabello oscuro y facciones marcadas, llevaba un uniforme caqui que podría

haberle prestado Grand Moff Tarkin, con el aditamento de un par de guantes negros. Los demás integrantes del grupo cambiaban de postura sin cesar para mirarle. Estaba absolutamente Al Mando.

Tranquila, se dijo Leia. *Fluye con la Fuerza. Ahí residen mis energías, en un sendero diferente al de Luke.*

La delegación del gobernador Nereus formó un semicírculo a su alrededor.

—Princesa Leia de Alderaan. —Ejecutó una media reverencia—. Es un honor recibirla.

—Gobernador Nereus. —Le devolvió la reverencia, sin inclinarse ni un milímetro más—. Es un honor estar aquí.

—En nombre del emperador, bienvenida a Bakura.

No habría podido pedir mejor principio que el saludo de protocolo.

—Gracias por su bienvenida —contestó con placidez—. Quizá me considere terriblemente grosera si corrijo sus amables palabras, pero ya no es válido darnos la bienvenida en nombre del emperador Palpatine. Murió hace varios días.

Nereus arqueó una ceja oscura y poblada, y enlazó sus grandes manos a la espalda.

—Mi querida princesa —avanzó un paso—, ¿ha venido a Bakura para propagar rumores y mentiras?

—Es algo más que eso, Excelencia. Le mató su aprendiz, Darth Vader.

—Vader. —Nereus se irguió varios milímetros para dominarla con su estatura. El tono delató su desagrado, un sentimiento que Leia comprendió a la perfección—. Vader —repitió—. Su Majestad imperial jamás tendría que haber confiado en un señor de Sith. Estaba dispuesto a no creerla, Alteza, pero sí creo que Vader es un asesino.

—Lord Vader también ha muerto, Excelencia.

Vio por el rabllo del ojo que Luke alzaba el mentón, para indicarle que añadiera algo. Quizá la muerte de Vader había sido heroica, pero diez minutos de arrepentimiento no borraban años de atrocidades.

Los acompañantes del emperador se apartaron en parejas y susurraron. Leia recobró la iniciativa.

—Gobernador, permita que le presente a mi escolta. Primero, el general Han Solo.

Han debía hacer una reverencia, o estrecharle la mano, como mínimo, pero se limitó a mantenerse inmóvil, con expresión desaprobadora. A este paso, jamás llegaría a ser diplomático.

—Su copiloto, Chewbacca de Kashyyyk.

Chewie emitió un gruñido mientras ejecutaba una reverencia. Los wookie habían sido objeto de una terrible traición por parte del Imperio. Confió en que Chewie no perdiera el control y empezara a desmembrar imperiales. La brisa helada de la mañana agitó su pelaje.

Leia exhibió su mejor triunfo con elegancia.

—Y el comandante Skywalker de Tatooine, Caballero Jedi.

Luke realizó una reverencia magnífica; ella le había entrenado. Nereus cuadró los hombros. Al cabo de un momento, devolvió el saludo.

—Jedi. —Arrugó su larga nariz—. Tendremos que ir con pies de plomo.

Luke enlazó las manos delante de él. *¡Bien!*, le felicitó en silencio Leia. Dejaba que ella respondiera, tal como le había suplicado. Ahora, se sentía compensada por haberle cedido el mando de la batalla. Tal vez tenía futuro su división del trabajo, mientras no fuera demasiado lejos.

—Sí, Excelencia —dijo. El gobernador Nereus volvió la cabeza hacia ella—. Pretendemos restablecer la Antigua República, incluyendo la Orden de los Caballeros Jedi. El comandante Skywalker es el jefe de la orden.

Una vez más, adivinó lo que él deseaba que añadiera: y también el único miembro. *¡Borra esa expresión de timidez, Luke!*

—Comandante Skywalker —repitió Nereus, en un tono tan untuoso como lubricante de androides—. Ah, ahora reconozco su nombre, comandante. Por suerte para usted, la balanza comercial de Bakura goza de buena salud. Quizá sepa que, desde hace años, se ofrece una..., una recompensa astronómica por su captura. Vivo, naturalmente. Debe de significar una especie de distinción entre las fuerzas rebeldes.

—Lo sé —respondió Luke con calma. No era ninguna novedad. Todos constaban en la lista de los delincuentes más buscados.

—Y veo a dos androides —dijo el gobernador—. Se les deberán aplicar cepos durante su estancia en Bakura.

Se trataba de un procedimiento habitual en la mayoría de los planetas, obsesivo en los dominios imperiales y estaciones de combate.

—Nos ocuparemos de ello —accedió Leia. Segura ya de que se había ganado el respeto de Nereus, se dejó de rodeos—. Gobernador, las fuerzas de la Alianza interceptaron su llamada de socorro. La flota imperial ha sido expulsada de esta parte de la galaxia. Hemos venido para ayudarles a rechazar a los invasores. Una vez cumplido este objetivo, nos marcharemos. Bakura ha de decidir su propio destino. No intentamos imponer el nuestro a su..., al pueblo bakurano —se corrigió.

El gobernador Nereus exhibió una semisonrisa gélida. La parte izquierda de su cara se contrajo, y aquel lado de la boca se alzó en una mueca. El lado derecho bien habría podido estar moldeado en acero.

Luke estaba en posición de firmes. Así como el rostro de Nereus albergaba dos expresiones, también su mente se encontraba dividida. Sería difícil para un hombre semejante aceptar como aliados a los rebeldes.

La Fuerza analizó al enguantado gobernador. Nereus poseía la compulsión incontrolable de dominar a la gente, por eso su delegación se mantenía en posición de firmes. Luke conocía el tipo; sólo se regía por sus propias leyes, las únicas que consideraba lógicas. Cualquiera que le llevara la contraria atraería su atención el tiempo suficiente para ser machacado: el gobernador imperial por antonomasia.

Luke no cesó de escudriñar las intenciones de quienes le rodeaban. Temblaban tantas vibraciones en la Fuerza, que el simple hecho de aparentar calma ponía a prueba su control.

No tenía el menor deseo de que un miliciano de gatillo fácil le dejara seco antes de que Leia pactara una tregua.

Mientras Leia y el gobernador continuaban hablando en voz baja, se abrió de nuevo hacia ellos. Leia, serena y equilibrada, sin dejarse intimidar por Nereus. El gobernador, una fachada de modales estudiados, la compulsión de dominar y, subyacente, una tremenda sensación de terror. *Pero no hacia nosotros*. Una vez más, Luke pensó en aquellas afligidas presencias, no del todo humanas, a bordo del caza ssi-ruuvi. ¿Se habría puesto en contacto con cautivos bakuranos?

Era obvio que el gobernador pensaba saltar en cualquier dirección que le ofreciera protección. Pese a la hostilidad que manifestaba delante de sus milicianos, se pasaría fácilmente al bando de la Alianza.

Por un tiempo.

Luke comentó aquella impresión a Han, *en la lanzadera* civil que les conducía a la ciudad.

—Sí —murmuró Han en voz baja—. Podría pasarse a nuestro bando, sin duda alguna. O torpedearlo. ¿Quieres apostar?

Los pantalones de Luke se pegaban a sus piernas debido a la omnipresente humedad bakurana. Leia estaba sentada delante de él, adorable en su toga senatorial blanca provista de capucha. Miraba por la ventana de la lanzadera, lujosamente tapizada. Sin duda, el senado de Bakura había solicitado que asistieran a una sesión de urgencia inmediata.

De pronto, Leia se enderezó.

—Cetrespeó, ¿qué he de saber acerca del protocolo?

—Temo que no consta en mi programa.

Cetrespeó ya llevaba su cepo magnético, y hablaba en un tono más quejumbroso que nunca. Erredós le interrumpió con un silbido electrónico.

—¿Cómo? ¿El amo Luke eliminó los archivos de datos introducidos por aquella sonda en tus bancos de memoria? ¿Por qué no lo dijiste, cilindro reciclado sobrecargado?

Erredós se explayó a modo.

—Sólo sé con certeza —contestó después Cetrespeó a Leia— que Bakura fue gobernado en otro tiempo por un primer ministro y un senado, pero toda la autoridad descansa hoy en el gobernador imperial.

—Dinos algo nuevo —masculló Han.

Un piloto/guía bakurano hizo descender el aparato sobre un enorme edificio en forma de cuña, atravesado por dos amplios arcos de césped.

—Éste es el complejo Bakur —anunció la ayudante del piloto, mientras pasaba un brazo alrededor de una barra estabilizadora plateada.

Miró a Chewbacca. Luke supuso que jamás había visto a un wookiee.

Daba la impresión de que el complejo abarcaba varias hectáreas, entre dos autopistas radiales, y bordeaba el redondo parque central de la ciudad a lo largo de su arco sudoeste.

—El complejo incluye alojamiento para invitados y residentes, oficinas imperiales, un centro

médico y el viejo edificio situado junto al parque, que fue la sede de nuestro gobierno durante la Corporación Bakur.

Leia miró hacia abajo, como si contemplara los enormes árboles cubiertos de enredaderas que rozaban el tejado del complejo. En realidad, adivinó Luke, estaba repasando mentalmente el protocolo imperial. La libertad de Bakura dependía de su habilidad para negociar la tregua. Han, sentado a su lado en el asiento delantero de la lanzadera, acariciaba su desintegrador.

Al bajar en una plataforma de aterrizaje del techo, transbordaron una vagoneta repulsora, para desplazarse con rapidez por el inmenso complejo. Su guía les fue informando.

—El ala de la corporación del Edificio Bakur —concluyó— fue construida hace más de cien años, dominando el Parque de Estatuas del centro de la ciudad. Permanezcan sentados hasta que el vehículo se detenga por completo.

La vagoneta pasó bajo un arco cubierto de enredaderas y deceleró.

—Espera, Leia.

Han se puso en pie de un salto.

Luke salió por su lado de la vagoneta. Leia continuó sentada unos segundos.

—Creo que esta arcada es bastante segura. —El dictamen de Ce—trespeó se oyó por una escotilla abierta—. De todos modos, debemos asegurarnos.

Leia asomó la cabeza por el lado de Luke.

—Escucha —dijo—, si albergan malas intenciones, la misión ya ha fracasado por completo.

Han miró por encima de la vagoneta.

—Muy bien. Sin novedad por este lado, Luke.

Luke retrocedió hacia la parte posterior del vehículo y bajó a Erredós. El androide silbó alegremente y extendió sus ruedas. Han y Chewie pasaron delante de Leia y Cetrespeó. Luke les siguió, con Erredós pisándole los talones. Los guardias de la puerta, ataviados con casacas y calzones violetas ribeteados de oro, les dieron paso a un espacioso vestíbulo alfombrado de negro. Tracerías doradas corrían como venas de metal precioso sobre una hilera de columnas construidas al estilo cuña doble, y después se entrecruzaban en el techo abovedado.

—Mármol rojo —murmuró Leia.

—Valdría una fortuna, si lograra pasarlo de contrabando —contestó Han sin volverse.

Siguió a uno de los guardias. Después de imitar unos momentos su paso afectado, volvió a adoptar sus zancadas cautelosas, mirando a derecha e izquierda, detrás de cada columna y hacia toda puerta abierta. Luke escuchaba con atención mediante la Fuerza cualquier intento de agresión. No percibió nada. Leia caminaba con serenidad delante de él, en el centro del grupo, al lado de su androide de protocolo.

El guardia de calzones violeta se detuvo ante un arco tallado en la reluciente piedra blanca. Un tosco muro de madera lo ocultaba casi por completo. Cuatro milicianos imperiales montaban guardia, y a cada lado flotaban analizadores, montados sobre silenciosos repulsores. Cuando Luke vio a los milicianos, experimentó la vieja sensación de «lucha o huye», seguida de una descarga de adrenalina.

—Su presencia aquí es ilegal —murmuró Leia—. Somos los legítimos enviados de la

galaxia a Bakura.

—Díselo.

Han inspeccionó a los milicianos. Luke levantó la vista hacia el lustroso ojo redondo de un sensor. La cúpula de Erredós giró sin cesar, mientras sus propios sensores analizaban el vestíbulo.

—Verificación de armas. —Un miliciano se inclinó sobre Leia y habló con voz metálica—. Depositen todas las armas en una taquilla de seguridad.

Señaló una hilera de receptáculos, activados mediante la impresión palmar, al otro lado de la arcada.

Leia extendió sus manos vacías, y después las enlazó, en un gesto burlón de sumisión. Luke cruzó el arco, seleccionó un cubículo, y después apoyó la palma, al tiempo que apretaba un botón, para adaptar la cerradura de la taquilla a su impresión palmar. Extrajo el desintegrador de su funda y lo depositó en el interior.

—Vamos, Han —dijo en voz baja.

Han le había seguido, mientras Chewie y Leia se acercaban con parsimonia. Han no parecía nada complacido, pero elogió un cubículo y dejó dentro el desintegrador.

Leia carraspeó.

Han le dirigió una mirada capaz de fundir el plomo, y después sacó el cuchillo de la bota, el desintegrador de bolsillo de la funda oculta bajo la manga, y su vibrocuchillo favorito. Chewbacca ya iba a quitarse la bandolera de su ballesta, cuando el subconsciente de Luke susurró una sugerencia.

—Chewie —dijo en voz baja—, quédate junto a las taquillas. Tú también, Erredós.

Chewie hizo una mueca de placer y arrugó su negra nariz. El enorme wookiee despreciaba la política y desconfiaba de los imperiales. Quedarse de guardia le complació en grado sumo.

Leia condujo el grupo de vuelta al arco.

—Deténganse ahí —dijo el miliciano que había hablado antes. Indicó la espada de luz de Luke—. Eso también es un arma.

Luke proyectó un zarcillo de energía de la Fuerza y contestó con gran seriedad.

—Esto es un símbolo de honor, no un arma ofensiva. Déjeme pasar.

—Dejadle pasar —repitió el miliciano, en el mismo tono serio. Se recuperó y añadió—: Yo dejaría al androide en la puerta. El mal funcionamiento de los androides casi mató al primer grupo de colonos bakuranos.

—Señor —protestó Cetrespeó—, mi funcionamiento...

—Gracias —cortó con firmeza Leia. Ninguno había olvidado el cepo—. Cetrespeó esperará en el interior.

—Senadora princesa Leia Organa, de Alderaan —anunció un guardia de la puerta; agitó la mano de una forma vaga— y su escolta.

Leia les precedió a través del arco y subió cuatro amplios peldaños hasta entrar en una inmensa sala cuadrada. Luke la siguió, amoldando su paso al de Han, y confió en haber procedido correctamente al conservar su espada. No quería ofender a todo el senado de Bakura por ir armado, pero tal vez pensarán que no corrían peligro. También suponía que Leia le habría increpado de haberlo considerado importante.

El techo era de losas, y en cada esquina de la sala se alzaba una columna alta y lustrosa. La mayoría de los senadores eran humanos, salvo dos excepciones, un par de individuos altos, de piel blanca y cuero cabelludo arrugado en lugar de pelo. Luke escuchó mediante la Fuerza. Le rodeaba un parloteo, las texturas de cuarenta o cincuenta mentes nerviosas. Estrechó el foco y se concentró en una enorme butaca repulsora, dorada y púrpura, a excepción de dos filas de controles en los apoyabrazos, situada al otro extremo de la cámara. Wilek Nereus habría utilizado una lanzadera más rápida. Ya estaba sentado, más falso que nunca.

Luke dejó que su atención derivara hacia la izquierda, para observar la reacción que causaba Leia en los senadores. Percibió curiosidad teñida de hostilidad, pero también una corriente subterránea de miedo, que impregnaba la sala. El planeta era víctima de un ataque.

—Quédate ahí, Cetrespeó. —Leia se detuvo en lo alto de la escalera y se volvió hacia el gobernador Nereus—. Buenos días de nuevo, gobernador.

El hombre bajó sus pobladas cejas.

—Entre —dijo—. Acérquese.

Descendieron hacia el rectángulo central. Las juntas del suelo delataban que podía abrirse en secciones. Un recuerdo fugaz asaltó a Luke, que incluía una trampilla y un enorme Rancor que casi le devoró. Desechó la imagen y paseó la vista por la cámara. Los senadores bakuranos desplegaban todos los tonos habituales de la piel humana, una sutil mezcla de lazos de sangre.

Un hombre bien parecido, de aspecto atlético, abundante cabello cano, sentado debajo del gobernador Nereus a una mesa interior, extendió una mano.

—Bienvenidos a Bakura —dijo—. Soy el primer ministro Yeorg Captison. En circunstancias normales, se habría celebrado una ceremonia protocolaria, y les pido disculpas por las prisas con que se ha convocado esta reunión, pero estoy seguro de que sabrán comprenderlo.

Leia, que apenas había dirigido una mirada al gobernador Nereus, dedicó una reverencia completa y deliberada al anciano. Luke le inspeccionó. El carisma del primer ministro provocaba un destello en la Fuerza sólo un poco más tenue que el de Mon Mothma. Luke

desvió la vista hacia Nereus, y se preguntó por qué el gobernador no le había eliminado. Captison habría sido muy cauteloso. ¿O tenía relaciones con los imperiales?

—No se disculpe, por favor —contestó Leia—. La situación es desesperada.

Otro hombre sentado a la mesa interior se levantó.

—Blaine Harris, ministro de defensa. No tiene ni idea de lo desesperada que es. Todos nuestros puestos avanzados en los demás planetas del sistema han sido destruidos. Nuestros equipos de salvamento que sobrevivieron para volver a informarnos no encontraron cadáveres ni supervivientes.

El miedo de Harris provocó un escalofrío en la espina dorsal de Luke. Se apresuró a desviar su atención hacia la izquierda de aquella mesa, y percibió ecos de miedo, esperanza y hostilidad. Cuando llegó al final, continuó hacia la derecha, por la mesa exterior, más elevada.

La tercera persona por la izquierda sentada a la mesa era una joven de barbilla puntiaguda. Luke se detuvo, sorprendido por la forma en que la Fuerza rebotaba en ella. Su presencia, como un tamborileo profundo y lento, respondía como un eco a su sondeo. No se trataba de que poseyera Fuerza (al menos, él no lo creía), sino de un efecto amplificador único sobre su conciencia. Cerró todas sus percepciones, excepto los cinco sentidos, para no distraerla.

La voz estridente de Nereus se oyó con claridad desde el otro extremo de la sala; había situado su trono en un punto focal acústico.

—Princesa Leia, ¿tiene idea de a qué se enfrenta?

Leia apoyó una mano sobre la mesa interior.

—No —admitió—. Vinimos en respuesta a una llamada de auxilio, para demostrar que la Alianza no guarda rencor a los pueblos gobernados por el Imperio, sino sólo al imperio.

Nereus frunció los labios.

—Ya me lo imaginaba. Ellsworth —dijo al aire—, pase la grabación de Sibwarra. Alteza, suba a reunirse conmigo. Traiga a sus escoltas.

Luke miró hacia la izquierda de nuevo, mientras subía la escalera alfombrada detrás de Leia, y desvió de nuevo la vista hacia la izquierda. La joven sostuvo su mirada, con la barbilla apoyada sobre una mano abierta. Cabello castaño claro caía alrededor de su cara, absorta, y enmarcaba su piel pálida como pétalos de flor. Aunque estaba inclinada hacia adelante, tenía los esbeltos hombros erguidos con orgullo. No se atrevió a tocarla otra vez con la Fuerza, aún no, pero su presencia la electrificaba. Visualmente impresionante. No una belleza arrebatadora, sino impresionante. *¡Contrólate!*, se recordó. *¡Has venido para ayudar a Leia!*

Unos servomotores zumbaron detrás de él. Leia, que ya había llegado a la silla del gobernador Nereus, se volvió para mirar. Luke se detuvo en el peldaño inmediatamente anterior y adoptó la misma posición. Cetrespeó centelleaba al otro lado de la sala. Una proyección holográfica apareció sobre el lugar que ocupaban segundos antes. Era un joven humano de piel cremosa algo oscura, cabello negro corto y rostro dulce de pómulos prominentes. Vestía una túnica blanca con franjas laterales azules y verdes.

—¡Humanos de Bakura, alegraos! —dijo el... ¿muchacho? ¿Hombre?—. Soy Dev Sibwarra, de G'rho. Os traigo el saludo caluroso del imperio ssi-ruuvi, una cultura formada por muchos

planetas que os extiende la mano. Nuestra nave insignia es el poderoso *Shriwirr*, una palabra ssi-ruuvi que significa «rebotante de huevos». Nos estamos acercando a vuestra galaxia a instancias de vuestro emperador. ,

Luke desvió la vista hacia la joven senadora. Al aparecer la imagen del invasor, se había echado hacia atrás, con los puños apretados sobre la mesa y la espalda muy erguida. La acarició cautelosamente con la Fuerza. Proyectaba miedo y asco, pero bajo aquellas oscuras emociones se ocultaba una sensación tan profunda como un pozo lleno de colores brillantes. Confuso, meneó la cabeza. No tenía sentido, pero era lo que percibía.

Le bastó un solo instante para captar todo aquello. La imagen holográfica continuó hablando.

—¡Regocijaos, bakuranos! El placer que os traemos trasciende la mera felicidad sensorial. Vuestro será el privilegio de ayudar a los ssi-ruuk a liberar —el ademán del muchacho implicaba más conquista que liberación— a los demás planetas de la galaxia. ¡Vosotros seréis los primeros, la punta de lanza! ¡Qué inmenso honor!

»Como humanos, poseéis un valor incalculable para mis amos. Gracias a ellos, recibiréis una vida sin dolor, sin necesidades, sin miedo.

—Fíjense en eso —murmuró Nereus.

La escena cambió. Varios alienígenas saurianos de color castaño oscuro estaban congregados alrededor de una pirámide metálica que Luke reconoció al instante. Antenas y cañones láser sobresalían de sus cuatro vértices, las cuatro caras estaban erizadas de impulsores, y grupos de analizadores/sensores rodeaban cada impulsor. Descansaba sobre una especie de consola de control.

Una súbita comprensión invadió la mente de Luke. También reconoció a los seres... de su inquietante sueño en Endor.

La voz del muchacho continuó hablando.

—Aquí tenéis la más hermosa nave de combate de toda la galaxia. Aunque jamás soñarais en viajar por las estrellas, hay uno de estos cazas para cada uno de vosotros. vuestras energías vitales serán transmitidas a una de estas naves de combate teledirigidas. Vagaréis entre los planetas...

Energías vitales. Luke recordó las presencias humanas que había tocado, desesperadas y angustiadas. Se inclinó hacia adelante.

El joven reapareció.

—Para aplacar vuestros temores, permitidme que os enseñe parte del procedimiento de tecnificación. Después, cuando llegue el momento, acogeréis vuestro destino con alegría.

Una imagen más pequeña apareció a su lado. Un hombre sentado en una silla, sujeto a ella con ligaduras transparentes, la cabeza colgando. Luke forzó la vista. ¿Aquellos tubos estaban clavados en su garganta? Otra imagen holográfica más pequeña aún del muchacho bajó un arco de metal blanco resplandeciente alrededor del hombre. La imagen pequeña se congeló.

—Es alegría —dijo la imagen más grande—. Es paz. Es libertad. Es el regalo que os traemos.

Extendió una palma pálida.

Habían luchado contra humanos. Luke cerró los puños. Los ssi-ruuk no eran simples esclavistas, sino ladrones de almas...

La senadora Gaeriel Captison se estremeció y se subió el chal azul sobre los hombros.

—¿A quién piensa que está engañando? —susurró.

—Le capturaron joven —respondió el senador de su derecha—. Fíjese en él. Actúa como un Flauta. Hasta debe pensar como ellos.

Gaeri dejó de mirar. Había visto la grabación diez veces, desde la tarde que invadió de improviso todas las pantallas tridimensionales, los vídeos y los canales televisivos del planeta. El senado la había estudiado y desmenuzado, en busca de algún significado... esperanzador. La única conclusión posible había sido rechazar a aquellos alienígenas o enfrentarse a un destino horrible.

¿Los rebeldes habían venido en su ayuda, tal como afirmaban? Si habían acudido con el propósito de robar bobinas de repulsión, habían caído en la trampa de los ssi-ruuvi, junto con Bakura. Ahora tendrían que ayudar a los bakuranos, aunque sólo fuera para escapar.

Gaeri examinó a los delegados. La princesa senadora Leia Organa, de su misma edad, era conocida a lo largo y ancho del Imperio como uno de los cabecillas de la Rebelión. Quizá era un alma engañada que luchaba por una causa perdida, como Eppie Belden cuando era joven e idealista, pero había llegado a ocupar un puesto de responsabilidad. Gaeri confió en poder intercambiar opiniones.

El escolta moreno de la princesa Leia no era un idealista. Se fijaba en todo y en todos, sobre todo en descubrir una vía de escape. Según los datos que el gobernador Nereus se había apresurado a enviar a tío Yeorg, el hombre, un tal Solo, era un contrabandista de pasado turbio, con antecedentes penales y varios delitos de sangre.

Pero el rubio no constaba en los ficheros. Estaba en posesión de una serenidad atrayente. Mientras la imagen de Dev Sibwarra se explayaba sobre los placeres de la tecnificación, el escolta número dos se había inclinado hacia adelante para ver mejor, sin que su postura erguida pareciera cambiar.

Varios gorjeos estridentes atrajeron de nuevo la atención de Gaeri hacia el holograma: un vislumbre del enemigo. Un inmenso lagarto erecto, con una V negra sobre su rostro, apareció en escena y miró con un ojo negro calculador.

—Mi amo, Firwirrung, siempre me ha tratado con la mayor bondad, amigos míos.

—Malditos Flautas —masculló el senador sentado a la derecha de Gaeri.

—Hasta la vista. Ardo en deseos de conocerlos en persona a cada uno. Venid pronto.

La imagen se desvaneció.

Ahora que los rebeldes habían averiguado qué hacían los ssi-ruuk con los prisioneros, el rostro de la princesa Leia hacía juego con su vestido blanco. Tocó el brazo del contrabandista, y éste se inclinó para escuchar sus susurros. De pronto, Gaeri comprendió que era su compañero. El hombre más joven paseaba la vista por las mesas.

Había llegado el momento de hablar.

—¿Ha visto? —dijo Gaeri sin levantarse—. Se trata de una amenaza contra la cual carecemos de experiencia y defensas.

El joven asintió en su dirección. Había comprendido bien la situación.

—Si me permiten intervenir —habló el androide plateado desde el otro lado de la sala—, considero de lo más espantoso este espectáculo. Los seres mecánicos de cualquier tipo se quedarán consternados ante esta perversa exhibición de...

Fue silenciado con silbidos. Mientras los proyectores se hundían bajo los paneles del suelo, los rebeldes permanecieron inmóviles, bajo la silla del gobernador. La princesa Leia descendió un peldaño.

—Bakuranos —gritó—, penséis lo que penséis de los androides, escuchadme a mí. Dejad que os cuente mi historia.

Gaeri apoyó la barbilla en su mano. La princesa rebelde extendió una mano, como el típico conferenciante.

—Mi padre, Bail Organa, fue virrey y primer presidente del sistema de Alderaan, un oficial de confianza de la República desde los días de las Guerras Clónicas.

»Cuando el senador Palpatine se proclamó emperador, mi padre empezó a intentar reformas. El cambio se demostró imposible. Al Imperio nunca le han interesado las reformas. Sólo desea poder y riqueza.

Gaeri torció la boca. Muy cierto, aunque subjetivo. El sistema imperial desalentaba los cambios y forjaba la estabilidad económica. Se removió en su silla repulsora.

—Apenas era una niña cuando empecé a servir a mi padre como correo diplomático, y no mucho mayor cuando fui elegida senadora imperial. —Miró de reojo al gobernador Nereus—. La Rebelión ya había nacido y, como el emperador adivinó, yo no era la única senadora joven implicada. Apenas mi padre manifestó su abierto apoyo, fui capturada por el sicario del emperador, lord Darth Vader, y conducida a bordo de su primera Estrella de la Muerte.

»El emperador afirma que Alderaan fue destruida para dar ejemplo a los demás planetas rebeldes. Eso es verdad sólo en parte. Yo estaba a bordo de la Estrella de la Muerte. Vi cómo daban la orden. Se dio para aterrorizarme y obligarme a proporcionarles información.

El gobernador Nereus se balanceó hacia adelante.

—Princesa Leia, ya es suficiente..., a menos que desee ser detenida por sus crímenes en este mismo momento.

La barbilla de la princesa Leia se alzó, desafiante.

—Gobernador, me he limitado a fortalecer su posición. El Imperio gobierna mediante el terror. Acabo de dar a los bakuranos un motivo más para temerle.

Pero no para respetarle. Gaeri cruzó las piernas, con el deseo de seguir escuchando, cuando no de aceptar el punto de vista rebelde. Aquello habría podido ocurrir en Bakura, si los rebeldes no hubieran destruido la Estrella de la Muerte. Gaeri observó a dos senadores que lanzaban miradas suspicaces en dirección al gobernador.

—Tras la destrucción de Alderaan —prosiguió en voz baja la princesa Leia—, huí al cuartel

general de la Alianza. He vivido con sus líderes, trasladándome de un lugar a otro continuamente, mientras el Imperio insiste en querer borrarlos del mapa. Tenemos la intención de ayudarles. La Alianza ha enviado a uno de sus más dotados mandos militares, el comandante Skywalker, de la Orden Jedi.

¿Jedi? Sorprendida con las defensas bajas, Gaeri alzó una mano hacia un colgante de su cuello, el aro esmaltado, mitad blanco mitad negro, del Equilibrio Cósmico. Según su religión, los Jedi habían trastornado el universo en virtud de su misma existencia. Toda cosa tenía su contrapartida. Gaeri creía que cada vez que un individuo aprendía a concentrar tanto poder, disminuía a un desventurado equivalente en otro lugar de la galaxia. Los Jedi, hambrientos de poder, habían explotado su talento sin pensar en los desconocidos que destruían. Su desaparición se había convertido en un cuento moral, y la muerte de sus padres la había empujado hacia la religión. Al menos, en el Equilibrio había encontrado consuelo.

¿Había sobrevivido algún Jedi? El comandante Skywalker parecía muy joven, y no cuadraba en absoluto con su idea de un Jedi, excepto por su intensidad. La había mirado fijamente mientras ella hablaba. Debía estar escuchando los pensamientos de alguien.

¿Era un solo Jedi tan poderoso que el Cosmos había creado a los ssi-ruuk, que habían reducido a tantos humanos a la condición de circuitos de autopropulsión, para equilibrar sus enormes poderes?

El Jedi se volvió. Sus ojos azules la escrutaron de nuevo.

La joven parpadeó y sostuvo su mirada, y no la apartó hasta que el volvió la cabeza. Al menos, obtuvo la satisfacción de ver que su compostura flaqueaba. La miró otra vez, removió los pies y clavó la vista en el suelo.

Una vez neutralizada la amenaza, siquiera por unos momentos, Gaeri le observó un rato más. Algo en él recordaba a tío Yeorg.

Chewbacca estaba apoyado contra la hilera de taquillas y devolvía con descaro las miradas de los seis milicianos. Creía adivinar sus intenciones: confiscar las armas del grupo y dejarles indefensos. Un miliciano se había acercado unos minutos antes. Un solo gruñido, enseñando los dientes, bastó para devolverle a su sitio, pero sólo de momento. El androide astromec de Luke se mantenía cerca del arco, y sus antenas giraban. Erredós no serviría de gran cosa en una pelea.

A Chewbacca no le importaban las probabilidades. Un wookiee armado contra seis milicianos constituía una confrontación equilibrada.

Oyó pasos. Otro imperial avanzaba por el pasillo de mármol rojo. Éste vestía uniforme caqui de oficial. Los milicianos se congregaron a su alrededor y hablaron entre susurros.

Chewie acarició su ballesta.

Leia no había pasado por alto los susurros y las miradas de soslayo a Luke procedentes de los senadores. Se hizo una idea de hasta qué punto influiría en la gente si fuera una Jedi adiestrada. Luke se había ofrecido con frecuencia a darle clases, pero tal vez no era una buena

idea. Aquél era el legado de Vader: hasta el talento de Luke, utilizado para defender la justicia y la libertad, atemorizaba a la gente.

Tenía que recuperar su atención. Se acercó a la silla repulsora del gobernador.

—¿No lo ve, gobernador Nereus? Ha de aceptar la ayuda rebelde, o poner en peligro a toda la población. Somos su única esperanza. Déjenos ayudarles a combatir contra los ssi-ruuk. Nuestras fuerzas son escasas, pero estamos bien coordinados y equipados con mejores naves de ataque que las suyas.

Luke le había enseñado los informes del OAB.

Nereus apretó sus femeninos labios.

—Por la ayuda que nos han proporcionado, les dejaremos abandonar el sistema de Bakura sin ser molestados, para que regresen a Endor.

—Si la Alianza está tan ansiosa por ayudarnos —dijo en tono burlón un senador, desde la mesa superior—, ¿por qué no ha enviado más naves?

Luke extendió las manos.

—Hacemos todo cuanto podemos sin...

—Nuestras fuerzas destacadas en Endor desean regresar a sus hogares —le interrumpió Leia—. Puede que algunas ya se hayan marchado.

Nereus aferró los apoyabrazos de la silla, divertido por el diálogo.

—No obstante, hemos solicitado refuerzos a Endor —insistió Luke.

A Leia no le hacía ninguna gracia el ceño fruncido del gobernador.

—Pero nuestras tropas de Endor están agotadas. Los refuerzos podrían llegar dentro de unos días, o nunca.

No conspires contra mí, Luke.

Han extendió una mano rígida.

—La cuestión es que hemos venido a ayudarles. Pienso que deberían aprovechar la oferta, mientras siga en pie.

—¿Querrían proporcionarnos datos? —se apresuró a preguntar Leia—. Sobre los ssi-ruuk, por supuesto, y aquellos de Bakura que no comprometieran su seguridad.

El gobernador Nereus cubrió su boca con una mano enorme. Leia, que empezaba a sentirse como una bacteria bajo la lente de un microscopio, hizo acopio de serenidad e intentó inducirle mentalmente a colaborar. Si la reunión terminaba sin un compromiso de ayuda mutua, estaban acabados.

Un anciano alto se levantó, en una de las mesas inferiores.

—Nereus —dijo—, acepte la ayuda ofrecida. Todos los habitantes del planeta saben para qué han venido los rebeldes. Si rechaza su ayuda, provocará un levantamiento.

—Gracias, senador Belden. —El gobernador Nereus entornó sus ojos de espesas pestañas—. De acuerdo, princesa Leia. Tendrá sus datos. Serán transmitidos al centro de comunicaciones instalado en su apartamento. ¿Desea solicitar algo más, antes de que su guía les conduzca a sus aposentos?

—¿Va a dejar la tregua en el aire?

Leia reprimió su frustración.

—Usted ya ha dicho lo que quería. Lo discutiremos.

—Muy bien. Primer ministro Captison —Leia bajó a la mesa inferior y extendió una mano, que el caballero enjuto estrechó unos momentos—. Espero que volvamos a hablar.

Leia atravesó el rectángulo central seguida de su grupo, y luego subió los peldaños del otro lado.

—Muévete, Vara de Oro —susurró Han cuando pasaron junto a Cetrespeó—. Y mantén cerrada tu caja vocal.

Se encaminó a las taquillas. Chewbacca le saludó con un rugido y le advirtió de que los milicianos querían quitarles las armas.

—Qué lástima.

Han cogió su desintegrador.

Luke se apartó a un lado, empuñando la espada desactivada, en una postura ambigua, previa al ataque. Han vio que sus ojos se abrían de par en par.

—Todo va bien —dijo Luke—. Ese oficial les tiene bajo control.

—¿Quién es? —Leia giró en redondo. Observó con atención a los imperiales que conversaban—. Es el Alderaan —susurró—. Lo sé por su forma de hablar.

—Ummm. —No era muy tranquilizador. Han guardó el cuchillo en su bota y el láser de bolsillo—. ¿Cuáles son las posibilidades de que guarde una conciencia alderaaniana en su uniforme imperial?

—No muchas —replicó Leia, pero mirando a Luke.

Han se enderezó y miró al oficial de cabello negro. Se parecía a cualquier otro imperial, como un blanco, con la diana definida por cuadrados rojos y azules. Se volvió y caminó hacia ellos. Han bajó la mano hacia su desintegrador.

Luke sujetó la espada al cinto y enfundó el desintegrador. Después fue al encuentro del oficial. Leia siguió a Luke, y Chewie se quedó con los androides.

—Cúbrenos, Chewie —murmuró Han, y también les siguió.

—Alteza —ronroneó el oficial, mientras se inclinaba ante Leia—. Es un honor conocerla por fin. Capitán Conn Doruggan, a su disposición.

A Han no le hubiera importado deshacerse de él, por si acaso, pero Leia había vuelto a adoptar sus modales de senadora.

—Capitán Doruggan —contestó, con un elegante movimiento de cabeza—. Le presento al comandante Skywalker, Caballero Jedi. —Después condescendió a fijarse en él—. Y al general Han Solo.

Luke estrechó la mano del oficial, pero Han no movió su mano derecha. Miró a Chewie. El wookiee le devolvió la mirada, mientras observaba y les cubría. Chewie podía dar algunas lecciones de constancia a Leia.

—Hemos de irnos —dijo la princesa—. Gracias por presentarse.

El capitán imperial extendió la mano en dirección a la de Leia.

Han apretó su palma contra el desintegrador, con el dedo muy cerca del gatillo. Leia aceptó

el apretón y dejó que el hombre estrujara sus dedos. Al instante, Luke miró a Han y movió apenas la mano. Habría hecho algo con la Fuerza. Los celos de Han se enfriaron unos cien grados, pero se mantuvieron a raya. Leia caminó al frente del grupo por el pasillo hasta el aeropuerto del tejado.

Han, seguido de Chewie, alcanzó a Luke y le fulminó con la mirada.

—No me hagas eso —dijo—. No vuelvas a hacerlo nunca más.

Ya había tenido celos de Luke en otras ocasiones. Había sido innecesario. Y ahora también, probablemente.

—Lo siento —murmuró Luke, con la vista clavada enfrente—. Tuve que hacerlo. No podíamos permitir que hicieras aquello.

—Me controlo yo solito, gracias.

Leia se volvió y retrocedió.

—¿Qué ocurre, Luke?

Han, no. Luke.

—Nada. —Luke meneó la cabeza—. Quiero hablar con... un par de esos senadores. El comandante Thanas prometió que hoy se pondría en contacto con nosotros. Vamos a investigar nuestros nuevos datos.

Su guía/conductor les trasladó en la vagoneta hasta un apartamento del segundo piso. En cuanto la puerta de la suite se cerró detrás de Chewie, Han giró en redondo. Leia adivinó lo que iba a decir por la expresión furiosa de su cara. Habría agriado la leche de bantha.

—Hablaste demasiado —agitó un brazo—, en especial sobre las tropas de Endor. Esos imperiales no necesitan saber que nuestras tropas están agotadas. Reunirán a todos los cazas en pásecs a la redonda y liquidarán nuestra flota.

—No, no lo harán. No pueden ponerse en contacto con nadie. Lo han intentado.

Aliviada, Leia apoyó las manos sobre el pecho de Han y miró sus ojos oscuros y brillantes. Sospechaba un discurso sobre aquel alderaano renegado. Por un instante, el planeta muerto había revivido; recuerdos amargos mezclados con dulces. La política imperial nunca había recibido la aprobación de Alderaan. Los individuos que se presentaban voluntarios al servicio imperial eran considerados raros y sospechosos.

—Bueno, tú lo hiciste —murmuró Han—. No les digas tantas cosas.

—Supondrán...

—Guárdatelo —interrumpió Han—. ¿Oísteis al humano de los alienígenas decir que venían «a instancias de vuestro emperador»? Estos bakuranos no hacen caso.

—Lo oí. —Leia se apartó de Han—. Intento imaginar cómo utilizarlo.

—Estupendo.

—Pero tú... —empezó de nuevo Leia.

—Ahórratelo.

Han paseó en círculo por la habitación principal del apartamento, y escudriñó todas las esquinas del suelo y el techo. La habitación principal, chapada en madera natural amarillo pálido, tenía una sola ventana que daba a uno de los jardines. Un saloncito hexagonal ocupaba el centro de la habitación, acolchado en verde con pequeñas almohadas azules que flotaban a unos centímetros de altura. Han dio la vuelta a todas las almohadas, y después empezó a dar golpecitos en las paredes.

—No me importa decirte que preferiría dormir en el *Halcón*.

—Yo no —suspiró Leia.

Cetrespeó estaba de pie junto a la puerta, y cubría con una mano su cepto, como si estuviera avergonzado. A veces, su programación pseudoemotiva divertía a Leia.

—Señor, los androides no necesitan descansar. ¿Puedo sugerir que ustedes los humanos duerman un rato? Erredós montará guardia...

Erredós le interrumpió con un grito burlón, desde debajo de una lámpara colgada.

Han se detuvo frente a una pared larga y curva que exhibía un mural de un bosque. Un viento intangible movía sus ramas. Examinó los detalles.

Leia meneó la cabeza. Era obvio que los imperiales les espiaban. Quizá habían dispuesto sensores de voz, para escucharles desde el extremo opuesto del complejo.

—Resulta evidente que Nereus es el auténtico poder de Bakura —dijo—, pero intenta aplacar a los bakuranos con ese gobierno de pacotilla.

Han se volvió y se apoyó en el mural.

—Ya puedes apostar. Y tiene tantas ganas de permitir la presencia de naves rebeldes armadas en su sistema como de tirarse a un pozo de vibroestacas.

—Pero el pueblo no —insistió Leia.

—No —intervino Luke—. El pueblo sólo desea sobrevivir, al igual que Nereus —añadió con sequedad.

—De modo que, cuando esté a salvo —dijo Han—, se volverá contra nosotros y nos vaporizará..., si no vamos con tiento.

—Iremos. —Luke desvió la vista hacia el centro de comunicaciones—. Tenemos un mensaje —añadió, sorprendido.

Se acercó y tocó un control.

Han miró por encima del hombro de Luke. Leia se apretujó entre ambos. La cabeza y los hombros de un oficial imperial aparecieron en la pantalla tridimensional: rostro enjuto, cabello rizado y escaso.

—Comandante Skywalker, hemos de hablar, tal como acordamos. Reúnase conmigo en mi despacho lo antes posible.

La pantalla se apagó.

—El comandante Thanas —murmuró Luke.

—¿Dónde está su despacho? —preguntó Han.

—En algún lugar del complejo. Voy a averiguarlo.

Leia se alejó del ángulo de visión.

—Ven, Han.

Deseaba perder de vista a los imperiales, siquiera por unos minutos. Este lugar la estaba poniendo nerviosa. Cada vez que se daba la vuelta, casi esperaba ver una capa negra aleteante. ¡Vader estaba muerto! ¡Derrotado! No debía permitir que negros recuerdos la distrajeran de su vital misión.

—Creo que el comandante Thanas ha dejado un mensaje... —dijo Luke a la unidad empotrada en la pared.

Silencio. Después:

—Sí, perfecto. Estaré ahí dentro de una hora.

Se encaminó hacia el saloncito.

—¿Y bien? —preguntó Leia.

Luke enlazó las manos a la espalda.

—Tenemos naves ssi-ruuvi en el patio trasero otra vez. Thanas dice que parece un bloqueo, justo fuera del alcance de la red defensiva. A la distancia orbital de la segunda luna de Bakura, aproximadamente. También estoy invitado a visitar la, hum, guarnición imperial.

—¿Solo? —exclamó Leia.

Luke asintió.

—No lo hagas —dijo Han—. Cítales en algún lugar neutral.

Luke se encogió de hombros.

—Bakura no es neutral. Debe de haber mejores instalaciones allá arriba para discutir de tácticas que en el complejo Bakur.

—En ese caso, llévate a Chewie. Ese Thanas podría detenerte sólo por ser un Jedi, aparte de cargarte al emperador.

—Pero yo no...

—Aún no creen que el emperador haya muerto —interrumpió Leia—, pero llévate a Chewie, de todos modos. Aun desarmado es formidable.

Han acarició la mira de su desintegrador.

—¿Tardarías mucho en pedir ayuda?

—Tengo un comunicador. Un escuadrón de cazas X del *Frenesí* podría acudir en... digamos una hora.

—Eso podría ser demasiado tarde —insistió Leia.

El wookie rugió su acuerdo.

—Creo que yo debería quedarme aquí —sugirió Cetrespeó.

—Han, Leia, Chewie, sé cuidarme. —Luke se dejó caer en una esquina del saloncito, dispersando pequeñas almohadas azules—. Cuanto más actuemos como si confiamos en ellos, más nos seguirán la corriente. Leia ha hecho muchos progresos con el senado.

—No los suficientes. —Leia se humedeció los labios—. Una conversación sincera es nuestra única esperanza de conseguir un tratado duradero, un tratado que podría lograr la deserción de muchos imperiales desilusionados.

—Adelante. —Han agitó un brazo—. Decidme que os sentís bien trabajando con esta gente, pero miradme a los ojos cuando lo hagáis.

—Bueno... —Leia miró a Luke en busca de apoyo. Su hermano enarcó una ceja—. No —admitió por fin.

—Mmm, no —contestó Luke—. No me siento bien. Alerta.

—Exacto —dijo Leia—. La sensación de inquietud no puede interferir en nuestras negociaciones. Debemos empezar por algo. Lo haremos en Bakura.

Luke carraspeó.

—Prefiero llevarme a Erredós.

Erredós gorjeó una pregunta desde el rincón donde permanecía ignorado.

—Para compartir información.

—Oh —dijo Leia. Si Luke había ideado un plan, nadie le haría cambiar de opinión—. Háblame de los senadores. ¿Qué percibiste?

Se sentó al lado de Luke y cruzó las piernas sobre el saloncito. El campo repulsor era como un líquido invisible que les separara de la superficie.

—Eran hostiles —contestó Luke—. ¿Quién eres tú, qué haces aquí, de qué vas? Eso, al principio. Pero ese tal Belden se alegró de vernos. Y también otros. Otros... —Miró a Han, que se había alejado hacia la esquina situada entre las ventanas—. La historia de Leia les abrió los ojos. Produjo el primer cambio real en su actitud.

—Me alegro mucho —comentó Cetrespeó desde su puesto de protocolo, junto a la puerta—. Me gustaría regresar con los nuestros lo antes posible.

Erredós trinoó algo que Leia consideró aprobación.

—¿Lo ves?

Leia miró a Han, con el deseo de que se volviera y diera alguna señal de que había aprobado su discurso. Una pared invisible se había alzado entre ellos en cuanto aquel alderaaniano la reconoció.

—Tiene que ser duro —concedió— trabajar a cara descubierta, después de tantos años de clandestinidad.

Han se volvió por fin, con los pulgares encajados en el cinturón.

—Es como exhibir tu juego demasiado pronto en una partida de sabacc. Ves cambiar las caras que te rodean. No me gusta. No me gusta esta gente. No me gusta Nereus, en especial.

Leia asintió vigorosamente.

—Es un burócrata imperial perfectamente normal. Luke, ¿qué más sentiste? Su reacción ante ti...

Luke frunció el ceño.

—La previsible, puesto que no estaban advertidos. ¿Por qué?

Leia analizó sus sentimientos para encontrar las palabras adecuadas.

Luke fue el primero en encontrarlas.

—Vader te vuelve a obsesionar, ¿verdad?

Ella le apuntó con un dedo, dolida.

—No quiero saber nada de cualquier cosa relacionada con Vader.

—Yo soy producto de Vader, Leia...

La joven cerró los puños a sus costados.

—Entonces, déjame en paz.

Luke cerró la boca sin terminar la frase que ella temía: *Y tú también*. Habría podido pronunciarla, pero herir con palabras no era su estilo. Leia ya se estaba arrepintiendo de su exabrupto. No era propio de ella perder los nervios con tanta facilidad.

—Oye —gritó Han—, arriba esos ánimos, princesa. Él sólo trataba de ayudar.

—¿Qué esperas de mí? —Leia se levantó de un salto y caminó hacia él—. ¿Que me lo tome con calma? ¿Que lo anuncie a Mon Mothma?

—Otra vez no —murmuró Han.

Leia plantó sus puños sobre las caderas. No sabía si amaba a aquel hombre, o si iba a matarle.

—¿Otra vez? —murmuró Luke.

—Escucha —dijo Han—, nadie va a revelar tu secreto. Ni siquiera Luke. ¿Verdad, Luke?

—Estamos de acuerdo. —Luke se encogió de hombros—. Durante un tiempo, al menos, nadie excepto nosotros sabrá que estás relacionada con quien sea.

Extendió una mano.

Leia la aferró. Han, de improviso, se acercó y cerró su mano alrededor de las otras dos.

Se oyó un rugido a su espalda. Una gigantesca pata peluda aterrizó sobre el hombro de Leia, mientras Chewie continuaba aullando y rugiendo.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Leia a Han.

La otra pata de Chewie se posó sobre la cabeza de Han.

—Que somos su Familia de Honor. —Han intentó agacharse. El pelaje del antebrazo cosquilleó su cara—. Es la unidad básica de la sociedad wookie. Es la mejor prueba de lealtad que jamás recibirás, Leia.

Esta vez, nada de sobrenombres, nada de bromas, sólo Leia.

Era la mejor prueba de lealtad que jamás recibiría de Han.

—Muy bien —dijo en voz baja—. Hay trabajo que hacer. Aprovechemos cada momento, hasta que Luke se marche o nos convoquen a otra sesión.

Chewbacca gruñó. Luke dejó caer la mano y se acercó al centro de comunicaciones.

—De acuerdo. —Han se zafó de un copiloto—. También hemos de comprobar las reparaciones. Nuestro grupo ha establecido una base provisional en el espaciopuerto. Plataforma Doce. Es la de Chewie.

—Ah. —Luke ya estaba tecleando—. Ya he encontrado nuestros nuevos datos. Erredós, ocúpate de buscar lo que no obtuviste de la nave teledirigida.

Erredós silbó alegremente.

—mantén los ojos abiertos, muchacho —dijo Han.

—¡Y ten cuidado! —exclamó Cetrespeó.

Una lanzadera de la Alianza recogió a Luke en el aeródromo del tejado. Una vez cargado Erredós en el compartimento posterior, Luke vio la ciudad pasar de largo bajo sus pies, aposentada en círculos concéntricos sobre aquella increíble veta rocosa blanca.

Temía que su propio estado de nervios hubiera irritado a Leia, pero aún no se había atrevido a contar nada a sus amigos. Sólo él conocía los desesperados sufrimientos de los humanos técnica—dos, y por tanto, el peligro que arrastraban todos si Bakura caía. Si eso ocurría, los recursos (y la población) bakuranos ayudarían a los alienígenas a conquistar otro planeta, donde se reaprovisionarían de más androides de combate teledirigidos para conquistar otro y otro, una reacción en cadena que podría extenderse hasta los planetas del Núcleo.

Tal vez tenían la intención de exterminar a toda la humanidad, o fundar planetas prisión para criar poblaciones. No le sorprendería averiguar que contaban con otros tipos de androides que funcionaban con energía humana. Ni él, ni Thanas, ni siquiera Nereus podían estar seguros de que se enfrentaban a toda la flota ssi-ruuvi.

Teniendo en cuenta la enormidad de la crisis, no tendría que haberse dejado distraer por la senadora Gaeriel Captison.

No obstante, las sensaciones que había experimentado cuando su presencia respondió al sondeo aún le producían cosquilleos. Antes de su repentina alteración, por supuesto. Jamás había experimentado un cambio tan radical de la atracción al desagrado. Ahora tenía que hablar con ella. Si se oponía a los Jedi con tal vehemencia, podría arruinar las negociaciones de Leia. Prefería su honrada oposición que ser ignorado. En principio, al menos.

Antes de que Luke se sintiera preparado, la lanzadera aterrizó en el borde de la oscura superficie artificial donde habían instalado a la guarnición. El nervioso piloto de la Alianza ayudó a Luke en la descarga de Erredós, y luego se alejó hacia el norte, en dirección al espaciopuerto. Luke contempló el perímetro de la guarnición. Tras una verja de alto voltaje, los milicianos paseaban por pasillos elevados que comunicaban enormes torres de observación. Un campo de fuerza destellante bloqueaba la entrada situada entre las torres de guardia. Patrulleros androides convergieron sobre él desde tres direcciones distintas.

Esto era el Imperio, no cabía duda. Luke avanzó con audacia hacia la puerta.

—Vamos, Erredós.

Un par de milicianos navales salieron de detrás de una caseta. El campo de fuerza se desactivó.

—¿Comandante Skywalker? —preguntó un miliciano, con la mano sobre su desintegrador.

Vengo en son de paz. Luke juntó las palmas frente a su pecho.

—Vengo a hablar con el comandante Thanas.

—¿Y el androide?

—Almacén de información.

El miliciano lanzó una breve carcajada.

—Espionaje.

—Creo que proporcionaré más información al comandante Thanas de la que obtendré a cambio.

—Espere aquí.

El miliciano desapareció en el interior de la caseta.

Luke miró a través de la valla. Un explorador caminante AT—ST pasó no muy lejos, como una enorme cabeza metálica gris con patas. La guarnición principal se alzaba al otro lado de una amplia zona despejada. Debía de ser «corriente», pero desde cerca parecía inmensa. Luke calculó que tendría ocho pisos de altura. Tórrelas de turboláseres brillaban en cada nivel superior, como guardianes de un gigantesco castillo. Desde aquel ángulo, divisó dos grandes rampas de lanzamiento que apuntaban al cielo. El número de cazas TIE almacenados en su interior era un misterio. No habría osado acercarse a este lugar con un escuadrón de cazas X. Solo, era más seguro. Eso esperaba, al menos.

El miliciano regresó con un cepo Propietario y un disco repulsor con aletas laterales gemelas.

—El androide entrará con el disco cerrado —dijo—. Puede llevar su Propietario personal,

pero cualquier reactivación no autorizada será considerada un acto de hostilidad.

Erredós lanzó un pitido nervioso.

—No pasa nada —dijo Luke—. Tranquilo.

Dejó que el miliciano desactivara el principal convertidor de energía de Erredós. Una vez sujeto el silencioso androide al disco repulsor, Luke comprobó los cierres para asegurarse de que su amigo metálico no se caería. Tocó su Propietario, que colgaba junto a la espada de luz. También le recordó su sueño de Endor.

En cualquier caso, nunca le habían gustado los cepos. Era probable que el personal del gobernador Nereus también tuviera Propietarios, que les permitieran controlar a Erredós y Cetrespe pese a la programación prioritaria de los androides.

—Sígame —dijo el miliciano.

Le condujo a un esquiife abierto. Luke ocupó un asiento del medio y enganchó el cable de remolque del disco repulsor a un costado. Volaron sobre la base. La superficie, que le había parecido muy oscura cuando llegó, parecía ahora permacreta llana de color gris oscuro. *Pero cuenta con que la burocracia imperial cubrirá cualquier cosa natural.*

La lanzadera atravesó unas enormes puertas situadas entre un par de monstruosas torres de vigilancia, y entró en una rada para vehículos impregnada de los olores militares habituales a combustibles y maquinaria.

Los milicianos aparcaron el esquiife en una cubierta para bicicletas de alta velocidad, invadida por técnicos de mantenimiento. Luke experimentó una gran curiosidad. *Lo siento, no soy un prisionero. Todavía no.* Mientras soltaba a Erredós, la curiosidad se convirtió en hostilidad. Levantó un dedo y lanzó una línea de Fuerza. Algo cayó desde un lado de la cubierta.

Los técnicos se precipitaron hacia el ruido. Luke, olvidado, pasó entre ellos, detrás del miliciano que manejaba el disco repulsor de Erredós. Se internaron por un estrecho pasillo de paredes desnudas que ascendía hasta un techo más estrecho, y entraron en un turboascensor. El estómago de Luke protestó cuando el ascensor subió.

Salieron a otro nivel, al final de un pasillo largo y recto. Casi todo era gris (las paredes, el techo, el suelo, los muebles, las caras), de modo que los contrastes se notaban al instante. Un oficial uniformado de negro corría de una puerta a otra. Había milicianos apostados ante cada puerta, con armaduras blancas. Luke pasó de largo, con la vista clavada en el frente, pero sus sentidos Jedi atentos a todo cuanto le rodeaba y la mano cerca de la espada.

En una zona de recepción circular, Luke divisó a un hombre que se acercaba desde el otro extremo de un pasillo. Su postura erecta y andar sereno le delataron. El rostro enjuto y el ralo cabello rizado confirmaron la suposición de Luke, que se adelantó a saludarle.

—Comandante Thanas.

—Comandante Skywalker. —Thanas le miró desde lo alto de su nariz aguileña—. Sígame, por favor.

Giró sobre sus talones y volvió sobre sus pasos. Alto y flaco, proyectaba una seguridad en sí mismo absoluta que puso sobre aviso a Luke de los ojos imperiales que les rodeaban, por si

necesitaba algún aviso. Luke contó las armas visibles en el pasillo, mientras guiaba el disco repulsor.

Al final del pasillo, Thanas entró en un despacho, seguido por Luke. Los muebles eran sencillos, salvo por el curioso suelo, que recordaba espeso musgo. Parecía un lugar consagrado a asuntos serios, pero no al placer. Incluso las paredes grises estaban desprovistas de adornos o recuerdos, como si Thanas careciera de pasado. Luke sólo distinguió un teclado empotrado en el sencillo escritorio rectangular.

—Siéntese. —Thanas indicó una silla repulsora. Luke tomó asiento, dejando desconectado a Erredós. Thanas señaló una servounidad—. ¿Le apetece algo de beber? El licor local es asombrosamente bueno.

Luke vaciló. Aunque no estuviera drogado, sería lo bastante fuerte para enturbiar su cabeza. En cualquier caso, no le apetecía.

—No, gracias.

Thanas se sentó sin servirse una copa. Enlazó las manos sobre la mesa.

—Le confesaré, Skywalker, que no esperaba que viniera. Pensaba que me propondría otro lugar de encuentro.

Luke se encogió de hombros.

—Éste me pareció práctico.

Escudriñó el estado de ánimo de Thanas. Vigilante, con una pizca de admiración, suspicaz, pero carente de doblez; confiado de momento, con un fondo bondadoso tangible.

—Es cierto. —Thanas tocó un panel de su escritorio. Antenas proyectoras retráctiles asomaron sobre la superficie. Sobre ellas apareció un globo verdeazulado grande—. ¿Echamos un vistazo a la batalla que ustedes interrumpieron con tanta audacia?

—Me parece excelente. ¿Puedo?

Luke indicó el cepo Propietario de Erredós.

—Se lo ruego.

Luke activó al androide. La cúpula de Erredós giró una vez y luego se detuvo, con el fotorreceptor azul encarado al holograma de Thanas.

La batalla había empezado con un ataque relámpago de toda la línea ssi-ruuvi. Como Luke había intuido, se trataba del empujón final a un adversario debilitado, paso previo a la invasión del planeta. Sus fuerzas habían llegado justo a tiempo.

—¿Puedo verlo de nuevo? —preguntó Luke, cuando los puntos azules imperiales se reagruparon para contraatacar.

Thanas se encogió de hombros y rebobinó unos segundos la grabación.

—¿Es una maniobra normal? —preguntó Luke.

Thanas juntó los dedos.

—Discúlpeme si declino contestar.

Luke asintió y archivó mentalmente la maniobra en el apartado Máxima Seguridad.

—Dígame —habló Thanas—, ¿los analizadores de mis fuerzas se han equivocado, o sus pilotos llegaron a la batalla con un carguero espacial?

Luke sonrió. No iba a revelarle lo que ignoraba acerca del *Halcón*.

—Debo recordarle que gran parte del apoyo que recibe la Alianza procede de los límites de la legalidad.

—¿Contrabandistas?

Luke se encogió de hombros.

—Probablemente modificados más allá de las normas legales.

—El equipo imperial robado se cotiza mucho.

—Sólo después de preguntarle, comprendí las implicaciones de que su nave insignia poseyera equipo holográfico.

Basta de aquel tema.

—¿Es consciente de lo que está en juego? —Luke refirió sus conclusiones sobre las intenciones de los ssi-ruuk—. ¿Por qué se puso en contacto con ellos el emperador?

Thanas se rascó el cuello, aparentando indiferencia, pero las arrugas producidas por la tensión que rodeaban sus ojos se oscurecieron.

—Aunque lo supiera, no podría decírselo.

—Pero no lo sabe.

Thanas se limitó a sostener su mirada. Si la tregua se prolongaba, sería delicada.

—Hemos de hablar sobre la actual situación táctica —sugirió Luke—. Según mis datos, entre ambos bandos contamos con dos cruceros, siete cañoneras de mediano tamaño y unos cuarenta cazas monoplasas, de los cuales, dos tercios están desplegados en la red defensiva, y un tercio sometido a reparaciones. ¿Estoy en lo cierto?

Thanas dedicó a Luke un fruncimiento de labios irónico.

—Excelentes datos. Ustedes también tienen un carguero bastante irregular.

—En efecto. —Luke se removió en la silla—. ¿Han tenido oportunidad de contar las fuerzas de los ssi-ruuk?

Thanas asintió.

—Dentro del sistema, tres cruceros. Dos naves de tamaño mediano que se mantienen rezagadas, de momento, cerca de la órbita del planeta Cuatro; suponemos que se trata de naves de asalto planetarias. Unos quince cazas grandes o pequeñas naves de escolta, justo fuera de la red defensiva. Pero nadie sabe cuántos cazas pequeños tienen, o qué crucero los transporta. Quizá todos van llenos.

En síntesis, la situación era mala.

—¿De dónde sacan la información? —preguntó Luke, intrigado por lo que Thanas podía contarle sobre la inteligencia interna del sistema.

Thanas enarcó una ceja.

—Las fuentes habituales. ¿De dónde la sacan ustedes?

—Manteniendo los ojos abiertos.

El diálogo siguió punteado por más callejones sin salida frustrantes, pero cuando Luke se levantó, dos horas más tarde, se había hecho una idea mejor de la situación táctica, conocía datos precisos sobre las trayectorias orbitales de la red defensiva, y otros detalles diversos

almacenados en su mente y en los bancos de memoria de Erredós.

—Comandante Skywalker —dijo Thanas con suavidad—, me pregunto si sería tan amable de hacerme una demostración con esa espada de luz. He oído hablar de ellas.

—Creo que no —respondió con educación Luke—. No quiero alarmar a sus milicianos.

—No se alarmarán. —Thanas tocó otra tecla del escritorio. La puerta se abrió. Dos milicianos provistos de armaduras blancas entraron—. Me gustaría que su androide astromec se quedara aquí. Vosotros dos, lleváoslo.

—Prefiero que Erredós se quede conmigo.

Luke no pensaba que la amenaza de Thanas fuera en serio, pero desenganchó, alzó y activó la espada con un solo movimiento. Pese a su predisposición a hablar, Thanas pensaba como un imperial. Quería una demostración. La tendría.

Los milicianos hicieron fuego milisegundos después. Luke rechazó los rayos. Diminutas llamas se apagaron en los paneles grises de Thanas.

—Alto el fuego. —Thanas levantó una mano—. Marchaos.

Los milicianos salieron.

—No lo entiendo. —Luke estaba alerta y conservaba la espada encendida—. Podía haber perdido a dos de sus hombres.

Thanas contempló la zumbante espada verde.

—Estaba seguro de que no les mataría. Tendría que haberle encarcelado, en ese caso. Me pregunto si habría intentado huir a través de toda la guarnición.

Luke proyectó su foco de control.

—En caso necesario, lo habría hecho.

Percibió un rastro de diversión en el hombre. Tal vez Thanas era hostil más por costumbre profesional que por auténtica fe en el Imperio, pero Luke no confiaba todavía en él. Apagó la espada.

—Necesito examinar los daños que han sufrido las naves de mis fuerzas, comandante.

Thanas asintió.

—Puede irse. Y llévese a su androide.

Luke encajó los pulgares en su cinto.

—Mi lanzadera volvió al complejo Bakur. Le agradecería que me trasladaran a la Plataforma Doce del espaciopuerto.

Thanas vaciló un segundo, y luego sonrió.

—De acuerdo.

Si Thanas pretendía impedir que Luke y su grupo abandonaran Bakura, gozaba de numerosas posibilidades.

Un noncom condujo a Luke en un aparato repulsor. Todas sus preocupaciones habían regresado. El día estaba resultando muy largo, en efecto. Hizo una lista mental de deberes: llamar a Leia e informarla de que había salido de la guarnición sano y salvo, comprobar que el *Halcón* continuara ileso, comprobar que los cazas habían pasado la revisión y los pilotos estaban descansando...

De pronto, Luke se dio cuenta de que no había pensado en aquella fascinante senadora bakurana desde hacía más de una hora. Intentó apartar de nuevo su imagen, y borrar de su recuerdo la forma en que el aura de su Fuerza había activado la suya. Olvidar no era tan fácil, rodeado de imperiales. No eran el momento ni el lugar apropiados para dejar que deseos personales le distrajeran.

Sin embargo, tampoco la primera Estrella de la Muerte había sido el lugar apropiado para el romance, ni tampoco el momento, y su amor desesperado por Leia había desencadenado una cadena imparable de acontecimientos. Si al menos fuera preciso rescatar a Gaeriel Captison...

Poco después de que la lanzadera de Skywalker abandonara la guarnición, Pter Thanas dejó de dar golpecitos sobre su escritorio con una navaja adornada con perlas de Alzoc. Había seguido el rastro del carguero ilegal hasta la Plataforma 12 del espaciopuerto civil. Información importante, pero no vital, todavía.

Desplegó una hoja de la navaja y la balanceó sobre su dedo índice. Jamás habría admitido ante el joven Skywalker lo mucho que ansiaba ver en acción una espada de luz. Cuando Vader y el emperador habían exterminado a los Jedi, había perdido toda esperanza. Era fascinante la manera en que desviaban los rayos láser. Su eficacia en un combate sería limitada, pero su apariencia era muy atractiva.

Al igual que su joven usuario. Ahora, comprendía por qué era tan alta la recompensa por su captura.

Thanas imaginó qué podría hacer con tanto créditos. Había sido transferido a aquella ratonera después de negarse a arrasar una aldea de recalcitrantes mineros esclavos talz en Alzoc III.

No intentaba jugar a ser un héroe... Se había limitado a aumentar la ración alimenticia de sus mineros. La mayoría de los seres sensatos trabajaban más duro cuanto mejor alimentados, y los almacenes estaban llenos. Sin que él lo supiera, los peludos talz de cuatro ojos le consideraban su benefactor. Un día, en una de las minas, se había acercado demasiado al borde de un pozo. Tres talz se lanzaron a salvarle. Les debía la vida.

Seis meses después, un coronel con más codicia que sentido común volvió a reducir la ración alimenticia. El cabecilla talz formuló una cautelosa protesta verbal. El coronel ordenó que su aldea fuera arrasada para dar ejemplo. Thanas hizo caso omiso de la orden. El coronel envió milicianos, y después ordenó a Thanas que subiera a su nave, «pendiente de nuevo destino».

Thanas sonrió con amargura. Le habían dicho que podía considerarse afortunado. Si hubiera actuado de aquella manera delante de lord Vader, habría muerto por asfixia. En cambio, estaba sentado en Bakura, aislado, con una paga miserable y pocas esperanzas de ser trasladado a los planetas del Núcleo.

Pensó de nuevo en aquella recompensa... y en la jubilación anticipada. Acarició el mango de perlas iridiscentes. Podría casarse otra vez y vivir plácidamente en algún planeta no alineado. La recompensa por Skywalker le tentaba, pero si alguien reclamaba en Bakura

aquellos créditos, sería el gobernador Wilek Nereus.

Thanas frunció el ceño, dobló la navaja y la dejó caer en su bolsillo. No tendría jubilación anticipada. Había sido incapaz de repeler a los alienígenas invasores sin refuerzos... de la Alianza Rebelde. Jamás abandonaría Bakura.

Leia borró el mensaje de Luke de la pantalla y pasó a los datos siguientes. Le habría sido útil una memoria fotográfica. Tardaría semanas en absorber tantos datos. Ya había averiguado por mediación de Erredós que Bakura poseía tecnología de nivel informático, fabricación y exportación de bobinas repulsoras (gracias a ingentes depósitos minerales en las montañas situadas al norte de Salis D'aar) y árboles namana, una variedad tropical que proporcionaba sorprendentes márgenes de beneficios. Una nueva información consistía en que los descendientes del primer capitán de la nave perteneciente a la Corporación Bakurana siempre habían sido jefes de gobierno. Y también, que el senado, y no el populacho, elegía a los senadores que sustituían a los que fallecían o dimitían.

Ahora, reflexionó, era el órgano que aprobaba la política del gobernador imperial Wilek Nereus. Le habría gustado entrevistar en privado a algunos ciudadanos y averiguar el grado de los sentimientos anti—Imperio que los rebeldes podían aprovechar.

Bostezó, extendió los brazos y abatió su silla repulsora. Los pies de Han se veían por la puerta de su dormitorio. La suite tenía cuatro habitaciones privadas, dos con ventanas y dos con murales de tiempo real. Si Han había caído dormido en el suelo, harto de estudiar los datos de Erredós, le daba igual.

Contemplar tan sólo aquella ínfima parte de su cuerpo aumentó su tensión sanguínea. Menuda jeta, insinuar que quería coquetear con un imperial ex alderaaniano. Un renegado, un colaboracionista.

No oía a Chewbacca. Cetrespeó debía seguir donde le había dejado, enchufado en el centro de comunicaciones principal, cerca de la puerta, y Luke...

En cuanto Luke se hubo marchado, recobró un poco la calma. No debía enfurecerse por el hecho de que Vader fuera su padre. Ni siquiera Han había formulado algún comentario irónico cuando ella se tragó la humillación en Endor y le habló de Vader. No había dicho nada, sólo la había abrazado. Pese a todos los problemas que Vader le había causado (enviar a la peor escoria de la galaxia en su persecución, utilizarle como conejillo de Indias para probar una unidad de congelación de carbono, dejar como un colador su amada nave con cañones láser de los cazas TIE), Han no iba a guardar rencor a Leia o Luke. Mientras se mantuviera alejada de cosas y personas que la recordaran a Vader o a la Fuerza, se sentiría bien.

Escasas posibilidades, en este viaje. *Contrólate*, se ordenó.

—¿Ama Leia? —llamó Cetrespeó.

La princesa caminó hacia la puerta del dormitorio.

—¿Qué pasa?

—Un mensaje para usted del primer ministro Captison.

—Pásalo a la terminal de mi dormitorio.

Corrió hacia el equipo tridimensional. La puerta se cerró sobre un canal sin fricción. Jamás había visto tantos minirrepulsores.

Leia se sentó. Habría reconocido la imagen sin necesidad de que Cetrespeó la anunciara. Recobró la compostura y le saludó con respeto.

—Espero que el senado haya votado a favor nuestro, primer ministro.

El hombre sonrió con la triste y autoritaria dignidad que tanto le recordaba a Bail Organa.

—Aún no hemos llegado a ninguna conclusión —contestó—. Espero que usted y su grupo se encuentren cómodos.

—Ha sido un placer hablar tanto rato con ustedes, pero creo que nos costará más convencer a los militares imperiales de que hemos venido a trabajar, y luego volveremos a casa.

—Alteza. —El tono del primer ministro indicaba un suave reproche—. No han venido por ese motivo, ¿verdad? —Captison levantó una mano—. Da igual. Nuestro pueblo necesita una distracción. Desde hace una semana, lo único que ocupa sus mentes son los ssi-ruuk.

—Lo comprendo —murmuró Leia—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor primer ministro?

—Usted, y su grupo, podrían reunirse conmigo en mi casa esta noche. La cena será servida a las diecinueve cero cero.

Leia ardía en deseos de acostarse y dormir, pero...

—Será un placer —contestó. También podía ser una maravillosa distracción, una auténtica ruptura—. Acepto, en nombre del general Solo y el comandante Skywalker.

¿Y Chewie?, pensó de repente. No encajaría, teniendo en cuenta lo que esta gente sentía hacia los alienígenas. Bien, esperaba que lograría explicárselo. Quizá podría dormir.

—Muchas gracias.

—Les enviaré una escolta poco después de las dieciocho treinta. Oh —añadió—, también he invitado al gobernador Nereus. Es una oportunidad de establecer contacto fuera de los márgenes oficiales.

Eso la mantendría despierta. Garantizado.

—Un gran detalle, señor primer ministro. Gracias.

Leia cortó la comunicación. Era la oportunidad perfecta. Había llegado el momento de interrogar a los imperiales sobre lo que opinaban acerca de las intenciones del emperador Palpatine, cuando había llamado a los ssi-ruuk.

Esperaba que Luke volviera del espaciopuerto a tiempo de acicalarse.

Esperaba que Luke volviera, punto.

Cuando Dev terminó de raspar repugnantes coágulos de comida mezclada, había transcurrido una hora. Debía presentarse ante el Anciano Sh'tk'ith (Escama Azul) antes de su baño de mediociclo. No era que deseara una renovación, pero si Escama Azul pensaba que Dev le rehúya, investigaría a fondo. Escama Azul era increíblemente sensible a los cambios en el olor de Dev. Además, el anciano tenía talento para el control hipnótico, aunque era tan ciego a la Fuerza como los demás. Dev debería ser capaz de oponerle resistencia, porque la hipnosis no era nada comparada con el poder de la Fuerza.

Pero no podía controlarla bien, y no tenía a nadie que le enseñara.

Dev había sentido la presencia de alguien de su propia especie. ¿Y si era un auténtico Jedi? Los ssi-ruuk estarían muy interesados, pero Dev no quería que Escama Azul lo supiera todavía.

Por otra parte, quizá no sería tan malo. Buscarían al otro, y Dev tendría un amigo humano...

No, el Extraño poseía una Fuerza superior, un concepto que su madre le había inculcado mucho antes del fatídico día de la invasión. Dev evadiría la atención de su amo. No obstante, al final le tecnificarían. Avanzó por el amplio pasillo a paso ligero. Se cruzó con muchos ssi-ruuk que caminaban en ambas direcciones, con sus enormes cabezas colgando.

Por otra parte (caminó más despacio), quizá intentarían tecnificar al Extraño. Los humanos chillaban en la silla de tecnificación. Alguien tan poderoso en la Fuerza tal vez mataría a Dev en su agonía.

No, no. Sólo el cuerpo experimentaba dolor.

Pero ¿y si era un Jedi bien adiestrado?

Dev se zambulló en un turboascensor y corrió hacia el puesto de trabajo de Escama Azul, en la cubierta de los androides de combate. No estaba allí. Varios trabajadores p'w'eck, pequeños y morenos, estaban inclinados sobre pirámides erizadas de antenas, recuperadas por los haces de arrastre. El grupo estaba compuesto por jóvenes, de cola corta y ágiles movimientos. En cuanto terminaran de reparar aquellos androides, éstos estarían preparados para el próximo contingente de prisioneros que serían tecnificados.

Dev les observó unos instantes. Todos los p'w'ecks trabajaban sin expresar la menor satisfacción. Aquella raza de criados cortos de entendederas sólo se parecían superficialmente a sus brillantes y musculosos amos. Los ojos embotados y la piel flácida demostraban que incluso los p'w'ecks jóvenes no se molestaban en comer bien. En comparación, los androides de combate relucían.

Subió al puente y envió a uno de los androides de seguridad cilíndricos último modelo en

busca de Escama Azul. Esperó fuera. Una red conductora rodeaba el puente, lo bastante fuerte para estabilizar la gravedad y repeler oleadas de energía durante la batalla. Podía recargarse, como un reactor, y un impacto directo lanzado por una nave grande sobrecargaría la red y convertiría el puente en una trampa mortal. El almirante Ivpikkis se encargaba de que ninguna nave hostil se acercara al *Shriwirr*.

El androide no encontró a Escama Azul. Dev, cada vez más ansioso, fue a buscarle en la sala de tecnificación del maestro Firwirrung.

Escama Azul se encontraba en el pasillo, dando órdenes a un grupo de p'w'ecks. Dev se mantuvo a una distancia respetuosa. En cuanto los p'w'ecks se dispersaron, se acercó.

—Me ordenaste presentarme ante ti, Anciano.

Escama Azul abrió una escotilla.

—Entra.

Una vez en el interior, Dev paseó la vista a su alrededor. No era el centro de trabajo habitual de Escama Azul. En un rincón, barandillas altas hasta la rodilla y la cintura rodeaban una zona hundida de un metro cuadrado. Un portal estaba abierto. Cuando Escama Azul la cerró, quedó convertida en un recinto. Casi parecía una jaula construida para albergar a un p'w'eck. A veces, les aislaban como medida de disciplina. Nunca lo había visto. Le invadió el pánico.

—¿Ahí?

—Sí.

Escama Azul se deslizó hasta una mesa pequeña. Incapaz de hacer otra cosa, Dev entró en el recinto.

Por lo general, las renovaciones a que le sometía Escama Azul empezaban con una invitación a tenderse sobre la cubierta. Al menos, no parecía que fuera a ser disciplinado..., de momento.

—¿Qué deseas? —silbó inquieto Dev—. ¿Qué puedo hacer para complacerte?

—Hablar conmigo. —Escama Azul depositó su masa reluciente junto a Dev—. ¿Cómo va tu proyecto?

Dev, complacido por la atención que le prestaba el anciano, descargó su peso sobre la barandilla superior.

—Va muy bien. Mi último esfuerzo es la traducción del anuncio que transmitimos a Bakura, hace unas semanas...

—Basta.

Escama Azul acercó su enorme cabeza a Dev y le escrutó con un ojo.

Dev le dedicó una sonrisa afectuosa.

—Eres humano —dijo Escama Azul—. Piensa por un momento en lo que eso significa.

Dev se subió una manga y contempló su brazo suave y cubierto de vello.

—Significa... inferior.

—¿Estás seguro?

Dev, confuso, cerró los ojos. Desde las profundidades de su ser, liberó algo controlado, reprimido, apestoso, detestable y...

El inmenso lagarto se acercó más. Dev aulló y golpeó su extremidad delantera.

r—Más fuerte —dijo el alienígena—. Puedes hacerlo mejor, canijo.

Dev apretó los dientes y hundió los puños en la extremidad.

—Vosotros matasteis mi planeta. A mis padres, a mi pueblo. Todos desaparecidos, absorbidos, asesinados, mutilados...

Enmudeció, sollozante.

—¿Ningún motivo nuevo de irritación?

Dev levantó los puños a la altura de su pecho. ¿Qué estaba haciendo aquel lagarto, extrayéndole información? Esta vez, no la obtendría.

El Anciano se acercó aún más. Un hedor a lagarto inundó las fosas nasales de Dev.

—Sé que te gustaría vaciarme este ojo.

Dev contempló el ojo. Dio la impresión de que aumentaba de tamaño y le rodeaba de negrura. Le absorbió. Se precipitó en sus profundidades, aferró los bordes resbaladizos de la libertad.

Se tambaleó.

Horrorizado, cayó aovillado sobre las frías losas grises de la cubierta. Había ofendido a Escama Azul. Su suerte estaba echada.

—Dev —dijo en voz baja Escama Azul—, no deberías decir esas cosas.

—Lo sé —dijo, afligido.

Escama Azul emitió un suave ronroneo gutural.

—Nos debes todo.

¿Cómo había podido pensar lo contrario?

—Dev —silbó Escama Azul.

El joven levantó la vista.

—Te perdonamos.

Exhaló un profundo suspiro y se puso de rodillas, sin soltar la barandilla inferior del recinto.

—Toma, Dev.

Escama Azul sostenía un hipovaporizador. Dev, agradecido, hundió su hombro en otro agujón. Su vergüenza se disipó como por arte de magia.

—Te irrité a propósito, Dev. Para demostrarte lo cerca que está de la superficie tu mal carácter. Jamás debes demostrar irritación.

—No lo haré más. Gracias. Lo siento.

—¿Qué te ha perturbado tanto esta tarde, Dev?

Recordaba vagamente que había confiado en no revelarlo, pero no recordaba por qué. Los ssi-ruuk le protegían y atendían a todas sus necesidades. Le proporcionaban placer, incluso cuando no lo merecía.

—Fue extraordinario —empezó—. La sensación de otro usuario de la Fuerza, muy cercana.

—¿Usuario de la Fuerza? —repitió Escama Azul.

—Alguien como yo. No es que me sienta solitario, pero los iguales se buscan. Ojalá pudiera localizarle, pero sospecho que es un enemigo de la flota, porque llegó con los nuevos. Me

entristeció.

—¿Un enemigo? ¿Es macho?

Dev alzó la *cabeza*, con un esfuerzo y sonrió a Escama Azul. Hubiera lo que hubiese en el hipo vaporizador, le estaba dando tanto sueño que apenas podía moverse.

—Quizá soñaré con él —murmuró, y se soltó de la barandilla.

Gaeriel descansaba en el aire, sobre una cama repulsora circular. Una colcha de piel trenzada la envolvía de los hombros a las rodillas. La cama flotaba sobre una alfombra algo desteñida. La casa de Yeorg y Tiree Captison era una de las mejores de Bakura, según le habían contado, pero a medida que aumentaban los impuestos imperiales, hasta el primer ministro se veía obligado a aplazar reparaciones y sustituciones. El nuevo sueldo de Gaeri ayudaba a pagar el mantenimiento. No le importaba «lo más elegante», pero sí le importaban tío Yeorg y tía Tiree.

Hacía meses que no necesitaba descansar después de la sobremesa, y la siesta había sido inútil. Había despertado sobresaltada, y la cama repulsora había contribuido a acentuar su terror. El Jedi Luke Skywalker había aparecido en un sueño inquietante, flotando sobre su cabeza en un campo repulsor generado por sus poderes Jedi. Antes de que pudiera despertarse, la piel y el cabello de Skywalker se habían ennegrecido, para transformarse en el enviado de los ssi-ruuvi, Dev Sibwarra. Este descendió hacia el campo repulsor, atravesó la colcha, succionó vida de su ser...

Frustrada, se desembarazó de la colcha y pulsó un control mural. La Orquesta Sinfónica Imperial interpretó una melodía relajante alrededor y dentro de sus oídos. Había regresado de Centro fascinada por la última tecnología sonora imperial, un sistema de música hidrodinámico. Como regalo de graduación, tío Yeorg había encargado un sistema empotrado en las paredes de su habitación. Cada superficie, incluida la larga ventana, funcionaba como un enorme altavoz. Un fluido que circulaba lentamente entre los paneles transportaba y amplificaba el sonido. Los obreros habían transformado su habitación larga y rectangular en un óvalo, con el fin de obtener una acústica mejor.

Sin embargo, Wilek Nereus poseía los únicos catálogos en disco duro adecuados al sistema. Grabaciones de datos, literarias y musicales tenían que pasar por su despacho. Hasta el momento, todos los tratos con ella podían justificarse como «patrocinio», pero Wilek Nereus no hacía nada gratis.

Las armonías adoptaron un ritmo más lento y metales apagados iniciaron una melodía. Quizá Bakura tendría posibilidades mejores de repeler la invasión con los refuerzos rebeldes. De pronto, recordó la forma en que se había sentido atraída hacia el Jedi Skywalker antes de saber quién era. De haber sido diez años más joven, reflexionó mientras se daba la vuelta en el campo repulsor, habría deseado que fuera otra cosa, y que se quedara una temporada..., o poder retroceder en el tiempo y olvidar lo que sabía.

Pero la Rueda Cósmica sólo rodaba hacia adelante, creaba tensión y la equilibraba, creaba y equilibraba.

Sonó un timbre. Gaeriel se incorporó cuando la puerta se deslizó un lado. Tía Tiree entró, muy elegante con su túnica azul de ejecutivo y un collar de torc dorado.

—¿Te encuentras mejor, Gaeriel? ¿Se te ha pasado el dolor de cabeza?

Se sintió obligada a decir la verdad.

—Sí, gracias.

—Estupendo. Tenemos invitados a cenar. Es muy importante. Ponte guapa.

—¿Quién viene?

Gaeriel cerró el sistema sonoro. Aquél no era el estilo de tía Tiree. Por lo general, utilizaba el interfono o enviaba un criado.

Tiree estaba tan inmóvil como un maniquí. Al igual que tío Yeorg, había servido a Bakura durante treinta años normales. Su aplomo se había convertido en una marca de fábrica.

—La Alianza Rebelde y el gobernador Nereus necesitan hablar en terreno neutral. Nuestro deber es proporcionarles la oportunidad.

—Oh.

Maldición. ¿Los rebeldes y Nereus? Por segunda vez en diez minutos, Gaeriel deseó tener diez años menos. Habría sido capaz de suplicarlo.

—Contamos contigo para que nos ayudes a—evitar las discusiones, querida.

Había venido a darle la noticia en persona para que Gaeri comprendiera su importancia. Bakura necesitaba la ayuda rebelde para rechazar a los ssi-ruuk, pero desairar al gobernador Nereus podría provocar nuevas purgas.

—Comprendo. —Pasó las piernas por encima de la cama. ¿Cuánto tiempo había pasado desde su último paseo descalza por el Parque de las Estatuas?—. Bajaré. Vestida.

Ante su sorpresa, tía Tiree se sentó a su lado, sobre la cama repulsora.

—La atención que te presta Nereus nos tiene preocupados, querida —dijo, en tono sereno y confidencial—. Aún no ha hecho gran cosa, que nosotros sepamos, pero éste es el momento de pararle los pies.

—Estoy de acuerdo —contestó Gaeri, aliviada al oír las palabras de su tía.

—Te sentaré con la princesa Leia Organa, a menos que algo estropee mis planes.

En otras palabras, a menos que tío Yeorg tuviera otra idea.

—Tal vez podrías invitar al senador Belden.

Una cara amiga más, y una voz más serena, facilitarían el trabajo.

Gaeri bostezó y se tendió en la cama, pero sólo un momento. Bakura la necesitaba. Era una hija de la sociedad, vinculada al Imperio, a Bakura y a la familia Captison por sus obligaciones.

Pero no en aquel orden, y no quería vivir de ninguna otra manera. Ya era hora de volver al trabajo.

—Ya están aquí, Luke.

—¡Voy!

Luke hundió la cabeza bajo el chorro de agua y se frotó con vigor. Mientras ayudaba a ajustar las abrazaderas de un motor, había rozado el borde de una ducha lubricante. ¿Es que

el día no iba a terminar nunca?

Se dijo que debía dejar de protestar como Cetrespeó, pero había soñado con una ducha larga y relajante en una bañera pasada de moda. Después de crecer en el desierto de Tatooine, jamás se cansaría de la lluvia, o de una bañera llena de agua. Por desgracia, Leia había salido a recibirle en la puerta para comunicarle la invitación a cenar.

—Les daré largas.

Leia cerró el comunicador.

Luke se vistió de blanco a toda prisa, y después se reunió con Han y Leia en la habitación central. Leia, resplandeciente en un vestido largo rojo que dejaba un hombro al descubierto, y Han ataviado con un elegante uniforme negro satinado, con rebordes plateados de estilo militar. Luke se preguntó dónde, y en qué aventura anterior a la Alianza, había encontrado aquella indumentaria.

Después, Leia exhibió su mano derecha, oculta hasta entonces a su espalda. Una pulsera maciza, hecha a base de largos zarcillos rizados, colgaba de su muñeca. Captaba la luz y la enviaba en todas direcciones.

La joven movió la cabeza de un lado a otro.

—El jefe Ewok me la regaló. Intenté negarme. Tienen tan pocos metales... Era un tesoro de la tribu, sin duda, y de otro planeta. Pero insistieron.

Luke comprendió. A veces, se hacía preciso aceptar un regalo excesivo, so pena de ofender al que lo ofrecía.

Chewie, imaculadamente cepillado de pies a cabeza, salió de la puerta situada al lado de Luke. Una mujer de edad incalculable que esperaba junto a la puerta principal retrocedió a toda prisa.

—Oh —exclamó—. Es un placer contar también con su... amigo.

Luke miró a Leia y a Han. Supuso que habrían discutido sobre la conveniencia de incluir a Chewbacca en la invitación. Han había ganado la batalla, evidentemente, pero estaba perdiendo la guerra, porque Leia, cuyo cabello se aplastaba contra el cráneo por delante, pero caía suelto por detrás hasta la mitad de la espalda, como un animal liberado, miraba a todas partes, excepto a Han. Éste no llevaba el desintegrador a la vista. «Lo ha ocultado —supuso Luke—. Atuendo formal.»

—Vámonos. —Leia echó hacia atrás la cabeza—. Es tarde. Graba los mensajes que lleguen, Cetrespeó.

Su escolta les condujo hasta la planta baja, en lugar de al aeródromo del tejado. Un vehículo blanco repulsor cerrado les esperaba, ya en marcha, en un garaje de la autopista radial este. Subieron. El chofer estabilizó el peso del vehículo y partieron.

Luke miró a todas partes mientras el vehículo corría cerca del suelo. Un par de luces blanco azuladas brillantes flotaban en el aire sobre la esquina de la calle, que parecía ser del mismo tono blanco azulado. *Pero la piedra blanca reflejaría cualquier color.* En un punto situado entre torres altas, un torrente continuo de vehículos aéreos volaba en ángulos rectos a su avenida. Nada más pasar bajo ellos, la escolta torció a la izquierda por una avenida que se curvaba para

seguir los círculos de la ciudad.

Luke estiró el cuello. Las luces de aquella zona eran cálidas y amarillas, no blanco azuladas, pero en aquel mismo momento la escolta se adentró en un corto camino que desembocaba en un pórtico flanqueado por columnas que brillaban tenuemente. Detrás del pórtico, Luke divisó un enorme edificio, construido de bloques de piedra blanca, más bajo que los rascacielos de Salis D'aar; una mansión particular enclavada en el centro de la ciudad, en un planeta donde los amontonamientos parecían ser la norma. Deseó poder escaparse durante la cena y ver cómo se las arreglaban para llenar tantas habitaciones.

Un hombre y una mujer vestidos con trajes de salto militares verde oscuro, tal vez reliquias de la Bakura pre—Imperial, abrieron las puertas del vehículo y se quedaron a un lado.

Luke salió el primero y paseó la vista a su alrededor. Todo parecía en orden. Cabeceó por encima del coche en dirección a Han. Para entonces, Leia y Chewbacca también habían salido.

—Ya han llegado —exclamó una voz femenina desde las columnas del porche—. Bienvenidos.

Sintió el pánico de Leia. Llevó la mano hacia su espada y analizó el porche, al acecho de cualquier peligro posible.

El primer ministro Captison, ataviado con una túnica militar verde oscuro, surcada por galones dorados desde las charreteras hasta la faja de la cintura, se inclinó ante Leia.

—Mi esposa, Tiree —dijo.

Una figura adornada con lentejuelas y vestida de oscuro se acercó. La señora Captison llevaba una túnica negra provista de capucha, larga hasta el suelo, sembrada de diminutas cuentas como joyas, y no se parecía ni por asomo a Darth Vader..., pese a la capa negra.

—Tiree, te presento...

Leia saludó a la mujer, mientras se esforzaba visiblemente por calmar su pánico. Luke arrugó el entrecejo. Aquella preocupación por Vader estaba haciendo mella en la joven.

Las presentaciones de Captison dejaron claro que la presencia de Chewbacca le había pillado por sorpresa. Leia se recuperó y miró a Han, pero la señora Tiree Captison daba la impresión de estar complacida. Apoyó una mano sobre uno de los enormes brazos de Chewie y anunció:

—Entremos. Todo está a punto.

Leia hizo caso omiso de Han y cogió el brazo del primer ministro Captison. Luke vio y notó que Han se encrespaba.

—Tranquilo —murmuró, mientras seguían a Leia—. Haz gala de tu encanto.

Han levantó la cabeza.

—Encanto —masculló—. Bien.

A ambos lados del pasillo interior corría otra hilera de relucientes columnas de lluvia, similares a las de la cámara del Senado y el exterior de la mansión, pero más estrechas. Detrás de las columnas, enredaderas florecidas cubrían las paredes de piedra blanca irregulares.

Leia se detuvo a tocar una columna de lluvia, y luego sonrió a Captison.

—No había visto una casa tan bonita desde que salí de Alderaan.

—Esta casa fue construida por el capitán Arden, fundador de la ciudad. Espere a ver la mesa que mi abuelo añadió.

Enarcó una ceja blanca.

Luke obligó a Han a demorarse unos pasos.

—Sólo es política.

—Lo sé. No me gusta. Que me den una pelea justa.

Alcanzaron a Leia en la entrada a un comedor rodeado por árboles de interior, cuyas ramas colgaban y se agitaban. Paredes de piedra cubiertas de enredadera circundaban los árboles, y en el centro divisó una mesa casi triangular, de bordes rectos para situar asientos de más.

Después bajó la vista. Agua verdeazulada ondulaba bajo el suelo transparente. Luces submarinas arrojaban móviles sombras de peces y, de vez en cuando, la de un ser parecido a una serpiente.

Por fin, en mitad de la mesa se erguía una cadena montañosa en miniatura, delicadamente tallada en algún mineral translúcido e iluminada desde dentro, como las columnas de lluvia. Diminutos ríos azules descendían por las laderas.

La costumbre intuitiva le recordó que debía sondear la sala en busca de intenciones hostiles. En mitad de la mesa, sintió...

Ella. O acaso existían dos mujeres en el planeta capaces de electrizarle sin tan siquiera verlas. Ya se había sentado, con la vista apartada de la puerta.

—Encantador —murmuró Leia.

La señora Captison miró hacia atrás.

—Gracias, querida.

Entró en la sala, se quitó la capa y la entregó a un criado que parecía caminar sobre el agua. Los árboles alineados a lo largo de las paredes alzaron las ramas, como si fueran brazos. Luke se preguntó si los movimientos de la mujer o algún otro indicio les enviaban una señal, y si se trataba en realidad de árboles flexibles, algún tipo de animal primitivo, o artificiales.

Luke avanzó, arrastrado casi contra su voluntad. Los criados humanos se alejaron de la mesa (aún no había visto ni un solo androide), después de reordenar los asientos para acomodar a Chewbacca. Captison escoltó a Leia hasta una silla contigua a la suya, en un lado. La señora Captison ocupó la otra silla de aquel extremo. Un anciano que llevaba un vocoder en el pecho (Luke se dio cuenta de que era el senador Belden) ya se había sentado al lado de la mujer, en aquel rincón.

—A su lado, querido —dijo la señora Captison a Chewbacca.

Luke sonrió, pese a estar distraído. «Querido» no era una palabra que hubiera aplicado a un wookie. Chewbacca inclinó la cabeza y lanzó una suave carcajada. Le habían habilitado casi un lado entero de la mesa. No había sillas repulsoras. El ambiente era anticuado y formal.

—Buen trabajo el de ayer —dijo el anciano a Luke—. Permítame felicitarle. Nos disponíamos a huir hacia las colinas cuando ustedes llegaron.

Han se sentó junto a Leia, en el segundo lugar de la esquina. A Luke sólo le quedó una silla,

a la izquierda de aquel destello en la Fuerza. Se sentó, hizo acopio de serenidad y miró a su derecha.

Gaeriel Captison estaba sentada tan apartada de él como le era posible. Un chal dorado centelleante cubría sus esbeltos hombros, sobre un vestido verde oscuro.

—Nuestra sobrina Gaeriel, comandante —anunció el primer ministro—. No estoy seguro de que se la presentara en la cámara del senado. Demasiadas prisas.

—Tranquilo, tío Yeorg —dijo la mujer. Antes de que Luke pudiera saludarla, se volvió hacia Chewbacca—. Si prefiere sentarse al lado de su amigo, estaré encantada de cambiarle el sitio.

Luke sugirió subliminalmente a Chewie que se quedara donde estaba. El wookiee resopló.

—Dice que le gusta su lugar —tradujo Han—. Vaya con cuidado, señora Captison. La amistad de los wookies dura toda la vida.

—Será un honor.

La mujer ajustó una triple ristra de joyas azules sobre su corpiño dorado.

Luke se juró no mirar en dirección a Gaeriel hasta que se hubiera solucionado el asunto del cambio de asientos. Cuando las conversaciones se generalizaron, volvió la cabeza hacia ella.

Sorprendido, se fijó con más atención. La senadora Gaeriel Captison tenía un ojo verde y otro gris. Los entornó.

—¿Cómo está, comandante Skywalker?

—Ha sido un día muy duro —contestó en voz baja.

Redujo la conciencia de la Fuerza para impedir que el sabor seductor de la presencia de la joven monopolizara su atención. La entrada de otro grupo le robó la oportunidad de seguir hablando. El gobernador Nereus, flanqueado por un par de milicianos uniformados de negro, se encaminó a la tercera esquina de la mesa y tomó asiento. Sus milicianos se pusieron firmes detrás de él al unísono, y luego adoptaron la posición de descanso.

Todo parecía horriblemente formal... y algo olía de maravilla. El estómago de Luke rugió, y se sintió más que nunca un chico de campo. «Fantástico —pensó—. Sólo me faltaría ponerme en ridículo delante de toda esta gente... y poner en un aprieto a Leia.» Ojalá le hubiera adiestrado en las funciones diplomáticas, como las cenas oficiales. Había una tregua en juego.

—Buenas noches, Captison. Alteza. General. Comandante. —El gobernador dirigió una sonrisa untuosa al otro extremo de la mesa—. Buenas noches, Gaeriel.

La llegada de la sopa hizo la respuesta innecesaria. Cuando Luke pudo hablar de nuevo, el senador Belden había entablado conversación con la señora Captison, Leia y el primer ministro (bien: Leia cultivaría a Belden y a los Captison). El gobernador Nereus se inclinó hacia atrás para que uno de sus guardaespaldas susurrara algo en su oído. Los ojos de Han no se apartaban de Leia.

Sólo la senadora Gaeriel Captison estaba libre para conversar. Luke respiró hondo; nada que perder, nada que ganar.

—Por lo visto, alberga ideas preconcebidas muy fuertes acerca de los Jedi.

Los misteriosos ojos de la joven parpadearon. Leves arrugas aparecieron en su frente.

—Esta mañana —se apresuró a continuar Luke—, en la cámara del senado, me esforcé en

averiguar quién deseaba trabajar con la Alianza. No puedo negarlo.

—Soy una diplomática imperial experimentada, comandante. —Se llevó una servilleta de hilo a la boca y desvió la vista hacia Belden—. Es posible que algunos de los demás sean simpatizantes de la Rebelión. Y estén equivocados.

Necesitaba hablar con el senador Belden.

—Queremos ayudarles a luchar contra los ssi-ruuk —dijo con suavidad—. Esta mañana pasé dos horas en la guarnición, discutiendo de estrategia con el comandante Thanas. El ha aceptado nuestra presencia, temporalmente. ¿Usted no puede, ni por el bien de su pueblo?

—Agradecemos su ayuda a la Alianza.

Luke bajó la cuchara y ensayó un acercamiento directo.

—Quizá piense que puedo leer su mente, senadora Captison. Sólo puedo sentir sus emociones, y sólo cuando lo intento. La mayor parte del tiempo vivo como cualquiera de ustedes.

—No es eso —admitió la joven, pero Luke percibió que algo en su interior se serenaba. Jugueteó con un colgante esmaltado que pendía sobre su escote, sujeto a una cadenita de oro—. Tengo... dificultades religiosas con su especie.

Aquello le sentó como una patada en el estómago. Ben y Yoda le habían enseñado que la Fuerza abarcaba todas las religiones.

—¿Y la Alianza? —preguntó.

—Tiene razón. De momento, precisamos toda la ayuda que podamos conseguir. —Cerró su pequeña mano sobre la mesa—. Perdone si parezco desagradecida. Los ssi-ruuk nos han aterrorizado, pero a la larga, aceptar su ayuda podría dar lugar a desagradables repercusiones.

—Como lo que ocurrió en Alderaan —dijo Luke en voz baja—. Comprendo. El Imperio gobierna mediante el miedo.

La joven contempló su plato de sopa. Luke proyectó la Fuerza y percibió una agitación, como si se esforzara en encontrar la respuesta adecuada.

—Lo siento —dijo Luke—. Perdone mis modales. No fui educado para diplomático.

—Qué alivio.

Gaeriel esbozó una sonrisa encantadora y sutil. Luke desplegó su autocontrol contra los vientos invisibles de la Fuerza y se zambulló en su presencia. Capas y capas: las profundidades vivientes del bosque de Endor, el calor envolvente de una noche en la arenosa Tatooine, el hipnótico centelleo de las profundidades del espacio...

«¡Banalidades!», se recordó. Los criados trajeron el plato principal, compuesto por diminutos crustáceos verdes y verduras desconocidas, acompañadas por cuencos llenos de un cereal pardo azulado. Luke alabó las verduras, los ríos gemelos y los peces que nadaban bajo sus pies, y trató de felicitarla por su indumentaria. La joven se mostró cortés pero distante, hasta que Luke preguntó, mientras los criados retiraban los platos y los cuencos:

—El senador Belden me gusta. ¿Es amigo de su familia?

—Sí. Desde hace años, a pesar de sus extravagancias.

Un amigo íntimo, evidentemente. De pronto, el tenso labio superior de Gaeriel se relajó.

Cogió una botella erguida junto al centro de mesa y vertió unas gotas naranja pálido en el diminuto vaso que Luke tenía delante.

—Pruebe esto.

Una respuesta, por fin. Picado por la curiosidad, dio vueltas al vaso. El líquido se pegaba al cristal como jarabe.

—Adelante. —La joven enarcó una ceja—. No es venenoso. Nuestro mejor producto local. Si lo rechaza, insultará a Bakura.

Se sirvió una cantidad igual y la bebió.

Luke la imitó. El líquido se transformó en fuego, que abrasó su boca y garganta. Después percibió su sabor, como flores selváticas embriagadoras mezcladas con la fruta más dulce que había probado en su vida.

Sus ojos destellaron. Era obvio que Gaeriel no se había perdido ni una pizca de su reacción.

—¿Qué es? —susurró.

Alivió su boca con un sorbo de agua.

—Néctar de namana. Una de nuestras principales exportaciones.

—No me extraña.

—¿Más?

La joven extendió el brazo hacia la botella.

—Gracias —sonrió—, pero no. Es un poco fuerte para mi gusto.

Gaeriel rió y llenó su vaso, sin hacerle caso.

—Es probable que dentro de poco se proponga un brindis.

Si el gobernador Nereus no se oponía.

—Eso espero.

La senadora le pasó un plato transparente de bombones amarillo anaranjados.

—Quizá prefiera probar la namana de esta manera.

Luke dejó caer una en su lengua. Sin el fuego del néctar, su sabor exótico resbaló suavemente por su garganta. Flores tropicales... Una pizca de especias... Cerró los ojos y examinó las sensaciones que causaba...

Abrió los ojos de repente.

—Qué rápido —sonrió Gaeriel—. La namana, una vez engullida, produce una leve sensación de placer. La mayoría de la gente no se da cuenta de inmediato. Se siente bien, pero sin saber por qué.

—¿Provoca hábito?

La joven ocultó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Todos los mejores dulces de la galaxia provocan hábito. Vaya con cuidado.

Decidió dejar de lado los bombones, con la esperanza de que sus mejillas no se vieran tan ardientes como las sentía. De todos modos, daba la impresión de que Gaeriel se había abierto.

—Se supone que no debo hablarle acerca de... rumores —dijo en voz baja, y agachó la cabeza—, pero no hemos recibido respuesta de su Alteza Imperial desde que solicitamos su ayuda, y lo que dijo usted esta mañana se filtró a los medios de comunicación. ¿Está seguro de

que ha muerto?

Una inopinada hostilidad arañó a Luke desde la derecha de Gaeriel. Luke vio que el gobernador Nereus le estaba mirando. «¿Celoso?», se preguntó. ¿Habría forjado planes acerca de Gaeriel?

Habló en un murmullo.

—El Emperador era poderoso en la Fuerza. Al menos, percibí su muerte.

Lo cual era verdad, en cierto sentido.

Ante su sorpresa, la joven palideció.

—No sabía eso de... su Majestad.

El gobernador se volvió hacia Chewbacca. Luke bajó la guardia.

—¿No sólo a los Jedi? —murmuró a Gaeriel—. ¿Su religión condena a cualquiera que posea la Fuerza?

¿Qué diría ella si supiera que el emperador casi le había matado? «Más tarde —se dijo con firmeza—. A solas.» Se imaginó defendiendo a los Jedi y apuntando un dedo acusador hacia su querido emperador.

—Bien, un momento de atención.

La voz de Han se alzó sobre el sosegado rumor de conversaciones.

El gobernador Nereus posó sus brazos sobre la mesa.

—No estoy acostumbrado a cenar con alienígenas, general —dijo—. Alteza, senadora Organa, cuestiono su buen gusto al sentar a un wookiee a la mesa esta noche, cuando Bakura está luchando por su supervivencia contra alienígenas.

Luke se puso en tensión.

Leia enrojeció.

—Si usted... —empezó.

—¿Cree que sólo los humanos...?

Chewie interrumpió a Han con una serie de bramidos y aullidos. Luke se tranquilizó, al notar que Chewie había controlado su temperamento. El wookiee habría podido volcar la mesa, sólo para entrar en calor.

—Perdónenme —dijo Han, sin que su tono delatara el menor arrepentimiento—. Mi copiloto no quiere que discuta en su nombre, pero ha dicho algo que todos ustedes deberían oír. Los ssi-ruuk van a la caza de los humanos, como ya saben. Si nos invaden, Chewie corre menos peligro que nosotros. —Han agitó la cuchara en el aire para abarcar a todos los reunidos. Chewie ladró cuando Han calló, y éste sonrió—. Sí. Lo peor que podrían hacer sería matarle, puesto que no quieren wookies para sus baterías androides.

Chewie aulló una vez más.

—Dice —tradujo Han— que si necesitaran a alguien para llevar un mensaje a sus naves, él se presentaría voluntario.

—Oh, sí —dijo Nereus en tono burlón—. Una idea excelente, general, pero el idioma ssi-ruuvi nunca ha sido traducido, y el Imperio no trata con... alienígenas.

Sólo como esclavos, añadió en silencio Luke.

—¿Nunca ha sido traducido? —Han se inclinó sobre sus cubiertos—. Nunca es una palabra muy fuerte, gobernador.

Gaeriel habló desde la derecha de Luke.

—No que nosotros sepamos —explicó—, pero si ha sido traducido en otro lugar, de poco nos va a servir aquí.

—Y dudo que el wookie pueda aprenderlo —anunció triunfalmente Nereus—, puesto que los wookies nunca han sido capaces de dominar el lenguaje humano. Silbidos, gorjeos... Igual que una bandada de pájaros. Por eso les llamamos «Flautas».

—Gobernador —habló Leia desde su extremo de la mesa—, quizá podrá ofrecerle los servicios de mi androide de protocolo, Cetrespeó. Domina unos seis millones de idiomas.

Nereus lanzó una breve carcajada, muy similar a un gruñido.

—¿Enviar a un androide y un alienígena en representación del Imperio? Jamás.

Leia no contestó. Chewie cruzó sus grandes brazos y se reclinó en la silla. Su lenguaje corporal expresaba claramente «No iré a ninguna parte». Han sonrió al centro de mesa.

—Una cosa más —dijo Nereus—. Cualquier persona que anime a los bakuranos a la sedición, en público o en privado, será detenida y expulsada. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí, gobernador —replicó Leia con frialdad—, pero quiero formularle una pregunta. Según la grabación que nos pasó en el senado, los ssi-ruuk han venido porque su emperador les invitó. ¿Puede explicárnoslo?

Nereus alzó la cabeza.

—No presumo de adivinar las intenciones del emperador, Alteza.

—Quizá pensó que podía conquistarlos —sugirió en voz alta Belden.

Han meció su silla adornada.

—Quizá le sobran prisioneros y quería venderlos.

Luke tuvo una inspiración.

—En parte —dijo en voz alta. Todas las caras se volvieron hacia él, algunas con curiosidad, otras con reprobación—. ¿Qué hace cualquier granjero con su producto?

Gaeriel se encogió de hombros.

—Lo entrega a un procesador, a cambio de una parte de los alimentos procesados. —*Gracias, tío Owen*—. Palpatine quería androides de combate. Son más manejables que sus cazas TIE..., y están mucho mejor protegidos, teniendo en cuenta su tamaño.

—Es verdad —admitió Nereus—, según me han dicho.

—Bueno, nosotros los hemos visto. —Leia alzó la barbilla—. Muy de cerca.

Nadie habló durante varios segundos. Poco a poco, las conversaciones se reanudaron. Han se acercó a Leia. Luke apenas oyó:

—... pero esto no nos conduce a ningún sitio, Alteza. Vamos a dormir un poco.

Solo oyó unas pocas palabras de la respuesta.

—Debo pasar... Ministro Captison.

Un susurro en su oído derecho le sobresaltó.

—¿Ese hombre es el consorte de la princesa? —preguntó Gaeriel.

Se pelean como tal.

—Creo que sí. —Luke miró a Han—. Es un poco bruto, pero el mejor amigo que nadie pueda tener. ¿Alguna vez conoció a alguien semejante?

—Bueno... —La joven ajustó su chal, que había dejado al descubierto un hombro blanco—. Sí.

Estaban a mitad del postre, algo frío con seis capas que sabían a nuez, cuando un miliciano imperial irrumpió en la sala. El soldado tocó el hombro del gobernador Nereus y le condujo al exterior.

—¿Qué ocurre, en su opinión? —murmuró Luke a Gaeriel.

Ella les siguió con la mirada.

—Pronto lo sabremos.

El gobernador regresó al cabo de cinco minutos, exudando nerviosismo y temor. Gaeriel también lo notó.

—Ha ocurrido algo muy grave, Excelencia.

Luke habló con una voz que se oyó en todo el comedor. Las conversaciones enmudecieron.

Nereus respiró hondo. Después miró a Luke con expresión contrariada.

—Era un comunicado personal del almirante Prittick. Se lo voy a repetir. —Su voz estridente adquirió un timbre acerado—. Su mensaje confirma las afirmaciones de los rebeldes. La segunda Estrella de la Muerte ha sido destruida, y se da por muerto al emperador Palpatine..., y también a lord Vader. La flota se está reagrupando cerca de Annaj.

Leia asintió.

—¿Nos cree ahora? —preguntó—. El comandante Skywalker le vio morir.

Gaeriel se encogió.

—Yo no le maté —se apresuró a aclarar Luke, posando ambas manos sobre la mesa—. Lord Vader le mató..., y murió por ello. Yo estaba prisionero.

—¿Cómo escapó?

El senador Belden se inclinó hacia adelante, sonriendo como un viejo oso belicoso, ansioso de intercambiar relatos.

—Después de la muerte de Palpatine, el caos se apoderó de la Estrella de la Muerte. Sufría los efectos de un ataque. Llegué a una base de lanzaderas.

Miró de reojo a Gaeriel. Proyectaba asco, estupefacción y el esfuerzo por eliminarlos.

El primer ministro Captison volcó su silla cuando se levantó.

—¿Significa eso que no habrá ayuda del Imperio?

El gobernador Nereus fijó la vista en Luke. Por una vez, no percibió doblez. Pese a su serenidad externa, el hombre estaba muerto de miedo.

—Creo que la flota imperial está demasiado ocupada reuniendo naves para enviar tropas a los planetas del Límite —dijo.

—Uno de los motivos que nos impulsaron a venir —añadió Leia.

—Les dimos una buena paliza —remató Han.

La hostilidad se percibió a lo largo y ancho de la mesa. Hasta Leia se encogió. Un criado

levantó la silla de Captison, que volvió a sentarse.

El gobernador Nereus meneó la cabeza.

—Princesa Leia —dijo, mientras se incorporaba—, si sus tropas desean colaborar con las mías, bajo una tregua, necesitamos su ayuda.

Leia cuadró los hombros.

—¿Una tregua oficial, Excelencia?

—Tan oficial como esté en mi mano.

A Luke se le antojó una evasiva, pero bastó para satisfacer a Leia, que se levantó y extendió la mano. La pulsera maciza brilló en su muñeca; dio la impresión de añadir el peso de muchos sistemas estelares a su apretón. Era un esfuerzo demasiado grande para ambos bandos, literal y figuradamente. Por primera vez, rebeldes e imperiales se unían para combatir a un enemigo común.

Nereus rodeó la pequeña mano de Leia con la suya, enguantada y enorme. Después alzó su vaso.

—Por las alianzas extravagantes.

Leia levantó su vaso. Belden y Captison la imitaron. Luke se armó de valor y aferró con fuerza su vaso.

—Rechazar a los ssi-ruuk no será fácil —dijo. Ni volver a beber aquel brebaje—. Será necesaria la colaboración total de nuestras fuerzas.

—En efecto —corroboró Han—. De lo contrario, acabaremos impulsando androides ssi-ruuvi. Todos juntos.

Gaeriel se estremeció y acercó su vaso al de Luke. El mililitro que éste engulló abrasó sus intestinos.

Los comensales empezaron a despedirse de sus compañeros de cena. Luke, sin ganas de marcharse, aspiró una profunda bocanada de la presencia de Gaeriel. *¿Preocupada?*

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Ella no debía querer que prolongara su estancia. Era pedir demasiado.

—Si el gobernador Nereus ya no puede contar con una Estrella de la Muerte —susurró la joven, con la vista clavada en el centro de mesa—, tendrá que confiar en amenazas más vulgares.

Una probabilidad muy realista. Luke se acarició el mentón.

—Si no fuera por los ssi-ruuk, ¿se producirían purgas?

Las mejillas de Gaeriel palidecieron.

—¿Cómo sabe...?

No terminó la frase.

Tampoco era necesario.

—El procedimiento imperial habitual. Lo hemos visto en otros planetas.

Dio la impresión de que Gaeriel se replegaba unos momentos. Al otro lado de la mesa, Han y Leia se levantaron y caminaron en direcciones opuestas. Ninguno parecía muy feliz.

Una pelea más.

—¿Está segura de que cree en el Imperio? —murmuró Luke.

Gaeriel frunció el ceño. Sus ojos disímiles parpadearon. Engulló un último sorbo de néctar de namana y se levantó.

—Se trata de un equilibrio. Todas las cosas contienen la luz y la oscuridad. Hasta los Jedi, supongo.

—Sí —susurró Luke. Si la velada pudiera prolongarse una semana... *¡Dile que quieres volver a verla!* ¿Era una sugerencia de Ben, o su propia impetuosidad?—. ¿Podríamos terminar esta conversación mañana?

—Dudo que tengamos tiempo.

Gaeriel le ofreció la mano, con un ademán elegante, pero sincero.

¿No había visto a aquel oficial imperial besar la mano de Leia? ¿No era el gesto apropiado en aquel momento?

Apostó fuerte y se llevó aquella mano hacia los labios. Ella no la apartó. Oía a bombones de namana. A toda prisa, antes de que sus nervios le traicionaran, Luke aplastó sus labios contra sus nudillos. Se sintió como un patán, pero no volvió a intentarlo.

Ella apretó los dedos sobre su mano, se soltó y caminó hacia el senador Belden. Luke se quedó petrificado. Se frotó la mano e intentó imaginar a Gaeri como una parte de su futuro.

Por la Fuerza, encontraría tiempo para terminar aquella conversación al día siguiente.

Dev se puso en pie, tambaleante. Había despertado sobre la cubierta de un camarote redondo, incómodo y caluroso, lleno de luces y ruidos mecánicos. Las mamparas se curvaban hasta tocar el techo, sobre paneles de instrumentos.

Tenía que ser el puente. Raras veces le permitían subir a él. La seguridad del puente era la prioridad suprema. El capitán del *Shriwirr* y el almirante Ivpikkis se encontraban junto a Escama Azul. Los tres le miraron.

Por lo visto, la presencia de otro usuario de la Fuerza era muy importante.

Lo había sabido y olvidado. ¿A qué estaban jugando con su mente? ¿Acaso el contacto con el extraño, pese a su brevedad, había trastocado por completo sus pautas mentales?

—Repite lo que dijiste al Anciano Sh'tk'ith —ordenó el maestro Firwirrung—. ¿Era como la presencia de tu madre, pero masculina?

Casi incapaz de recordar el leve toque de su amo, Dev estudió las losas metálicas de la cubierta. No había sentido tanta añoranza de su hogar desde que había conocido a Firwirrung. Había pensado que ellos eran su hogar.

—Parecido —dijo en voz baja—, pero diferente.

—¿En qué sentido? —preguntó Firwirrung.

—Éste tiene la... forma, la sensación de adiestramiento que mi madre poseía, pero mamá... no era tan fuerte.

El ojo izquierdo del almirante Ivpikkis se deslizó desde Dev al capitán. Este tabaleó con sus garras delanteras y repitió:

—Fuerte.

—Mírame.

Escama Azul echó la cabeza hacia adelante. Dio la impresión de que su hermoso ojo remolineaba. Una oleada de entusiasmo nació en un rincón de la mente de Dev. Aquél era el pensamiento correcto: les amaba.

—Bueno, si éste está adiestrado —exclamó—, podría ponerse en contacto con otros humanos. ¡Incluso desde lejos!

La enorme cabeza de Firwirrung se volvió hacia él.

—Una idea interesante. ¿Hasta dónde, en tu opinión?

Dev se sintió pletórico de nuevas energías.

—No lo sé —admitió—, pero estábamos a muchos años luz de distancia cuando percibí la muerte del emperador.

—Es cierto —silbó Escama Azul. Tocó las escamas del hombro de Firwurrung—. Con un contacto directo lo bastante fuerte, ¿podrías llevar a cabo la tecnificación desde lejos?

—Tal vez. —Firwurrung agitó la cola—. Quizá deberíamos modificar un aparato... Sí, modificarlo para mantener vivo a este ser tan fuerte en estado hipnótico, absorbiendo energía del exterior.

La cola del almirante Ivpikkis también se removió.

—Un conducto directo hacia los humanos. Podríamos apoderarnos de todo el espacio conocido, no sólo de este Imperio.

Al percibir su agitación, Dev entrelazó los dedos y los apretó con fuerza.

—Observó la necesidad de otro cambio en la estrategia —dijo el almirante Ivpikkis—. Primero, nos adueñamos del fuerte. Después, ponemos a prueba esta teoría. Si funciona en la práctica, convocamos al grueso de nuestra flota...

Hablaron apresuradamente entre ellos. Dev languideció, olvidado por Escama Azul. Apenas podía seguir el diálogo. Siempre había sido su animalito doméstico favorito, su querido humano. ¿Le desecharían?

Tocó su garganta. Quizá obtendría por fin su androide de combate, pero ¿a qué precio? Sintió un nudo en el estómago. Su recompensa iba a ser la tecnificación, no...

Tal vez le tecnificaran porque ya no le necesitaban. Quería su androide de combate, pero ansiaba su amor.

Los tres se volvieron al mismo tiempo. Firwurrung acarició el brazo de Dev, y dejó con ternura surcos rojos.

—Ayúdanos ahora. Proyéctate hasta el universo invisible. Danos un nombre, un lugar. Ayúdanos a encontrarle.

—Amo —susurró Dev—, ¿siempre ocuparé el primer lugar?

Firwurrung le acarició con más fuerza, hasta que brotaron lágrimas de los ojos de Dev.

—Jamás hemos dudado de tu devoción. No nos obligarás a cuestionarla, ¿verdad?

—No, no.

Dev notó que su rostro palidecía. Había convertido a Firwurrung en su familia, al camarote de Firwurrung en su casa. Había renunciado a su humanidad. Si Firwurrung le sustituía, ¿qué quedaría?

Escama Azul se inclinó hacia adelante.

—Dev Sibwarra, necesitamos tus servicios más que nunca.

Dev no podía apartar, los ojos de Firwurrung. El jefe de tecnificación siempre había dado a entender que amaba a Dev, pero ¿alguna vez había cantado la palabra «amor»? Dev, estremecido, retrocedió un paso.

Un p'w'eck rodeó los hombros de Dev con sus garras delanteras marrones y lo giró hacia Escama Azul. El anciano levantó un hipopulverizador.

No podían hacerle aquello. El hipopulverizador no le haría mucho daño, pero recordó lo que seguía a continuación. ¿Cómo podían ser tan desagradecidos, después de todo lo que había hecho? ¿Acaso no le amaban? ¿No le amaba Firwurrung? La verdad se abrió paso en la

memoria de Dev. Ya habían sido desagradecidos en otras ocasiones y también antes de eso.

Aquél sí era el pensamiento correcto. Aquél era Dev Sibwarra, humano, restaurado cuando tocó al Extraño..., pero no podía oponer resistencia a las drogas de sus amos o al dominio directo de Escama Azul. Se estaba durmiendo.

El hipopulverizador le relajó como antes, aunque luchó para conservar su secreto. Firwirrung se inclinó sobre él.

—Mira hacia fuera, Dev. Sírvenos ahora. ¿Dónde está? ¿Cómo se llama? ¿Cómo podemos encontrarle? .

Vio borrosa la cabeza del Firwirrung. Un río salado brotó de cada uno de sus ojos. Después cerró la puerta a su dolor y a su conciencia de la cubierta del *Shriwirr* y escapó a la Fuerza. Dejó que el universo remolineante le alejara de las tenues auras de sus amos.

Sintió al Extraño tan fuerte y cercano como antes, indudablemente masculino y parejo a él, aunque una segunda presencia, femenina y difusa, se cernía muy cerca. La luz férreamente enfocada del primero casi borraba a la segunda. ¿Un eco, quizá? Incomprensible. Sólo sabía que de Firwirrung emanaban amor y seguridad. Evitó tocar la presencia de la Fuerza del Extraño.

—En la capital —murmuró, semiconsciente—. Sali D'aar. El hombre se llama Skywalker. Luke Skywalker.

Distraído por el esfuerzo de hablar, abrió los ojos de nuevo. La respiración feliz de Firwirrung desgarró su corazón. Al maestro le eran indiferentes (¡quizá ni siquiera se enteraba!) los celos que despertaba en él su interés por el Extraño. Tal vez los ssi-ruuk desconocían los celos.

—Skywalker —repitió Escama Azul—. Un nombre propicio. Buen trabajo, Dev.

Dev se relajó en la Fuerza. La alegría y codicia de los amos vibraba a su alrededor. El almirante Ivpikkis, con una reserva ilimitada de humanos tecnificados, podría conquistar rápidamente el espacio conocido. Dev participaría en la gesta.

Pero se sentía humillado. Pese al rencor que sentía hacia el Extraño, se permitió un roce, casi una caricia de la Fuerza, de despedida.

Firwirrung se acercó más y canturreó:

—¿Eres desdichado, Dev?

Sus sentimientos habían experimentado tantos cambios durante los últimos minutos que sólo estaba seguro de una cosa: si le manipulaban una vez más, perdería la cordura. Cerró los ojos y asintió.

—Estoy contento, amo.

Te odio te odio te odio. No destruirían su humanidad. Basta de juegos mentales.

De todos modos, no podía odiar a Firwirrung, la única familia que había tenido durante cinco años. El sentimiento se suavizó. Osó abrir los ojos de nuevo.

—Amo —susurró—, mi mayor placer es ayudar a aquellos que me aman.

Se obligó a dedicar una mirada de afecto a Firwirrung.

Firwirrung emitió un graznido pensativo. Era evidente que, en esta ocasión, el placer del jefe

de tecnificación no era compasión, sino control. Tocó a Escama Azul con una garra delantera.

—Anciano, Dev casi ha llegado a sentir verdadero amor por nuestra especie. Démosle un respiro. Dejemos que su decisión de servirme sea producto de su libre albedrío. Así el afecto será mayor.

Dev se estremeció. Firwirrung ya le había esclavizado, en cuerpo y alma. Ahora quería que Dev apretara las cuerdas de sus propias ligaduras. Era un error por parte de Firwirrung.

Dev posó una mano sobre la extremidad delantera superior de Firwirrung, esforzándose en imitar lo mejor posible el gesto ssi-ruuvi.

—Éste es mi amo —cantó.

En cualquier momento, Escama Azul le miraría a los ojos u olfatearía su engaño.

—¿Lo ves? —dijo Firwirrung—. Nuestra relación se profundiza.

—Coge a tu animalito y vete —dijo el almirante Ivpikkis—. Maltrátalo a tu placer. Nosotros tenemos trabajo que hacer, al igual que tú. Centra tu mente en las modificaciones... de Skywalker.

Firwirrung asintió con gravedad y extendió una garra hacia la escotilla.

Cada paso que se alejaba de Firwirrung le alejaba más de la esclavitud. Dev llegó a la escotilla y salió al pasillo. La escotilla se cerró detrás de Firwirrung.

Una hora después, olvidado mientras Firwirrung se concentraba en diseñar esquemas, Dev se aovilló en el cálido centro del nido de dormir. ¿Cómo le había enseñado su madre a abrir contacto? Habían pasado cinco años. La prueba sufrida le había dejado exhausto. Quería yacer inmóvil y abismarse en recuerdos agradables.

Pero debía intentarlo antes de que Escama Azul volviera a renovarle, y no quedaba mucho tiempo. Al final, los ssi-ruuk le descubrirían. Le «renovaban» cada diez o quince días, aunque no sintiera la necesidad. Pagaría por esto con la renovación más profunda de su vida, pero debía a la humanidad un esfuerzo.

Cerró los ojos y se vació de esperanza, arrepentimiento y amargura. El miedo permaneció. Alteraba su control, pero tocó la Fuerza a su través.

Sintió aquel resplandor de nuevo, casi al instante. Rozó el borde para atraer su atención, y después formó en su mente una advertencia urgente.

Luke apartó los cobertores térmicos en la oscuridad. Uno resbaló por el borde del campo repulsor de la cama. Durante un frío y soñoliento instante, no recordó qué le había despertado. Después rememoró una oscura y perentoria sensación de miedo y advertencia. La humanidad estaba en peligro por su culpa. Los alienígenas querían tomarle prisionero y...

Uau.

Exhaló un suspiro y volvió a tenderse. Erredós gorjeó desde el pie de la cama.

—Estoy bien —insistió.

Menudo sueño. Debía impedir que su ego se hinchara. Quizá fuera el último —y primer— Jedi, pero no el elemento decisivo para la esclavización de la humanidad.

Sin embargo, el recuerdo no se desvanecía como haría un sueño. Quizá alguien le había enviado una advertencia.

¿Ben?, llamó. ¿Obi-wan? ¿Qué pasa?

Olvida las preguntas, se ordenó. No hay *por qué*. Explora tus sensaciones.

Desechó el miedo y la falsa humildad, y reconsideró la advertencia a la luz de las intenciones y métodos conocidos de los ssi-ruuk. En aquel contexto, la idea era escalofriantemente real.

¿Qué clase de terrible equivocación había cometido Ben Kenobi cuando le envió aquí? Los maestros Jedi no eran perfectos. Yoda había creído que Luke moriría en Ciudad Nube. Ben había pensado que podría adiestrar a Anakin Skywalker.

Rodeó las rodillas con los brazos. Si Yoda y Ben podían cometer errores, Luke Skywalker también. Fatales.

Si la advertencia era real, algún rastro aparecería en el futuro. Como naves que se atisban en la distancia, las visiones del futuro eran en ocasiones engañosas, pero cualquier indicio de que fuera a colaborar con los ssi-ruuk confirmaría la siniestra advertencia.

Se calmó, controló su respiración y los latidos del corazón y escudriñó el futuro con su mente. Algunas cosas le estaban vedadas, y algunas posibilidades que divisó se le antojaron improbables. Segundos, minutos, meses después, localizó la posibilidad: un mapa del futuro mostraba al imperio ssi-ruuvi avanzando hacia los planetas del Núcleo. Como Han temía, habían caído en una trampa, pero mucho peor de la que sospechaban. Y los ssi-ruuk estaban a punto de invadir Bakura.

Dev rodó sobre su costado, aferrado a las almohadas. Allí fuera había un Jedi. Esta vez, percibió su control inconfundible y adiestrado, incluso medio despierto.

Luces brillantes iluminaron el camarote de Firwirrung, pero se sentía agotado.

—¿Ya es hora de levantarse, amo? —murmuró.

Firwirrung salió del nido.

—Alarma de escotilla —silbó—. Es para mí. Vuelve a dormir.

Dev se aovilló con un ojo abierto. Cuando la escotilla se deslizó a un lado, una enorme forma azul apareció.

—Entra. —Firwirrung emitió un gorjeo de sorpresa—. Bienvenido. Escama Azul avanzó hacia la cama. Dev trató de desovillarse, pero tenía los músculos agarrotados. Adivinó lo que se avecinaba: el anciano había cambiado de opinión y le había condenado. El borde redondeado de un desintegrador sobresalía de la bolsa que llevaba colgada al hombro.

—El almirante Ivpikkis ha concebido una nueva misión para nuestro joven aliado humano —cantó Escama Azul—. Ha de ser renovado de nuevo antes de que empiece.

Una oleada de pánico invadió a Dev, que experimentó el impulso de saltar y huir. Pero ¿a dónde?

Firwirrung parpadeó lentamente.

—Es un honor para mí entregarte a Dev.

Escama Azul cerró una enorme garra alrededor del brazo derecho de Dev y le alzó. Dev pateó e intentó posar los pies sobre la cubierta.

Escama Azul le soltó.

—Pasa delante —silbó—. Firwirrung nos seguirá.

Dev salió por la escotilla y se adentró en el oscuro pasillo. Podía luchar contra esto. Podía sobrevivir un poco más, libre para pensar, ya que no para actuar..., pero sólo unos minutos. Y si Escama Azul le atemorizaba, engatusaba o hipnotizaba, hasta obligarle a confesar lo que acababa de hacer, quizá los ssi-ruuk le matarían al instante. Desperdiciarían su energía vital en un arrebató de ira justificado. Había visto cómo golpeaban a un p'w'eck hasta matarle, utilizando sus musculosas colas.

Aún peor, si los ssi-ruuk se enteraban de que Skywalker les esperaba, encontrarían una forma de apresarle: más fuerzas, mayor número, tecnología inventiva. Ni un Jedi podría salir indemne. La galaxia caería en sus garras.

A Dev sólo se le ocurrió una vía de escape. Si utilizaba lo poco que sabía de la Fuerza y se zambullía a propósito en el trance de renovación, escaparía a la influencia hipnótica de Escama Azul.

Rechazó la idea. La renovación significaría la muerte de Dev Sibwarra, humano. Olvidaría todo cuanto le había convertido en un ser libre.

Libre, ¿durante cuánto tiempo? Agachó la cabeza y torció los labios. Ya había desperdiciado su vida incontables veces, sin motivo alguno. Esta vez, podría salvar a docenas de millones de humanos..., incluyendo a un Jedi. Pero les ayudaría si podía. Honraría la memoria de su madre.

Dev enderezó la espalda más que nunca en cinco años y precedió a Escama Azul por una escotilla demasiado familiar.

—¿Estás despierto, pequeño?

Dev parpadeó. Estaba tendido sobre una cubierta caliente y rugosa, cerca de un par de enormes patas traseras provistas de garras. Conocía aquel silbido melódico y el olor de aquel aliento. Una cabeza azul de cara estrecha se inclinó sobre él. Se sentía limpio y puro, como una cría al salir del huevo.

—Te he curado —dijo... Dev se esforzó por recordar el nombre—. Bienvenido a la felicidad plena.

Dev extendió los brazos y rodeó a..., rodeó a... ¡Escama Azul! Una molesta humedad brotó de sus ojos.

—Gracias —susurró.

—Posees tan sólo los pensamientos, sentimientos y recuerdos que te fortalecerán. Nada de aquella penosa confusión que complica la vida a tus amos.

Escama Azul cruzó sus esbeltos brazos sobre el pecho.

Dev inhaló una profunda bocanada de aire, contento.

—Me siento tan limpio.

No podía recordar cómo hacía esto Escama Azul. Nunca podía recordar. Era evidente, pues, que la memoria no le había ayudado a continuar su vida de servicio abnegado. Algo capaz de proporcionar tanta paz tenía que ser bueno. Quien lo proporcionara tenía que ser la bondad personificada. Debía ser un trabajo largo y duro.

El maestro Firwirring aguardaba ante la cámara de Escama Azul; su cola musculosa se agitaba ansiosamente. Dev se encogió al percibir la preocupación que entornaba los cálidos ojos negros. Era evidente que Firwirring había sufrido por él, lo cual le llevó a la conclusión de que habían purificado algo malvado.

—Me siento mucho mejor, amo —dijo Dev—. Ya he dado las gracias a nuestro querido anciano. Gracias a ti también.

Firwirring tocó su hombro izquierdo con la garra delantera e inclinó su gran cabeza, con las lenguas olfativas extendidas.

—Sé bienvenido —respondió.

—Ahora iremos a ver al almirante Ivpikkis —cantó Escama Azul.

¡Sí, la misión! Ahora se acordaba: un supremo privilegio por el bien del imperio ssi-ruuvi. Dev caminó entre el anciano y su amo con la cabeza gacha y las manos sin garras enlazadas. Tenía ojos blancos, piel cubierta de vello y un cuerpo pequeño carente de cola. ¿Quién era él para merecer tales esfuerzos por su parte, tanta felicidad en el servicio, una labor tan importante?

Un campanileo despertó a Luke de un sueño inquieto. Una luz parpadeó junto a su cama, pero por lo demás la habitación continuó a oscuras.

—¿Qué? —preguntó, atontado. Había tenido una pesadilla macabra, no, una advertencia—. ¿Qué pasa?

—¿Está despierto, comandante Skywalker? —preguntó una voz masculina desde la consola de la cama.

—Más o menos —contestó—. ¿Qué ocurre?

—Al habla la Dirección del Espaciopuerto de Salis D'ar. Algunas de sus, hum, tropas, se han visto mezcladas en un alboroto. En el complejo Bakur hay varios vehículos ligeros para uso oficial. ¿Cuánto tardará en llegar al aeródromo del tejado?

¿Una trampa? ¿Tendría algo que ver con la advertencia sonada? Saltó de la caliente y confortable cama. Al menos, se sentía descansado, y sus dolores habían cesado.

—Voy ahora mismo.

Se vistió a toda prisa y decidió despertar a Chewbacca, para que le acompañara. Chewie no necesitaba perder tiempo en vestirse, y contaría con la ayuda suplementaria de otro par de ojos, un cerebro y, sobre todo, músculos. Han debía quedarse con Leia. Ésta había dicho algo acerca de desayunar con el tío de Gaeriel.

Un alboroto. No podía imaginar a las tropas rebeldes causando problemas...

Bueno, sí. Sí podía. Se ciñó la espada de luz.

Salió de su cuarto, se encaminó al de Chewie y luego se apartó de la cama. No quería

entendérselas con un wookie despertado de repente.

—Chewie —susurró—, levántate. Hay problemas.

—Baja, Chewie.

Chewbacca condujo el vehículo terrestre por la carretera de acceso al arco exterior del espaciopuerto. Luke miró a su derecha. La Plataforma 12, base temporal de la Alianza, se encontraba justo detrás de la carretera radial que partía de la torre de control. Las luces del espaciopuerto brillaban a aquel lado de la carretera, pero en el otro, ocasionales destellos similares a ráfagas de desintegrador iluminaban la noche oscura. Alguien había apagado, a tiros o como fuera, las luces de la Plataforma 12. ¿Dónde estaba la Seguridad del espaciopuerto?

Giraron a la izquierda, dejaron atrás la Plataforma 12 y entraron en su carretera de acceso por una puerta abierta en la alta verja metálica. *Sin guardias*, observó Luke. Tal vez los guardias habían ido a reprimir el alboroto. Se arrebujó mejor en su parka. En plena noche, entre dos ríos, el aire húmedo no era muy agradable.

Cuatro plataformas de lanzamiento y aterrizaje para muchas naves se extendían entre las carreteras radiales y los límites del espaciopuerto, y en medio se alzaba una pequeña cantina, desprovista de todo atractivo, que recordaba a dos casetas unidas en ángulo recto. Alguien les hizo señas desde allí.

Chewie frenó el coche en el ángulo que formaban las dos casetas. Una vez cerrado el motor de repulsión, un silencio siniestro se prolongó unos diez minutos. Después otro zumbido de desintegrador erizó el vello de la nuca de Luke e iluminó la silueta de un andamio de reparaciones alto. Una persona corrió hacia ellos.

—¡Manchisco! —exclamó Luke—. ¿Qué sucede?

La capitán del *Frenesí* meneó sus trenzas negras.

—Nuestros aliados insisten en que tienen atrapados a un par de ssi-ruuk detrás de una de nuestras naves. No he podido acercarme lo suficiente para confirmarlo. Disparan a todo lo que se mueve.

—¿Nadie tiene unos macroprismáticos?

Han guardaba un par en el *Halcón*, a un cuarto de kilómetro de distancia.

Manchisco negó con la cabeza.

—Bien, vamos. Tú también, Chewie.

Luke corrió hacia el andamio y desenganchó su espada.

Antes de llegar, una voz gritó:

—¡Ustedes, a tierra! Retrocedan, si van desarmados. ¡Los alienígenas han aterrizado! ¡Han matado a dos de los nuestros!

Manchisco se refugió detrás de una unidad de recarga, del tamaño de Erredós.

—Los ssi-ruuk no matarían gente —murmuró Luke—. Tomarían prisioneros. Chewie, cúbreme.

Si los ssi-ruuk habían aterrizado, prefería negociar con ellos, pese a la siniestra advertencia.

Pero tenía un presentimiento inquietante. Desenvainó y encendió la espada. A su luz, vio que Chewbacca apuntaba la ballesta hacia la oscuridad.

—Quédate ahí —dijo Luke en voz baja—. Ya te has acercado bastante.

Un tétrico silencio se hizo de nuevo.

—Que nadie dispare —gritó Luke.

Avanzó paso a paso, con la espada alzada ante él. Aunque su luz era tenue comparada con los focos del espaciopuerto, era la única que alumbraba en la Plataforma 12.

Rodeó una cañonera de la Alianza. Dos cuerpos humanos estaban tendidos sobre aquella extraña superficie irregular y vidriosa. Siguió adelante, atento a cualquier intención hostil. Sólo percibió pánico.

Formas geométricas destellaban delante, la superficie metálica de otro andamio de reparaciones, que reflejaba la luz de su espada.

—¿Quién anda ahí? —gritó Luke—. ¡Salgan!

La cabeza cónica de un calamariano apareció detrás del andamio. Luego otra.

Luke gruñó y corrió hacia ellos.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó.

—Permiso para ir a tierra —zumbó el más cercano, y estiró su rígido cuello redondo.

—¿Autorizado? —preguntó Luke. Su comandante habría tenido el sentido común de...

El calamariano agitó una mano palmeada.

—Por supuesto, comandante. Nuestro turno terminó. Estamos tan cansados como el que más, pero esos extraños nos salieron al encuentro.

—¿Mataron a los dos?

—¡Nos atacaron, comandante! ¡Eran diez! Dispararon primero, comandante.

Luke deseó regresar a Endor.

—Uno de ustedes venga conmigo.

—¿Señor?

El calamariano retrocedió y aferró su desintegrador.

—Es una orden —dijo Luke con serenidad—. Sígame de cerca, para que pueda cubrirle.

Poco a poco, el alienígena salió de su escondite. Un rayo desintegrador surgió desde el otro lado. Luke giró en redondo y lo desvió.

—¡Alto el fuego! —gritó—. ¡Chewie, vuélales la cabeza, si es necesario!

Un rugido wookiee resonó en la zona desierta comprendida entre la nave y el andamio.

—De acuerdo —dijo Luke—. Vamos.

Luke volvió sobre sus pasos hacia la cañonera, pero esta vez más despacio, porque el calamariano no estaba dispuesto a ir más deprisa. Evitó el punto donde yacían los cadáveres.

—¿Dónde estás, Chewie?

Otro disparo de desintegrador, y otro. Luke saltó y se volvió, parando los rayos sin pensar.

El tiroteo enmudeció de repente. Desde el andamio de delante se oyó un siniestro gruñido... y el rugido inconfundible de un wookiee furioso. Luke levantó la espada para ver mejor. La torre metálica osciló violentamente. En lo alto, varias formas oscuras se aferraban a los rebordes.

Los desintegradores cayeron al suelo con un ruido metálico.

—Buen trabajo, Chewie —gritó Luke. Apretó con fuerza la espada—. Muy bien, todo el mundo abajo. Fijaos bien. Esto es un mon calamari, no un ssi-ruuk. ¡Miradle bien! —Oyó ruidos apagados, pero ningún rostro apareció en el círculo de luz verde—. Vamos —gritó, impaciente.

Al cabo de tres segundos de silencio, oyó un rugido de Chewbacca.

Diez humanos salieron, ocho hombres y dos mujeres, vestidos con chaquetas sueltas y voluminosas y sombreros calefactores. Daba la impresión de que ya no iban armados. Un hombre, más bajo y delgado que los demás, señaló al calamariano.

—No es un Flauta —dijo.

Luke reconoció la voz. Era el hombre que había intentado disuadirle.

Un hombre de mayor envergadura avanzó, con los ojos bien abiertos. La luz verde no favorecía a nadie, pero Luke supuso que aquel tipo tendría círculos oscuros bajo sus ojos saltones a cualquier luz.

—Tranquilo, Vane.

El hombre delgado cerró la boca, pero se acercó más a Luke y el calamariano. Tessa Manchisco entró en el círculo de luz. Sus ojos reflejaban una cólera verde.

—Esta plataforma está reservada a los tripulantes de la Alianza —dijo Luke con severidad—. ¿Qué hacen aquí?

Círculos oscuros cruzó sus fornidos brazos.

—Éste es nuestro planeta, espadachín. Le agradeceremos que mantenga alejados a monstruos como ese pez y aquel peludo.

Chewbacca avanzó hacia el grupo.

Luke necesitaba información, y deprisa. ¿El Imperio habría enviado a aquellos rufianes, o actuaban por su cuenta? El bakurano delgado estaba lo bastante cerca para que Luke sondeara su mente un instante. Luke estaba seguro de que tenía buenos motivos para hacerlo, sin correr el riesgo de desviarse hacia el lado oscuro.

De todos modos, vaciló antes de enfocar su atención en el hombre delgado, y se abrió para escuchar las sensaciones del individuo (*confusión, miedo, turbación, suspicacia...*). Se internó en su memoria.

No tuvo que profundizar mucho. Les habían prometido «una pequeña recompensa, directamente desde el despacho del gobernador», si se acercaban a la Plataforma 12 y tomaban medidas para impedir que los ssi-ruuk se infiltraran en Bakura mediante aquella zona de aterrizaje cedida a la Alianza.

Luke interrumpió el contacto y bajó la espada.

—Vuelvan a sus casas. —Confió en que su voz transmitiera el disgusto que sentía—. Díganle al gobernador Nereus que nosotros nos encargaremos de vigilar la Plataforma 12.

Nadie se movió.

Un rugido profundo y gutural se oyó desde la dirección de Chewbacca.

—Adelante —dijo Luke, al captar la intención—. Aún no han visto a un wookie enfurecido.

El hombre delgado salió del círculo de luz verde y se encaminó hacia los cadáveres. Uno

tras otro, los demás le siguieron. Pronto, un grupo cabizbajo caminó arrastrando los pies hacia la entrada principal de la Plataforma 12, cargando a sus camaradas.

En cuanto salieron, la batería principal de luces volvió a encenderse.

Alguien debía de estar vigilando desde la guarnición imperial, que sólo distaba unos kilómetros en dirección sur. Y la Seguridad del espaciopuerto estaría indudablemente ocupada en las Plataformas 2, 6 o 9. En asuntos imperiales.

Exhaló un suspiro.

—Vamos a comprobar que el *Halcón* esté bien, Chewie.

Cuando Cetrespeó despertó temprano a Leia, la joven encontró un mensaje de Luke: había ido a Chewbacca al espaciopuerto para supervisar las reparaciones de las naves. Se vistió a toda prisa en el cuarto de baño y se hizo las trenzas. Salió y vio a un humano alto, parado junto a la pared mural. La joven se detuvo y boqueó. A la tenue luz de la habitación, la silueta brillaba débilmente y bañaba la imagen en tiempo real de una ciudad rutilante.

Luke había dicho que, en ocasiones, veía a Ben Kenobi así. Leia retrocedió y forzó la vista. El hombre no se parecía al viejo general, ni a nadie que conociera.

Fuera quien fuese, no debía estar en su apartamento. Desvió la vista hacia su desintegrador, fuera de su alcance, sobre la cama repulsora. Debía de carecer de eficacia contra las apariciones, si se trataba de una.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué desea?

—No temas —dijo la figura con calma—. Recuerda a Luke que el miedo pertenece al lado oscuro.

¿Quién era esta persona, que llevaba mensajes para Luke a sus aposentos privados? ¿Un bakurano? ¿Un imperial?

—¿Quién es usted?

El extraño se alejó hacia un punto más oscuro, donde su resplandor aumentó. Era alto, de cara ancha y agradable, y cabello oscuro.

—Soy tu padre, Leia.

Vader. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Su sola presencia agitaba todas las emociones oscuras que anidaban en su interior: miedo, odio...

—Leia —repitió la figura—, no me temas. He sido perdonado, pero aún debo expiar muchos pecados. Debo purificar de ira tu corazón y tu mente. La ira también pertenece al lado oscuro.

Su desintegrador no le serviría de nada. Incluso cuando estaba vivo, desviaba los rayos con las manos desnudas. Le había visto hacerlo en Ciudad Nube.

—Quiero que te marches. —El oscuro frío heló su voz—. Que abandones ese cuerpo. Esfúmate, o lo que hagas.

—Espera. —La aparición no se movió de su sitio. A lo sumo, dio la impresión de que disminuía de tamaño y proximidad—. Ya no soy el hombre que temías. Podrías verme como un extraño, al menos, no como un viejo enemigo.

Leia había vivido demasiado tiempo con el miedo a Darth Vader.

—No puedes resucitar Alderaan. No puedes resucitar a la gente que asesinaste, o consolar

a sus viudas y huérfanos. No puedes enmendar lo que hiciste a la Alianza.

Un antiguo dolor la traspasó, como una herida reciente.

—Yo reforcé la Alianza, aunque no fuera ésa mi intención. —Extendió un brazo resplandeciente. La voz dulce se le antojó errónea. El rostro desnudo y bondadoso no daba la impresión de haber estado oculto durante décadas bajo una máscara respiratoria—. Leia, las cosas están cambiando. Puede que jamás pueda regresar a ti.

Leia apartó la vista. Quizá no podría herirle con el desintegrador, pero tenerlo en las manos la aliviaría. Si extendía la mano, casi podría tocarlo.

—Mejor.

—No estoy justificando... mis actos. No obstante, tu hermano me salvó de la oscuridad. Debes creerme.

—Escuché a Luke. —Leia se cruzó de brazos y rodeó los codos con sus manos—. Pero yo no soy Luke. Ni tu maestro. Ni tu confesor. Sólo tu hija, gracias a una jugarreta cruel del destino.

—De la Fuerza —insistió la visión—. Que sirvió a un propósito. Estoy orgullosa de vuestra energía. No pido la absolución. Sólo tu perdón.

Leia tensó la mandíbula y siguió con los brazos cruzados.

—¿Y lo que le hiciste a Han? ¿Vas a pedirle perdón?

—Sólo por tu mediación. Tengo poco tiempo.

La joven tragó saliva. Notó la garganta seca.

—Casi puedo perdonar que me torturaras. —La figura inclinó la cabeza—. Y las atrocidades que hiciste a otras personas, por haber arrastrado sus planetas al seno de la Alianza. Pero lo de Han... No, si me utilizas como intermediaria, jamás lograrás su perdón. Jamás.

La figura se encogió todavía más.

—Jamás es una palabra demasiado fuerte, hija mía.

¿Darth Vader, dándole lecciones sobre virtud y eternidad?

—Jamás te perdonaré. Desmaterialízate. Vete.

—Leia, tal vez no vuelva a hablar contigo, pero te oíré si me llamas. Si cambias de opinión, estaré atento.

Le miró fijamente. ¿Cómo se atrevía, después de sus crueldades y perversidades? Que Luke tratara con él. Ella no pensaba hacerlo.

¿Cómo soportaba Luke saber que era su padre?

Salió como un rayo del dormitorio. La luz de la mañana penetraba por la larga ventana de la habitación principal, bañaba las paredes amarillas y el suelo oscuro. Han se levantó del saloncito más alejado.

—Vas a llegar tarde, No—Alteza.

Cetrespeó anadeó hacia ella.

—¿Está preparada, ama L...?

Leia cogió el Propietario y desconectó a Cetrespeó. Se volvió hacia la puerta del dormitorio. No salió nadie.

—No puede hacerme esto —murmuró—. Destrozar mi vida. ¡No puede!

Han contempló al androide, petrificado en una postura cómica, y después frunció los labios.

—¿Quién? ¿Te ha llamado aquel capitán?

Leia lanzó los brazos al aire y paseó frente a la ventana.

—Oh, estupendo. ¿Sólo se te ocurre pensar en tus mezquinos —cogió una almohada del sofá— y despreciables —la estrujó entre sus manos— celos? Vader ha estado aquí, y tú sólo sabes pensar en... ¡Aj!

—Uau, princesa. —Han extendió las palmas—. Vader está muerto. Luke lo frió. Salí en una bicicleta y vi el montón de cenizas.

Leia sintió un nudo en el estómago.

—Viste su cuerpo. Yo vi... el resto.

—¿Tú también ves cosas? —La miró con las manos en los bolsillos y las cejas enarcadas—. O estás adquiriendo más poder en eso de la Fuerza, o se trata de la mala influencia de Luke.

—Quizá las dos cosas —repuso ella con amargura—. Si tuviera que ver fantasmas, podría haber sido ese Yoda. Me encantaría hablar con el general Kenobi. ¿Y quién me sale?

Dejó caer la almohada y lanzó un puñetazo a la pared amarilla.

—Tranquila —murmuró Han—. No es culpa mía.

—Ya lo sé.

Los nudillos también le dolían. Frustrada, se apoyó contra la pared. Miró hacia su dormitorio.

—¿Qué quería?

—Te encantará. Disculparse.

Han emitió una breve carcajada de incredulidad y se pasó una mano sobre los ojos.

—Sí —dijo Leia—. Lo mismo pienso yo.

—Saltas cada vez que algo te lo recuerda. Ahora le has visto cara a cara. Quizá lo peor ha pasado ya.

—No. —Sus hombros se hundieron—. Han, aún sigue aquí. Yo soy...

Cerró los ojos, incapaz de concluir la frase.

—¿Y qué? —Han se acercó y apoyó una mano sobre su hombro—. Nadie habría podido alcanzar un puesto tan elevado en el Imperio sin un montón de capacidades y talentos. Tú los tienes, pero los utilizas de manera diferente.

¿Cómo podía ser tan insensible?

—Muchísimas gracias, Han.

Consideró la posibilidad de darle un puñetazo.

—¿Leia? —Han abrió los brazos—. Yo también lo siento. Lamento haber armado un follón por ese alderaaniano.

Leia exhaló un largo y lento suspiro, y siguió apoyada contra la pared.

—Lárgate.

—Muy bien —exclamó con brusquedad Han—. De acuerdo. He comprendido el mensaje. Rodeó el saloncito, hecho una furia.

—¡Han, espera!

¿Qué había hecho, descargar su ira sobre la única persona que no lo merecía? Dejó atrás a Cetrespeó, el puesto de comunicaciones apagado y llegó casi a la puerta principal.

—Han, es..., es la herencia de Vader. No puedo evitar ser lo que soy.

Mientras el impacto de sus palabras la paralizaba, Han se detuvo junto a la consola negra. Se volvió poco a poco.

—No —dijo—. Es la herencia de Skywalker.

Aquel apellido, el apellido de Luke, no la afectó de la misma forma. Un súbito pensamiento cruzó por su mente. ¿Cómo había sido Vader..., antes de ser Vader?

—Voy a decirte una cosa. —Han se acercó al borde del saloncito—. Los gobiernos se necesitan mutuamente. Sí. Y los planetas, y las razas. Y también la gente.

Los gobiernos. Iba a llegar tarde al desayuno con el primer ministro...

—Sí. —Volvió a su lado—. Exacto. De todos modos, se ha ido. No me hizo daño. Quizá ya no pueda.

—Esto sería estupendo.

Han recorrió con un dedo sus trenzas.

Leia se quitó las hebillas. Han la contempló con atención, mientras ella se pasaba la mano por el cabello y agitaba la cabeza. Su cabello se desparramó como una cascada.

—Pero no voy a perdonarle —dijo con suavidad.

—¿Estás segura de que te encuentras bien?

Han acarició la cascada oscura y rodeó su cintura con el brazo.

Su hombro se convirtió en una firme y cálida almohada.

—Te quiero, manojito de nervios.

—Lo sé.

—¿De veras?

Han acarició su nuca.

—¿Por qué piensas que no?

—Lo siento —susurró la joven, y estiró el cuello. Retuvo los labios cerca de su cuello.

Han aceptó la invitación. Se inclinó y la besó. Leia sintió que su energía vital se concentraba en el beso, hasta que sólo existieron los perceptibles movimientos de la boca de Han. Apoyó las manos sobre sus hombros. Las piernas de Han se movieron hacia ella. Todas las percepciones se desvanecieron, excepto el sabor de su aliento. El pulso martilleó en sus oídos.

El centro de comunicaciones sonó detrás de él.

—¡Mmmm! —rugió Han, antes de que Leia pudiera soltarse—. ¡No! ¡No es justo!

Leia rió de su desesperación y echó el pelo detrás de los hombros.

—¿Vas tú, o quieres que lo haga yo?

—Bien, eres... —La miró de arriba abajo y dibujó una sonrisa torcida—. Adorable.

—Pero no estoy presentable.

—No es tu imagen habitual —admitió Han, con un pesaroso movimiento de cabeza—. Yo iré.

Leia se apartó a un lado. Han tocó un control y parpadeó.

—¡Luke! —exclamó—. ¿Qué ocurre?

—Se ha producido un pequeño problema —dijo la voz de Luke.

Leia se puso al lado de Han. Luke parecía sereno. Intentó proyectarse con la Fuerza para sentir su presencia, pero no pudo. Aún debía de estar muy nerviosa.

—Pensaba que ibas a supervisar las reparaciones de la nave —dijo.

—Pensé que el centro de comunicaciones no era lo bastante seguro para dejar mensajes. Nuestros tripulantes mon calamari bajaron para un permiso autorizado. Algunos bakuranos que se encontraban en una parte del espaciopuerto donde no debían estar, a instancias de Nereus, les vieron y pensaron que los ssi-ruuk habían aterrizado. Cuando llegué, los calamari habían disparado contra dos en defensa propia.

—Oh, no.

Los documentos de la tregua ardieron en la imaginación de Leia.

—Lamento habérmelo perdido —sonrió Han—. Parece que lo has arreglado todo. Luke asintió.

—Estaba tan oscuro que la espada de luz bastó para iluminar toda la zona de la plataforma. Una vez Chewie y yo atrajimos la atención de ambos bandos, y los bakuranos echaron un buen vistazo a los nuestros, declararon un alto el fuego.

Han enarcó una ceja.

—No está mal, granjero.

—Oye, Luke —Leia volvió a empujar el pelo hacia atrás—, ¿y los bakuranos heridos?

Luke apretó los labios y meneó la cabeza.

—¿He dicho heridos? Lo siento. Muertos. Hay que presentar una disculpa oficial a sus familiares. ¿Lo harás por mí? Esas cosas te salen mejor.

A Leia no le hizo ninguna gracia la idea, pero Luke tenía razón. Era preciso proceder con corrección.

—Lo haré.

Intentó proyectarse hacia él una vez más. Lo que tocó heló su sangre. Quizá la crisis había terminado, pero percibió en el fondo una oscura inquietud.

—Luke, ¿qué pasa?

Las mejillas del joven enrojecieron.

—Por favor, Leia. Este canal no es seguro.

Luke tenía mucho miedo. ¿Qué más había ocurrido aquella noche? Han enarcó una ceja y la miró. Leia sacudió la cabeza.

—Más tarde —dijo—. Han y yo iremos directamente a casa del primer ministro. Me disculparé ante él, antes que nadie. También me llevaré a Cetrespeó y Erredós, para traducir.

—Bien. Erredós estará en mi dormitorio, enchufado. Han, dejo a Chewie aquí para mantener la calma. Intentaré hablar con Belden, si le localizo.

—¿Belden?

—El senador de mayor edad. Tengo un presentimiento —dijo en voz baja.

—¿Sobre el tiroteo? —preguntó Han.

—Exacto. Hasta luego.

La imagen se desvaneció.

Han se cruzó de brazos.

—Supongo que cuanto antes pongamos manos a la obra, antes podremos largarnos de este planeta con la piel intacta.

Leia extendió una mano hacia el tablero de comunicaciones.

—Avisaré al primer ministro Captison de que llegaremos tarde.

Menos mal que se habían retrasado. De lo contrario, no habrían recibido la transmisión de Luke.

Leia frunció el ceño y tecleó el código del primer ministro Captison. Tal vez algún día se arrepentiría de no haber aceptado las disculpas de Vader. De Anakin. De quien fuera. Había actuado con educación.

¿La vigilaba? Furiosa, agitó el puño en el aire.

Luke salió de la cabina de comunicaciones cercana a la Plataforma 12, contento de no haber utilizado la red de comunicación no visual de la cantina. Al ver las caras de Leia y Han, había comprendido que estaban bien. Mejor que bien. Mientras mantenía la comunicación, había archivado un informe sobre el incidente en la memoria y buscado una dirección.

Chewie montaba guardia.

—Gracias, compañero —dijo Luke, y le pellizcó el brazo peludo.

El wookiee respondió con una palmada sobre su hombro, y después se encaminó hacia el *Halcón*. Una minuciosa investigación había demostrado que nadie lo había tocado.

La capitana Manchisco estaba apoyada contra la pared acanalada de la cantina.

—¿Se marcha, comandante?

Se había arreglado para el permiso, pero el polvo gris del espaciopuerto había manchado su traje de navegación color crema durante el altercado. Tres trenzas negras colgaban todavía a cada lado de su cabeza, cubiertas de trozos de hojas y ramitas.

A bordo del *Halcón*, había anunciado (con gran sensatez) que ofrecía pagar horas extras a precio triple a su navegante duro por quedarse a bordo de la nave. Luke deseó que el capitán mon calamari hubiera pensado en eso. Un descrédito para la Alianza, pero sus líderes preferirían pagar horas extras a triple precio a provocar incidentes que costaran vidas bakuranas.

—¿Cómo está el *Frenesí!* —preguntó Luke.

Manchisco arrugó el entrecejo.

—Un pequeño problema con el escudo de estribor. Está solucionado, pero tuve que dejar un equipo de mantenimiento imperial a bordo. Todas sus peculiaridades estarán almacenadas en el ordenador de Thanas a estas alturas.

Hundió la mano en el bolsillo.

—¿Hicieron un buen trabajo, al menos?

—Parece que sí. —Se encogió de hombros—. No sé si le he dicho que ha sido un placer conocerle.

—A mí también me gusta trabajar con usted, y estoy seguro de que aún no hemos terminado.

El duro rostro de la mujer, curtido en mil batallas, perdió algunas arrugas.

—Usted es el experto en estas cosas, pero tengo la extraña sensación de que no volveremos a vernos.

Otra advertencia. ¿O habría experimentado Manchisco una premonición?

—No lo sé —contestó con franqueza—. El futuro siempre está en movimiento.

La mujer agitó su mano izquierda.

—Da igual. Hacemos lo que podemos, siempre que podemos, ¿eh, comandante?

—Exacto.

Un vehículo de dos plazas atravesó la puerta de la Plataforma 12, cargado con cuatro tripulantes de la Alianza. Justo lo que necesitaba. Las autoridades del espaciopuerto habían reclamado el coche en que había llegado.

—Una noche movida —observó Manchisco—. Esperemos que no surjan más problemas.

Los tripulantes parecían cansados, pero pacíficos.

—Creo que están bien. Que la Fuerza la acompañe, capitán.

Luke requisó el vehículo y salió a la carretera periférica.

Cinco minutos después, aparcó en lo alto de una torre residencial. Encontró el apartamento del senador Belden cerca del ascensor. Se pasó una mano por el pelo, alisó su traje de vuelo gris y tocó el panel de alarma.

Mientras aguardaba la respuesta, miró en ambas direcciones del polvoriento pasillo, muy diferente de la lujosa mansión de Captison. Quizá la familia Belden poseía una casa mejor en otra parte, o tal vez el gobernador Nereus se encargaba de que la cuenta corriente de los disidentes no se engrosara demasiado.

La puerta se deslizó a un lado. Luke retrocedió. *¿ Tú también aquí, Gaeriel?*

—Yo... —tartamudeó—. Hem, hola. Quería hablar con el senador Belden.

—Ha salido.

Iba a volver al pasillo, cuando una voz quebrada la llamó desde atrás.

—Déjale entrar, Gaeri. Déjale entrar.

—Es la señora Belden —susurró Gaeri—, y no se encuentra bien. —Se tocó la frente—. Entre un momento. Clis, su enfermera, pasa por una crisis familiar, y yo he venido a tomar el té esta mañana.

—Sólo entraré a saludarla —murmuró Luke—. No quería molestarla.

Una mujer enjuta estaba sentada sobre unos almohadones, en una silla de brocado con apoyabrazos en forma de ala. Iba vestida con prendas amarillo anaranjadas, de color muy parecido al de los bombones de namana, y se había teñido de castaño rojizo su escaso cabello.

—Has vuelto, Roviden. ¿Por qué has tardado tanto?

Luke dirigió a Gaeri una mirada de estupefacción.

—Piensa que usted es su hijo —susurró en su oído Gaeri—. Le mataron en las purgas, hace tres años. Cree que todos los jóvenes son su hijo. No le lleve la contraria. Será mejor.

¿Había alguna vía de escape? Luke vio muebles de madera, probablemente antiguos, una caja gris que debía de ser un aparato electrónico, y los pies descalzos de Gaeri bajo su falda y chaqueta azules..., pero ningún modo de evadir aquella mascarada. Cogió la mano de la señora Belden, vacilante.